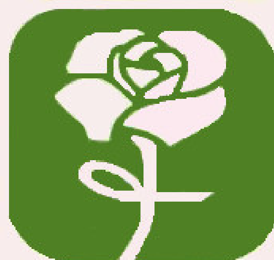
Tiempo para el amor



Anne Weale



Animada por su mejor amiga, Sarah Anderson decidió tener una aventura, armada con su nueva imagen y un nuevo color de cabello… ¡rubio!

Neal Kennedy no era precisamente lo que ella tenía en mente. Era muy atractivo, un perfecto príncipe azul para cualquier Cenicienta. Pero era mucho más experimentado y sofisticado que ella. ¡Y más joven! Él había dejado claro que le gustaría tener una aventura con ella, ¿pero podría Sarah arriesgar su corazón con un amante temporal y más joven?



Anne Weale

Tiempo para el amor

Bianca - 1081

ePub r1.0
jala 18.05.16

Título original: *Sleepless nights*
Anne Weale, 1999
Publicado original: Mills and Boon Enchanted (ME) - 243 y en: Harlequin Romance Subscription (HRS) - 423

Editor digital: jala
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

—Si conoces a un tipo realmente atractivo por ahí y él trata de ligar contigo, no retrocedas.

Naomi siguió hablándole a Sarah en los mismos términos.

—La vida no es como ir a comprarse un vestido. Tú tienes ahora esta fantástica oportunidad para escapar de la jaula. Hazlo lo mejor que puedas. Por aquí no hay muchos hombres por los que morirse… más bien, no hay ninguno. En Nepal hay más… O, por lo menos los había el año en que yo estuve allí. A los hombres de verdad les gustan los sitios incómodos, los mares, las selvas y las montañas. ¿Cuándo has visto a alguno que merezca la pena en un centro comercial? Nunca… o casi. Son como las demás especies raras. Si te quieres acercar a ellos, tienes que ir a sus hábitats… Y no es ahí donde nosotras dos nos pasamos la vida, eso es seguro.

Cuarenta y ocho horas más tarde, mientras el avión sobrevolaba montañas y desiertos por la noche, Sarah no dejaba de pensar en lo que le había dicho Naomi acerca de que la mayor parte de la gente se pasa la vida enjaulada por causas y circunstancias más allá de su control. A veces sus condiciones eran miserables y eran muy infelices. Otras veces las jaulas eran cómodas e, incluso, lujosas, pero seguían siendo jaulas y no llenaban sus necesidades reales.

Las jaulas de Naomi y Sarah estaban más o menos en medio. Sus vidas no eran como les hubiera gustado que fueran. Eran incapaces de cambiarlas, así que las disfrutaban lo mejor que podían. Hasta que, de repente e inesperadamente, la puerta de la jaula de Sarah se había abierto.

Y allí estaba ella, volando libre en un entorno desconocido que

se haría más exótico según fuera progresando la aventura.

Durante dos semanas sería libre, libre de responsabilidades y para ser ella misma, fuera cual fuese.

La mujer del asiento de al lado estaba dormida. Por lo que había hablado con ella sabía que era una azafata fuera de servicio para la que andar de un lado a otro por el mundo era su rutina habitual.

Sin embargo, ella estaba demasiado excitada para cerrar los ojos ni siquiera por un momento. Se pasó la noche hasta el amanecer leyendo una guía. Poco después del desayuno, aterrizaron en Doha, un lugar del que no había oído hablar hasta muy recientemente.

La azafata que estaba sentada a su lado, que trabajaba para unas líneas aéreas árabes y vivía en Doha, estaba esperando con ansia llegar a su casa y relajarse con un buen baño caliente. A Sarah le quedaban otras cinco horas de vuelo antes de llegar a su destino. Mientras tanto, pasaría el siguiente cuarto de hora en la sala de espera del aeropuerto.

* * *

Se despidió de la tripulación y salió al brillante sol de la mañana en el Oriente Medio.

El día anterior, en Gran Bretaña, hacía frío y llovía, un adelanto del invierno que se aproximaba. Allí, en Quatar, un estado rico por el petróleo en el Golfo Pérsico e, incluso a esa hora temprana, hacía tanto calor como en medio de una ola de calor veraniega en Europa.

Sólo llevaba como equipaje una pequeña mochila. Una vez la hubo pasado por los rayos X, se la colgó del hombro y fue a buscar el tocador de señoras para refrescarse un poco.

La imagen que vio en el espejo era sorprendentemente diferente de la que estaba acostumbrada. Naomi prácticamente la había obligado a cambiarse el color del cabello además de forma de vestir y, todavía no se había acostumbrado a su nueva imagen. Ni a la sensación de las botas de montaña.

Se las había estado poniendo durante todo el mes anterior, pero todavía le parecían pesadas y rígidas. ¿Y qué podría tener un aspecto más incongruente que unas botas de montaña bajo el borde del volante de una falda estampada de flores?

Naomi le había asegurado que, a donde iba ella, ésa era la forma normal de vestir. Nadie se sorprendería.

Las faldas inarrugables y fácilmente lavables habían sustituido las espesas de tweed preferidas por las intrépidas damas viajeras victorianas de hacía un siglo.

Por arriba llevaba una camisa de manga larga de algodón. Bajo ella, llevaba una camiseta de Naomi con un dibujo en el pecho de una ruta de montaña que había recorrido con un novio durante el año sabático que se dio entre el colegio y la universidad.

Se las quitó las dos. Si alguna señora árabe entraba, esperaba que no se ofendiera por verla en el cómodo sujetador deportivo. Ya llevaba doce horas de viaje y un buen lavado la refrescaría durante el resto del mismo.

Un cuarto de hora más tarde, llevando solo la gastada camiseta y sintiéndose sorprendentemente despierta después de una noche sin dormir, volvió a la sala de espera. Allí había varios árabes con aspecto de importantes, vestidos con sus chilabas inmaculadamente blancas y sus tradicionales *Keffieh* a cuadros rojos y blancos en la cabeza, pero la mayoría de la gente iba vestida al estilo occidental.

Encontró la puerta de salida de su vuelo y se sentó cerca de ella. Cuando lo hizo, fue muy consciente de que sus compañeros de viaje la observaron con el interés de la gente que sabe que va a pasar los próximos días en compañía de desconocidos.

Sólo una persona no la miró. El hombre que estaba sentado justo delante de ella, que estaba enfrascado en la lectura de un libro.

Con el interés habitual de una lectora reconocida en lo que leen los demás, Sarah trató de ver el título. El que ese hombre estuviera leyendo en vez de hacer otra cosa hizo que subiera en su escala de estimación.

Entonces se dio cuenta de otras cosas que, además del libro, lo hacían atractivo. Alto, de hombros anchos y largas piernas, llevaba una camisa caqui y unos pantalones con rodillas reforzadas y un montón de bolsillos. Como no llevaba más equipaje que la bolsa de plástico de la tienda libre de impuestos del aeropuerto de Heathrow, ella pensó que llevaba sus pertenencias personales más necesarias encima y el resto en el avión.

Ese cuerpo musculoso sugería que bien podía ser un montañero que se dirigiera al Himalaya. Las dos razones principales por las que

los extranjeros iban al Nepal y su capital, Kathmandú eran para escalar y hacer *trekking* por las montañas.

Sarah ya se había dado cuenta de que la mayoría de los viajeros masculinos necesitaban un afeitado. Pero no el hombre del libro. Tan profundamente bronceado como un árabe, sus mejillas y barbilla estaban perfectamente afeitadas. Todo en él era limpio e inmaculado.

Le pareció como si, incluso, oliera bien. No a colonia cara, sino de la manera en que los niños recién lavados y la colada tendida al sol olía bien.

Mientras estaba pensando eso y seguía observándolo, el hombre levantó la mirada y se cruzó con la de ella.

El instinto de Sarah fue apartarla, pero no pudo hacerlo. Había algo en esos ojos grises que se lo impidió. Estuvieron así durante algunos segundos. Luego él sonrió levemente y se dedicó a observarla tan detenidamente como ella lo había observado a él.

«Si conoces por ahí a un hombre realmente atractivo…». Las palabras de Naomi resonaron en su cerebro.

Fue el humor de su amiga más que la situación lo que la hizo sonreír.

Le dedicó esa sonrisa a todos los demás viajeros y eso sirvió para romper el hielo. La mujer que estaba sentada a su lado le preguntó en qué grupo estaba y luego todo el mundo empezó a charlar entre sí. Todos excepto el hombre del libro, que siguió leyendo.

* * *

Cuando llamaron a los pasajeros del vuelo a Kathmandú, Neal Kennedy siguió leyendo. Su larga experiencia en viajes por avión le había enseñado que no tenía que unirse nunca a la primera oleada hacia la puerta de embarque. Incluso aunque los autobuses que llevaban a los aviones en los aeropuertos árabes eran excepcionalmente espaciosos, los primeros dos o tres seguro que estaban abarrotados y el último semi vacío. Y ese corto trayecto hasta el avión le daría la oportunidad de charlar con la atractiva mujer que tenía delante.

Pero cuando cerró el libro y levantó la mirada, se sorprendió al

ver que ella ya se había ido. Por la ropa que llevaba, la había tomado por alguien con tanta experiencia como él. Viajar con botas era una de las señales de un viajero experimentado. Cualquier otro equipo que se perdiera por el camino era reemplazable. Pero un buen par de botas ya domadas, no.

Se había dado cuenta de su presencia cuando salieron del avión de Londres. Ella había pasado por delante de él en la cola de los rayos X. La había observado mientras se dirigía a los lavabos y le gustó lo que vio por detrás. Pero, tal vez vista por delante…

Luego se olvidó de ella hasta que poco después levantó la mirada y la pilló observándolo. La vista por delante le había confirmado la primera impresión. Tenía de todo lo que le gustaba en el cuerpo de una mujer. Delgada, pero no demasiado, bien proporcionada y con gracia.

No era una belleza o, ni siquiera muy bonita. Pero tenía unos ojos castaños inteligentes y una sonrisa irresistible y cálida. Su padre siempre le había dicho que las chicas con cerebro y naturaleza generosa eran las que tenía que buscar.

Con diecisiete años, no le había prestado demasiada atención. ¿Qué saben los padres de la vida? Eso era lo que él pensaba entonces, como todos los demás adolescentes.

Pero en los siguientes veinte años, había aprendido que sus padres eran dos de las personas más cuerdas y sabías que conocía. Él, su hermano y sus hermanas habían crecido con la cada vez menos habitual ventaja de tener unos padres que los amaban y que tenían la clase de matrimonio que duraría toda la vida.

Entre la generación de sus padres y la suya, la sociedad occidental había sufrido un terremoto cultural. Los valores humanos y las formas de vida habían cambiado. Mucha gente, incluyéndose él mismo, pensaba que el matrimonio era una institución a extinguir. En la actualidad, el desastroso matrimonio de su hermano Chris parecía algo más típico que el de sus padres. Teniendo en cuenta la experiencia de su hermano y sus resultados, Neal había decidido que no seguiría ese camino.

Tenía cinco sobrinos, así que no necesitaba hijos propios. Ni una esposa en el sentido habitual de un ama de llaves, cocinera y acompañante en actos sociales.

Se las arreglaba muy bien con los aspectos cotidianos de la vida

en su casa. Su madre los había educado a todos de forma que todos supieran limpiar, cocinar y hacerse la colada.

En el único sitio donde él necesitaba a una mujer era en la cama. Sabía desde los veinte años que prefería las relaciones que duraran un cierto tiempo y que incluían alguna relación intelectual, además de lo puramente físico. Si, cuando llegaran a Kathmandú alguna mujer atractiva le dejaba claro que estaba disponible, ¿qué hombre de sangre caliente preferiría dormir sólo estando de vacaciones?

* * *

Para la segunda etapa del viaje, Sarah había pedido un asiento de ventanilla en el lado de babor del avión. Naomi le había dicho que así tendría una magnífica vista del Himalaya al acercarse a su destino.

Cuando llegó a su asiento, se encontró con que ya estaba ocupado por una mujer pequeña y regordeta con el traje tradicional nepalí. Si hubiera sido una europea, le habría dicho que ése era su sitio. Pero con lo poco que sabía de nepalí, decidió que era mejor no decirle nada, así que dejó su mochila en la estantería para equipaje de mano y se sentó en el asiento central.

Poco tiempo después, entre los últimos, entró el hombre del libro. Se sentó en el asiento vacío a su lado y le dijo:

—Hola.

—Hola.

De repente Sarah se alegró de que le hubieran quitado el sitio.

El hombre se inclinó, juntó las manos y le dijo algo a la mujer nepalí. La mujer sonrió y le respondió:

—¿Eso era nepalí? —le preguntó Sarah al hombre.

—Sí, pero no lo hablo bien. Lo suficiente como para ser educado.

Luego se puso el cinturón de seguridad y añadió:

—Como vamos a estar juntos unas horas, ¿qué tal si nos presentamos? Yo me llamo Neal Kennedy.

—Sarah Anderson.

—¿Vas a hacer *trekking*?

Ella asintió.

—¿Y tú?

—No esta vez.

Él miró lo que ponía su camiseta.

—Como tú, yo llevo viniendo desde hace tiempo al Nepal, pero no siempre para hacer lo mismo. Esta vez vengo por el Maratón del Everest.

Sarah supo que tenía que decirle que la camiseta no era suya, pero no quiso hacerlo… todavía. Por lo que había leído sobre los trekkings, sabía que la gente que hacía las rutas más difíciles, cargados con pesadas mochilas y en compañía de otros viajeros experimentados solían despreciar un poco a los grupos de turistas que recorrían los caminos fáciles mientras el peso lo llevaban los porteadores.

Neal Kennedy parecía realmente duro. Ella no quería que se apartara nada más conocerse, así que, en vez de admitir que era la primera vez que iba por allí, le dijo:

—¿Tú corres? Yo creía que los corredores eran normalmente más bajos y delgados.

—Los hay de todas las tallas. Pero no, no soy corredor. Voy a cubrir el maratón, ya que soy periodista.

¿Qué haces tú?

—Trabajo con ordenadores.

Como ella había decidido olvidarse por completo de su vida cotidiana en la Gran Bretaña, añadió:

—¿Trabajas por tu cuenta o para alguna revista?

La sonrisa calentó sus muy duros ojos.

—Evidentemente, tú no lees *The Journal*. Yo soy uno de sus columnistas. Y también hago algo de televisión y radio.

Las únicas publicaciones que Sarah leía regularmente era la prensa del corazón y amarilla. Se mantenía informada por los servicios informativos de Internet, pero sabía que *The Journal* era uno de los periódicos más independientes y respetados del país. Así que Neal debía de ser uno de los mejores en su profesión, aunque no encajara en la idea que tenía ella de lo que era un periodista estrella.

—Ya leeré tu columna cuando vuelva a casa —dijo ella devolviéndole la sonrisa.

* * *

Tan cerca, esa sonrisa y la visión fugaz de sus dientes perfectos afectó un poco a Neal y lo hizo preguntarse cuántos hombre habrían besado esa boca pasional y si alguno la habría besado para despedirse en Heathrow. El hecho de que ella viajara sola no quería decir nada. Incluso sus padres se iban de viaje separados a veces.

Ya se había dado cuenta de que, entre los anillos de Sarah, no había ninguna alianza. La mayoría de las mujeres que conocía que vivían con alguien, llevaban un anillo en el anular para indicar que tenían una relación. Aunque eso de tener una relación no les impedía necesariamente que, de vez en cuando, no tuvieran un desliz si les apetecía.

El prefería mantenerse apartado de las chicas de otros hombres. Hacía unos siete u ocho años, una esposa aburrida e insatisfecha se había metido en su vida amorosa, pero su marido ya llevaba años engañándola, así que no podía quejarse. Neal no había repetido la experiencia. Había más que suficientes mujeres sin compromiso por el mundo como para andar quitándoselas a los demás.

Sabía que su decisión de no tener relaciones serias preocupaba a sus padres, que querían verlo sentar la cabeza con una esposa y una familia. Pero hasta entonces se las había arreglado para no enamorarse y ahora estaba fuera de la zona de peligro.

Ahora, sólo con estar sentado al lado de Sarah Anderson empezó a sentir el principio de la excitación. Ella no llevaba uno de esos perfumes que las mujeres pensaban que son seductores, pero que, en los espacios cerrados eran demasiado pesados. Ella sólo olía a limpio. Esos ojos castaños sugerían que no era rubia natural, sino morena. Pero estaba muy bien teñida y el color pegaba con su piel cremosa. Él las solía preferir con el cabello largo y el de ella era bastante corto, posiblemente se lo hubiera cortado para andar.

El avión empezó a correr por la pista. Cuando ella se volvió para mirar por la ventanilla, él se preguntó cómo reaccionaría si le acariciaba el cuello con los labios.

Pero no tenía ninguna intención de hacerlo… todavía. Pero le divertía especular en cómo se lo tomaría.

—¿Cuándo vas a empezar el recorrido? —le preguntó él.

—No hasta el martes. Después de un largo vuelo me parece que un par de días de relax es una buena idea, ¿no te parece? ¿Cuándo empieza el Maratón?

—Dentro de dos semanas, pero algunos llegarán antes de tiempo. Kathmandú es un sitio donde siempre me gusta pasar algo de tiempo… Aunque ha cambiado mucho desde que tú y yo vinimos por primera vez.

* * *

Esa idea de él de que ella estaba familiarizada con la ciudad le hizo gracia. Deseó que fuera cierto. Hubo un tiempo en que lo pudo ser. Con Samarkanda y Darjeeling, Kathmandú había sido un nombre mágico para ella de adolescente. También había habido más y ahora los habría visto todos si no fuera por…

Su mente se apartó de esos pensamientos.

El avión estaba despegando. Era más pequeño que el anterior y no iba tan lleno. Cuando apareció la azafata, Sarah le pidió un gin tónic y la chica le dijo que aquél era un vuelo sin alcohol.

—Entonces sólo la tónica, por favor.

Neal pidió lo mismo, pero pidió dos vasos más. Cosa que quedó clara poco después, cuando les dieron las tónicas y se puso en las rodillas la bolsa de plástico.

—Aquí van mi ordenador portátil y mi reserva de alcohol —dijo sacando media botella de ginebra.

—¿No temes que se te rompa el ordenador con tan poca protección?

—Es menos probable eso que me lo roben. Esos bonitos maletines acolchados que llevan los hombres de negocios como si fueran bolsos de mujer son muy atractivos para los ladrones. En el aeropuerto vi que llevabas una bolsa pequeña además de la mochila. Espero que no lleves nada vital en ella.

—No, no lo llevo.

Naomi le había dado una bolsa de algodón con cremallera que se ponía en el cinturón, la bolsa se colaba por dentro de la falda. Allí llevaba la mayor parte del dinero, las tarjetas de crédito y una copia de su pasaporte.

Neal echó una buena cantidad de ginebra en los dos vasos y terminó de rellenarlos de tónica. Le dejó el de ella en su bandeja y levantó el suyo diciendo:

—*Om Mani Padme Hum*.

Ella no tuvo que preguntarle lo que significaba eso. Era un *mantra* budista que significaba Oh La Joya de la Flor del Loto. Estaba interesada en el budismo, ya que tenía razones personales para esperar que la muerte no fuera el final, sino como creen los budistas, la antesala de otra vida en un largo viaje de purificación.

A Neal no le pasó desapercibida su expresión. Se preguntó si ella desaprobaría el que hubiera utilizado ese *mantra* como brindis. O si sus palabras le habrían recordado algo que no quería recordar.

Durante el almuerzo trató de que hablaran del trabajo de ella, pero Sarah prefirió hacerlo de libros.

En particular, coincidieron en uno que habían releído recientemente ambos, el de James Hilton, *Horizontes Perdidos*. Fue un *Best Seller* en los años treinta y la novela que puso de moda la palabra *Shangri-La*.

—Mi abuelo me lo regaló cuando cumplí doce años —dijo Neal —. ¿Cuándo lo leíste tú por primera vez?

—En las navidades cuando iba a cumplir los quince años. Solía gastarme todo el dinero en una librería de segunda mano. El señor King, el anciano que la llevaba, me lo regaló porque yo era la más joven de sus clientes habituales.

La expresión de su rostro se hizo seria cuando añadió:

—Murió de bronquitis ese invierno y la tienda nunca volvió a abrir. Lo eché mucho de menos. Cuando hablaba del libro con él, el señor King me dijo que podía haber realmente un lugar como Shangri-La, un valle secreto en las montañas, donde la gente viviera mucho tiempo alegres y felices. Yo lo creí por un tiempo. Pero si existiera semejante sitio, ahora sería visible por los satélites. Aún así, es una idea encantadora.

—Mi abuelo dice que existe. Pero no como dice el libro… Un lugar misterioso e inaccesible en alguna parte de la gran meseta del centro de Asia. Según él, está en la mente. Es posible encontrarla para todo el mundo, pero no lo hacen muchos.

—¿Qué edad tiene tu abuelo?

—Cumplirá noventa el año que viene, pero sigue

sorprendentemente activo y al día. Se pasa mucho tiempo navegando por la red y charlando con ella con otros ancianos cuyas mentes siguen en buena forma.

Ella se rió.

Pero no le dio ninguna información sobre su familia. Normalmente, la mayoría de la gente solía hablar de sí mismos, pero ella no lo hacía, así que tenía que haber alguna razón para esa reserva tan poco natural.

* * *

Después de almorzar, la mujer nepalesa que estaba sentada a su lado, se inclinó sobre Sarah y le murmuró:

—Penny.

A ella no le resultó difícil imaginarse lo que quería y le dijo a Neal:

—Mi vecina quiere ir al cuarto de baño.

Él se levantó y salió al pasillo, seguido por Sarah. Mientras la nepalesa se dirigía al baño, ellos siguieron de pie. Así él parecía más alto y fuerte. Pensó que era poco habitual encontrarse a alguien tan fuerte tanto física como intelectualmente.

Poco después de que los tres se sentaran de nuevo, un niño pequeño, de unos tres años y un sexo indeterminado, empezó a correr arriba y abajo por el pasillo. Un momento después, se cayó al suelo y empezó a llorar llamando a su padre.

Tal vez el padre estuviera durmiendo profundamente, ya que no apareció y parecía que el personal de vuelo se estuviera dando un descanso.

Cuando Sarah oyó aproximarse los lloros, estuvo a punto de levantarse, pero Neal se le adelantó. Tomó en brazos al pequeño y empezó a caminar por el pasillo consolándolo en voz baja.

Sarah se giró para verlo mejor. Era tan atractivo por detrás como por delante.

Luego él le devolvió el niño a los padres y volvió a su asiento. Ella estaba sorprendida de que hubiera sido precisamente él quien hubiera actuado. Entonces se le ocurrió por primera vez que él podía estar casado y tener hijos.

—Lo has hecho como un experto —le dijo.

—Tengo una sobrina de esa edad —respondió él—. Yo prefiero a los niños que les puedes devolver a sus padres cuando ya te has hartado de ellos. El periodismo y las cosas domésticas no van muy bien.

—Supongo que no —respondió ella preguntándose si eso sería una advertencia.

Luego pusieron una película y después les dieron un té con pastas.

Se dio cuenta de que debían estar llegando porque la mujer que iba a su lado se puso a mirar por la ventanilla, lo que le bloqueó por completo la visión a ella, cosa que le fastidió al no poder ver el Himalaya. Pero se dijo a sí misma que, al fin y al cabo, era al país de esa mujer al que se estaban acercando y ¿quién tenía más derecho a ver esas famosas montañas que una nepalesa de vuelta a su hogar?

Tal vez Neal se diera cuenta de su frustración, ya que tocó el brazo de la mujer y habló con ella de una manera que Sarah le pareció mucho más fluida de lo que le había dicho que lo hacía. Después la mujer se echó atrás y ella pudo ver el Himalaya brillando al sol de la tarde.

Cuando la vista distante de los picos gigantes cambió y vio más de cerca las verdes colinas que rodeaban el valle de Kathmandú, Sarah supo que la excitación que debía haber sentido al estar a punto de conocer a sus compañeros de marcha se veía aminorada por su falta de ganas de despedirse de su actual compañero de viaje.

Neal, sabiendo que ella no había dormido en el trayecto entre Londres y Doha, le dijo de repente:

—Esta noche estarás cansada antes incluso de que hayas terminado de cenar, ¿pero qué te parece si nos vemos mañana por la noche?

—Me gustaría, pero puede ser un poco difícil. ¿Te puedo llamar por la mañana?

—Claro… Te daré mi número de teléfono.

Él se sacó un paquete de Post-it de uno de los innumerables bolsillos y un bolígrafo de otro. Lo escribió y le dijo:

—Que sea antes de las nueve, ¿quieres? Mañana tengo mucho que hacer.

—Espero poder hacerlo. Me gustaría cenar contigo.

—A mí también… mucho. Me ha gustado hablar contigo.

El fondo de esas palabras estaba muy claro y a ella se le revolvieron las entrañas. ¿Pero no se estaba precipitando un poco? Había estado muy bien que Naomi le hablara de no retroceder, pero todos los instintos de Sarah le decían que, en ese caso, el consejo de su amiga podía ser peligroso.

* * *

Él la tocó por primera vez cuando estaban en el aeropuerto, donde se despidieron.

—Hasta mañana por la noche —le dijo él dando por hecho que nada iba a impedir su cita.

Esa seguridad la molestó un poco, pero no hizo caso.

—Adiós, Neal.

Cuando se volvió, se dijo a sí misma que, si tenía algo de sentido común, lo llamaría por la mañana para decirle que no podían cenar juntos.

Ella necesitaba a un hombre en su vida. Lo llevaba necesitando desde hacía tiempo. Pero no a un hombre como Neal Kennedy.

Por lo que ya sabía de él, por no mencionar todo lo que él aún no sabía de ella, no encajaban de ninguna de las maneras.

Capítulo 2

En el minibús y con un collar de flores de bienvenida alrededor del cuello, Sarah miró a la guía que había ido a recoger a los trece miembros del grupo.

La guía se había presentado a sí misma como Sandy, un nombre bastante andrógino para alguien que tenía unas pocas características femeninas, pero cuya apariencia general y forma de comportarse era más masculina que femenina. Sarah, a la que generalmente la gente no le caía mal nada más verla, sintió una aversión instintiva por ella mientras la veía dándoles órdenes con un micrófono en la mano.

Porque lo que estaba haciendo era darles órdenes. ¿De verdad que se imaginaba esa mujer que se iban a quedar con todo aquello mientras dormían? Habría sido más normal que les hubieran dado una hoja impresa, además de las que ya llevaban. Pero tal vez a Sandy le gustara el sonido de su propia voz y creía que así dejaba claro que ella era la jefa y que sería mejor que lo recordaran.

Miró a sus compañeros y se le cayó el alma a los pies. Se había esperado un grupo vivaz de gente de todas las edades y sexos. Pero aún pensando que acababan de salir de un vuelo de trece horas y que no estaban en la mejor forma posible, sin excepciones, ese grupo era mayor, más fuera de forma y, para ser sinceros, mucho más aburrido de lo que se había imaginado.

Cuando salieron del minibús, Sandy volvió a repasar quien era cada uno de ellos y les dijo quien era su compañero. La compañera de Sarah se llamaba Beatrice, una mujer delgada de unos sesenta años, de expresión amargada.

La vista desde la ventana de su habitación la hizo sentirse más alegre. Más allá de los tejados de las casas se veía parte del anillo de montañas que rodeaba el valle de Kathmandú y, en segundo término, las montañas más altas.

—No me puedo creer que, por fin, esté aquí —dijo soñadoramente.

Como Beatrice no le respondió, miró por encima del hombro. Su compañera de habitación había empezado a deshacer el equipaje. La miró por un momento y le dijo:

—Espero que sea usted una persona ordenada, señorita Anderson…

¡Empezaban bien!

—Prefiero que me llamen Sarah. Voy a bajar un momento a ver si me tomo algo y la dejaré que se organice a su gusto. Como parece que sólo tenemos una llave, tal vez cuando termine quiera bajar a tomarse algo conmigo. La veré luego.

A pesar de que la luz del día estaba ya desapareciendo, se tomó su bebida en la terraza del hotel. Aunque era de cinco estrellas, el hotel era un poco decepcionante, ya que su estilo era más bien internacional, en vez de nepalí. Se había esperado algo con más carácter.

Se preguntó dónde se estaría quedando Neal y recordó la nota que él le había dado y que había pegado en la cubierta interior del cuaderno que iba a usar como diario de viaje.

Le había escrito su nombre, el de su hotel y el número de teléfono.

Hacía menos de una hora que ella había estado decidida a no verse más con él. Pero ahora había cambiado de opinión. Sí, como parecía, se iba a tener que ver las caras todos los días con Sandy y esa pandilla, una velada con Neal podría ser, por lo menos, interesante. Apenas pudo esperar al día siguiente para llamarlo.

* * *

Poco después de las ocho, mientras Beatrice estaba abajo desayunando, lo llamó desde su habitación.

—Soy Sarah, buenos días —le dijo cuando él respondió.

—Buenos días. ¿Has pasado una buena noche?

—No ha estado mal —mintió ella—. ¿Y tú?

—Me desperté a las cuatro y me puse a leer. Mi cuerpo necesita un par de días para acostumbrarse al cambio de horario. ¿Podemos cenar esta noche?

—Eso estaría muy bien.

—Te recogeré a las seis y media. Antes iremos a tomar algo al *Yak and Yeti.*

Sarah sabía por las guías que ése era el hotel más grande y mejor de Kathmandú, así que dijo dudosa:

—No he traído nada apropiado.

—No hay problema. Los ricos de la zona se visten formalmente, pero los escaladores y marchadores no lo hacen. Estarás magnífica con lo que sea.

—Muy bien, si tú lo dices… Hasta luego.

Cuando colgó, Sarah sintió de nuevo la excitación que había esperado sentir todos los días, en cada momento. Pero la conversación de la cena del día anterior, la del desayuno, y una noche con Beatrice, habían destruido sus esperanzas.

* * *

Estaba en la recepción del hotel cuando Neal entró. Llevaba los mismos pantalones del día anterior, pero otra camisa. Llevaba al brazo un forro polar azul oscuro. Naomi también le había dejado a ella uno amarillo.

Él tenía un aspecto completamente diferente de la gente de su grupo. Lo rodeaba un aura casi tangible de vitalidad y virilidad que sintió fuertemente cuando se acercó a ella.

Cuando llegó a donde estaba, ella se puso en pie.

—Lista y esperando —dijo él aprobándolo—. No me gusta nada esperar. ¿Nos vamos?

Salieron por la puerta y Neal le dijo:

—Nuestro transporte nos espera fuera del jardín. A la gente de estos hoteles de lujo no les gusta que los *rickshaws* anden dando vueltas por aquí. ¿Qué opinas de este sitio?

—Yo no lo habría elegido. Una casa de huéspedes es más de mi

estilo.

Esa mañana, durante la visita por la ciudad guiada por Sandy, Sarah había visto muchos de esos *rickshaws* a pedales por el caótico tráfico. El conductor del que los estaba esperando era un hombre pequeño y delgado con el cabello gris que no parecía tener las fuerzas suficientes como para pedalear arrastrando a dos grandes europeos. Ella le sonrió y dijo:

—*Namaste.*

—*Namaste,* señora.

Se montaron en ese artefacto y el conductor empezó a pedalear por entre el tráfico. Aquello era terrorífico y parecía que se fuera a desmontar en cualquier momento.

De repente Neal le rodeó los hombros con un brazo y la hizo apretarse contra él.

—Da miedo, ¿verdad? El tráfico está peor cada año. Así ella se sintió mucho más segura. No exactamente relajada, pero no insegura.

Poco después se detuvieron delante de la imponente fachada del *Yak and Yeti.*

Era mucho más grande que el hotel donde se hospedaba ella e imitaba un palacio.

Se dirigieron al bar del brazo y se sentaron en una mesa que daba a la piscina iluminada.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó él pasándole la carta de bebidas.

—Un Campari con soda —le pidió ella al camarero.

Neal prefirió una cerveza.

—¿Qué has hecho en este tu primer día aquí?

—Por la mañana hicimos un recorrido por la ciudad con nuestra guía, y esta tarde la hemos tenido libre. Creo que la mayoría del grupo se ha echado la siesta. La edad media debe de ser sesenta… tal vez sesenta y cinco años.

—¿Y están en buena forma para su edad?

Ella agitó la cabeza.

—Me sorprende que hayan elegido esta clase de vacaciones. Son clientes de pago, yo soy la única que ha venido gratis. Cuando Sandy anunció anoche durante la cena que este viaje lo he ganado como premio de un concurso me miraron con cara rara, sobre todo

teniendo en cuenta que el premio era ofrecido por una famosa revista de la prensa amarilla, especializada en escándalos.

—¿Cómo fue eso? —le preguntó Neal levantando una ceja.

—Alguien a quien le gustan esas cosas y que pensó que el premio me podría gustar, rellenó el formulario en mi nombre. El ganador del concurso podía elegir entre tres tipos de vacaciones. Podría haberme ido a bucear a las Islas Caimán o a esquiar a Aspen, en Colorado.

—¿Y ahora te gustaría haber elegido algo de eso?

—Yo no esquío y no soy muy buena en el agua. Quería hacer este viaje. Puede que el grupo sea más divertido según los vaya conociendo mejor.

—Yo no me apostaría nada —dijo Neal—. Siempre me he fiado mucho de mis primeras impresiones. Sandy, ¿es hombre o mujer?

—Una mujer hombruna.

Él frunció el ceño.

—¿Te ha puesto en su tienda?

—No. Voy a compartir habitación y tienda con una tal Beatrice, quien parece sospechar que soy una feminista radical y que ronca como un tren de mercancías. Aunque no creo que eso me despierte después de una buena y larga marcha, pero sí que lo hizo anoche.

—¿Pero no se va a propasar contigo?

—¡Definitivamente no! Ni creo que tampoco lo haga Sandy. Me acusaría de insubordinación si lo hiciera —dijo Sarah sonriendo.

Entonces una voz de mujer dijo:

—¡Neal! No sabía que estuvieras por aquí.

El se puso en pie.

—Hola, Julia. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —dijo ella ofreciéndole la mejilla.

Era casi tan alta como él, delgada como una modelo, y con un cabello pelirrojo que enmarcaba su rostro anguloso. Sus brillantes ojos verdes eran lo único realmente hermoso de su rostro, pero emanaba personalidad por todas partes.

—Hola —dijo Julia ofreciéndole la mano a ella.

Una mano inesperadamente fuerte.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —le preguntó Neal.

—Gracias, pero no puedo. Acabo de volver de Lukla y sigo trabajando. Esta noche es la fiesta del final de la marcha. Mi grupo

bajará dentro de un momento. Ya veo a alguno. ¿Hasta cuándo estarás por aquí?

—Hasta el principio del Maratón del Everest.

—Ah, perfecto. Nos podremos ver más tarde. Hasta luego.

Su sonrisa incluyó a Sarah.

Cuando se alejó, Sarah vio que llevaba unos vaqueros y botas, pero encima llevaba un jersey de mohair que destacaba una figura tan sorprendente como su apretón de mano.

Esas curvas voluptuosas que tenía por encima de la cintura no pegaban con las fuertes y largas piernas.

—Julia es monitora de actividades de aire libre y guía de *trekking* —le dijo Neal—. Una chica muy dura. Nos conocimos en un curso hará unos cinco o seis años.

—¿Qué clase de curso?

—Uno de conducción todo terreno. Ella era la única mujer y la mejor conductora con mucho. Eso no les gustó a algunos de los chicos.

—¿Y a ti?

—Yo tengo manías, como todo el mundo, pero ésta no es una de ellas. Si una mujer conduce mejor que yo, no le hace daño a mi ego. Cuando mis padres viajan juntos, siempre es mi madre la que conduce. A ella le gusta y a mi padre no. Las líneas tradicionales de demarcación siempre han sido muy flexibles en mi familia.

Sarah le preguntó si ese curso fue para preparar alguna expedición.

—En el caso de Julia, sí. No en el mío. Sólo me pareció algo que me podría resultar útil en algún momento.

Una hora más tarde, cuando dejaron el bar, pasaron junto a Julia y su grupo. Parecía mucho más divertido que el suyo. A pesar de que estaba hablando cuando pasaron cerca, Julia pareció notar la presencia de Neal y, sin dejar de hablar, se volvió y se despidió con la mano.

Ese gesto dejó a Sarah pensando que, aunque ya no fuera así, la relación entre ellos dos había sido cercana, muy cercana.

—¿Vamos andando al restaurante? No está lejos si tomamos algunos atajos —dijo él.

Parecía conocer la ciudad como la palma de la mano y pronto llegaron al restaurante, que estaba en una de las calles más llenas

de gente. La entrada era muy discreta. El interior estaba inmaculadamente limpio, con las mesas decoradas con flores frescas y los camareros iban vestidos informalmente con polos y largos delantales blancos.

Les dio la bienvenida el propietario, un nepalés que hablaba un inglés perfecto y que los acompañó a su mesa.

El restaurante era pequeño, pero con estilo y la gente, aunque extranjeros, no parecían ser turistas, sino residentes en la ciudad.

El menú estaba escrito en una pizarra. Sarah pidió, unas verduras y Neal cerdo a la española.

—¿Desde hace cuánto que eres vegetariana? —le preguntó él.

—No lo soy. Sólo me apetecían las verduras.

—También las tomaste en el avión.

—Eres muy observador para darte cuenta de eso. Pero supongo que eso es importante para un periodista. Pedí las verduras porque alguien me dijo que, habitualmente, son más interesantes que la comida habitual que dan en los aviones.

—Alguna gente cree que la comida *kosher* es la mejor —dijo él —: Un colega mío hizo un reportaje acerca de la preparación de las comidas en Heathrow. Es tremendo. Sólo British Airways necesita alrededor de veinticinco mil comidas para sus vuelos de larga distancia.

Siguieron charlando animadamente y, al final de la cena, mientras se tomaban el postre, Neal le dijo:

—En vez de pasarte otra noche escuchando los ronquidos de Beatrice, ¿por qué no te vienes conmigo? Yo no ronco y la habitación tiene una enorme cama doble y su propia terraza, que es donde he desayunado esta mañana.

Esa sugerencia le quitó la respiración a Sarah. Ya le habían hecho proposiciones anteriormente, pero nunca tan abiertamente. Los otros habían probado el terreno antes de ir al grano, y ninguno de ellos, con dos excepciones, habían logrado nada porque ella les había dejado claro que no estaba interesada.

Esta vez sí que estaba interesada. Pero era demasiado pronto. Algunas mujeres podían meterse en la cama con un hombre a las treinta y seis horas de conocerlo. Otras, incluso antes. Pero para ella, el sexo nunca podía ser algo trivial.

—Lo siento, no —dijo—. No habría venido si hubiera

sospechado que era esto lo que esperabas.

Para su vergüenza, se sintió ruborizar.

—No lo esperaba. Sólo me pareció una buena idea. Si no quieres, de acuerdo. No estaba seguro de que fueras a aceptar. Normalmente, las chicas necesitáis más tiempo para decidiros a estas cosas. Tal vez incluso ya estás saliendo con alguien.

—Si así fuera, no estaría aquí, cenando contigo. Si esto te suena muy chapado a la antigua, es que yo vengo de un pueblo y ya sabes que allí la vida está a varios años luz por detrás de la de Londres.

—Un poco por detrás, no tanto. En las grandes ciudades no hay tanto cotilleo. La gente de los pueblos y ciudades pequeñas suelen ser más discretos, pero siguen siendo seres humanos. El refrán favorito de mi abuelo es: el amor, la lujuria y el dolor de corazón son parte de la condición humana. Siempre lo han sido y siempre lo serán.

—Pero ahora no es como cuando él era joven —dijo Sarah recordando las actitudes de su padre. Y eso que era mucho más joven que el abuelo de Neal.

—A mi abuelo le gusta la vida tal como es ahora. Hay menos hipocresía. Todo es menos rígido.

Ella se sintió tentada a decir que su padre pensaba que ya no había moral y que todos eran unos degenerados, pero no lo hizo.

En vez de café, ella se tomó un té de jazmín y Neal chocolate caliente.

Cuando le llevaron el té sonrió al camarero y le dio las gracias.

Neal le dijo:

—Me gusta la forma con que tratas a la gente, no como si fueran robots.

Antes de que ella pudiera responder, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer mañana?

—Vamos a ir a ver un par de templos.

—¿Estás libre por la tarde? Podríamos cenar otra vez, pero en otro restaurante.

—He de quedarme con el grupo. Hay una reunión final antes de salir.

—Te divertirías más en *Rumdoodles*.

—¿Qué es eso?

El levantó una ceja.

—¿No has estado allí? Es un bar con restaurante a donde los escaladores van a celebrar sus éxitos, el hogar del Club de los Conquistadores. El techo y las paredes están cubiertos de huellas de yeti de cartón firmadas por escaladores famosos. Entre ellos, Sir Edmund Hillary y Tenzing Norgay.

—¿Tú lo has hecho? Me refiero a escalar el Everest. De repente él se puso muy serio y, por un momento, pareció como si se fuera a enfadar.

—Yo no soy montañero. Hay demasiada gente por ahí pagando sumas enormes y poniendo en riesgo a otros para ir luego diciendo que fueron ellos los que subieron. La montaña está siendo degradada.

Ella fue muy consciente de que esa pregunta inocente había pinchado en hueso.

¿O es que le había molestado el que se negara a acostarse con él y ahora se viera sin la posibilidad de intentarlo de nuevo?

Neil le hizo una seña al camarero y le pidió la cuenta.

—Por favor, deja que pague mi parte —dijo Sarah antes de que el camarero llegara.

—De eso nada. Tú eres mi invitada —dijo él firmemente, pero sonriendo de nuevo.

Una vez fuera del restaurante, un esperanzado conductor de *rickshaw* estaba ansioso por ser contratado, pero Neal lo rechazó.

—Volveremos andando, si te parece bien —le dijo a Sarah.

—Me parece bien. Un poco de ejercicio me vendrá bien después de esta deliciosa cena.

Caminaron en silencio hasta cerca del hotel de ella, donde Neal le dijo:

—Ya estamos cerca de tu hoteL Te acompañaré a la puerta, pero nos despediremos aquí.

Y antes de que ella se diera cuenta de lo que quería decir, la besó.

Había pasado mucho tiempo desde su último beso y no se había parecido en nada a ése. El hombre en cuestión había sido sólo un poco más alto que ella y se había pasado la mayor parte de su vida sentado en una mesa de despacho o en un coche. Ella no se había sentido tan superada como se sentía ahora.

Ni la boca de ese otro hombre se había apoderado de la suya con

tanta confianza. No había estado tan seguro de sí mismo como Neal. Molesta por su falta de confianza, ella se lo había quitado de encima.

Neal no le dio la opción de aceptar o rechazar ese beso. La sujetó firmemente, dejándole muy claro que quería hacer el amor con ella… Y sabiendo que ella también lo quería, pero que no estaba dispuesta a admitirlo.

Y era cierto, el deseo la recorría. Hacía tanto que eso no le pasaba que había pensando que ya no iba a sentir de nuevo esas ansias que había sentido una vez con resultados tan desastrosos. Pero ahora, dormidas, pero no muertas, esas ansias volvían a la vida.

—¿Estás segura de que no vas a cambiar de opinión? —susurró él.

—Déjame, Neal. Por favor…

Trató de empujarlo y, sorprendentemente, lo logró.

Él hizo lo que le pedía, retrocedió y bajó los brazos.

—Si insistes… Aunque no sé por qué lo haces. Esto no es lo que realmente quieres. Y, ciertamente, no es lo que quiero yo.

—No nos conocemos… Acabamos de conocernos. Puede que a ti eso no te importe, pero a mí sí. La atracción no es suficiente para mí. Necesito conocer a la gente, confiar en ella… antes de…

—La confianza es instintiva, como la atracción. Todas las reacciones importantes son instintivas. Pero si quieres posponer el placer, es cosa tuya.

—Los hombres pueden tomarse el placer tranquilamente. Las mujeres no —dijo ella recordando una relación que no había funcionado.

—No te lo puedo discutir. Pero creo que tú sabes instintivamente que no sería así para nosotros.

—Mis instintos no siempre son fiables.

—¿Has tenido muchos amantes?

Como anteriormente su proposición deshonesta, esa pregunta la sorprendió. En su mundo la gente no hablaba de esas cosas. Reprimían la curiosidad… y muchas otras cosas.

—No muchos, comparándome contigo, me imagino.

Él la tomó de la mano.

—¿Qué te hace pensar que yo soy un devorador de mujeres?

—Tu forma de actuar.

—El tiempo no está de nuestro lado, Sarah. Una aproximación lenta no es práctica bajo estas circunstancias. Tú te vas de aquí pasado mañana. Para cuando vuelvas, a mí no me quedará mucho tiempo. Entre ahora y cuando nos separemos, puede suceder cualquier cosa. Mi lema es vivir día a día.

—El mío es cuidado con tropezar. Sobre todo si tropiezas y te caes en la cama con alguien.

—¿Eres cauta por naturaleza o es que la vida te ha hecho así?

—La mayoría de la gente se hace más cauta cuando se hace mayor.

Entonces ella se preguntó qué edad pensaría él que tenía. Sabía que parecía más joven de lo que era, ya que mucha gente se sorprendía al saber su edad.

—¿Es que alguna vez no has sido cauta?

—Oh, sí. Con diecisiete años era todo lo loca que se podía ser. Estaba loca por ser libre. Locamente enamorada… Pero eso fue hace mucho tiempo.

Ya habían llegado a la puerta del jardín del hotel y, aún de la mano, entraron.

—Si mañana decides saltarte el programa oficial, ya sabes dónde encontrarme.

Delante del portero, Neal le levantó la mano y le dio un leve beso en los nudillos antes de añadir:

—Buenas noches, Sarah. Espero que nos volvamos a ver.

Luego se despidió en nepalí del portero, se volvió y se marchó, dejándola a ella mirándolo mientras se alejaba, sintiendo la tentación de llamarlo.

Pero no lo hizo y, momentos más tardes, Neal desapareció sin mirar atrás.

* * *

Sarah se pasó la mañana que tenía libre antes de que el grupo se marchara a Lukla paseando por la ciudad, luchando con el pensamiento de que realmente no quería ir. Quería ver a Neal de nuevo más de lo que quería ir a esa excursión. Tal vez hubiera

pensado otra cosa si los demás del grupo hubieran sido más amigables, pero no lo eran y ya sabía que la situación no iba a mejorar.

Se sentó en una terraza y pidió un té de jazmín. Otra mujer sola se sentó no muy lejos de ella y se puso a escribir unas postales.

Un rato más tarde, la mujer se levantó y fue apresuradamente al lavabo, dejándose la mochila sobre la mesa. O era bastante descuidada con sus pertenencias o tenía una verdadera urgencia.

Sarah estuvo vigilando la mochila mientras la mujer no estuvo. De repente apareció, cubierta de sangre y andando de forma insegura. Se dejó caer en su silla como si se fuera a desmayar en cualquier momento.

En ese momento llegó el camarero, vio la sangre y dijo preocupado:

—¿Hay algún problema?

—Sí —respondió Sarah—. Esta mujer necesita atención médica. Por favor, llame urgentemente a un taxi.

Se acercó a la mujer tratando de ver si estaba seriamente herida y le preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Me lo puede decir?

—Me he mareado… Me caí y me di con la cabeza contra algo…

—No se preocupe. Yo la cuidaré.

Por suerte tenía la dirección de una clínica que le habían recomendado.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Rose Jones —dijo la mujer echándose a llorar.

* * *

La sala de espera de la clínica estaba llena de gente cuando llegaron las dos, pero viendo el estado de Rose, la enfermera las hizo pasar inmediatamente a una habitación.

Les dijeron que el médico no tardaría y las dejaron allí, esperando.

Sarah sabía que esa clínica la llevaban médicos extranjeros y era famosa por sus investigaciones sobre las causas y el tratamiento de la enfermedad llamada humorísticamente Carreras de Kathmandú.

Momentos más tarde, se abrió la puerta y entró Neal.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó a Sarah, sorprendido.

—¿Y tú? —preguntó ella más sorprendida todavía.

Pero él ya le estaba dedicando toda su atención a Rose.

—Hola… Soy el doctor Kennedy. Túmbese en la camilla y le echaré un vistazo mientras me cuenta qué le ha pasado.

Mientras él ayudaba a esa mujer a tumbarse en la camilla, Sarah lo miró anonadada. Le había dicho que era periodista y que trabajaba para el The Journal. No le había dicho nada de que fuera médico. ¿Lo habría hecho deliberadamente? Y si era así, ¿por qué?

Capítulo 3

A pesar de que se había quejado cuando Sarah trató de curarle la herida, Rose se quedó muy quieta cuando lo hizo Neal.

—La verdad es que es muy superficial —le dijo él—. Y lo de los vómitos y demás debe ser que te ha sentado mal la comida. ¿Dónde cenaste anoche?

Ella se lo dijo y que había tomado de postre pastel de manzana y *curd*, una especie de yogur.

—Debió ser el *curd*.

La examinó un poco más y le preguntó por las vacunas y la inyección del tétanos.

—Muy bien, la enfermera te pondrá una inyección más y luego descansarás arriba media hora antes de volver a tu hotel. Tómatelo con calma durante el resto del día. Mañana ya deberás sentirte bien.

Luego, antes de abandonar la habitación, le dijo a Sarah en voz baja:

—Ya hablaré contigo más tarde, mientras ella descansa.

* * *

Unos minutos más tarde, le pusieron la inyección a Rose y luego la subieron a una habitación con una cama.

—No me dejes —le dijo Rose a Sarah mientras la tapaban.

—No te preocupes. Yo voy a tomarme un café, pero estaré aquí cuando bajes.

Teniendo en cuenta lo que le había contado Rose de camino a la

clínica, estaba claro que no la podía dejar sola.

Neal la estaba esperando abajo.

—Vamos aquí al lado a tomarnos un café. ¿Cómo te has metido en esto? —le preguntó.

Cuando salieron de la clínica, Sarah le contó lo que había pasado desde su punto de vista.

—Ahora tal vez me expliques tú por qué me dijiste que eras periodista —le dijo ella indignada.

—Y lo soy. Especializado en temas médicos. Estudié medicina y, cuando terminé, llegué a la conclusión de que sería más útil escribiendo las formas de permanecer saludables en vez de pasarme el tiempo recetándole pastillas a la gente que, en la mayoría de los casos, se dedica a destruir su salud.

—No me dijiste que eras del personal de esta clínica.

—Y no lo soy. Tengo un amigo que trabaja aquí. Cuando vine a verlo resultó que estaban muy apurados y me pidieron que fuera yo quien le echara un vistazo a Rose. ¿Está aquí sola o con amigos?

—En este momento está sola. Vino con su marido. Es su luna de miel… pero la cosa ha salido mal. Él está en alguna parte de las montañas y ella aquí, sola. Supongo que debieron tener una buena pelea y ella se volvió por sus propios medios.

—No es la primera vez que pasa eso, y tampoco será la última —dijo Neal—. No me lo digas, deja que me lo imagine. A ella no le gustaron las incomodidades de la mayoría de los refugios. Fueron demasiado para su delicada sensibilidad. No tenía ni idea de lo duro que podía ser esto.

—No creo que ninguno de los dos la tuviera. Habían hecho algunas marchas juntos y a Rose le gustó la cosa. Pero este viaje empezó mal desde el momento en que llegaron. Al parecer el viaje lo organizó la gente de una pequeña agencia de viajes de su pueblo con conexiones aquí. Incluso el hotel de aquí, donde pasaron su primera noche y donde ella se está quedando ahora, no era del nivel que se esperaban. Pero no puedo entender como es que su marido la dejó volverse sola.

—Tal vez él no pudo entender que ella estuviera dispuesta a dejarlo tan pronto. ¿Quieres café, té, o algo más fuerte?

—Té, por favor —respondió ella.

—Puede ser complicado ponerse en contacto con el marido de

Rose —afirmó él—. ¿Te ha dicho a dónde pensaban ir?

—No. Ella estaba llorando, casi histérica, así que sólo traté de calmarla. Creo que estaba muy alterada antes de marearse y ponerse a vomitar y todo lo demás. Es una situación como para ponerse nerviosa en un hotel desagradable en una ciudad desconocida después de una gran pelea con tu marido en plena luna de miel.

Neal le dijo entonces:

—¿A dónde fuiste tú en la tuya?

—Yo nunca he estado de luna de miel. Él levantó una ceja.

—Me sorprendes. Pensaba que te habrías casado muy joven y que la cosa no funcionó.

—Pues te equivocas. Como tú, yo soy una soltera empedernida.

—Con chicas con tu aspecto, eso significa habitualmente un conflicto con el trabajo. Me dijiste que trabajabas con ordenadores. ¿Es que eres una especie de científica o algo así? ¿Ingeniería informática tal vez?

Sarah se rió y agitó la cabeza.

—Soy el equivalente con los ordenadores al hombre que va a arreglar las lavadoras a domicilio, salvo que soy mujer y que arreglo ordenadores personales. Pero no tengo ni idea de cómo arreglar el problema de Rose. Tiene que haber alguna forma de ponernos en contacto con su marido, ¿no?

—No te preocupes por eso, yo me ocuparé del asunto. ¿Tienes tiempo para llevarla de vuelta a su hotel? ¿A qué hora te vas de la ciudad?

Le agradó el que él pudiera pensar que era una científica y que no se hubiera olvidado de que ése era el día de la partida de su grupo.

—No hasta después de almorzar. Salimos para el aeropuerto a las dos y vamos a pasar la noche en Lukla para empezar la marcha mañana.

Neal se inclinó sobre la mesa y apoyó los codos en ella con los dedos entrelazados.

—Me gustaría que no te fueras tan pronto. Siento que, ésta es una de esas veces en que se presenta una oportunidad que hay que aprovechar, por lo menos en el sentido de pasar juntos algunos días memorables y, posiblemente, unas noches más memorables todavía.

Ella no supo qué responder, pero entonces vino el camarero y evitó que tuviera que hacerlo.

—¿Fuiste a Bhaktapur cuando estuviste antes aquí? —le preguntó él cuando se hubo marchado el camarero.

Sarah supo que ése era el momento de la verdad y que no lo podía retrasar por más tiempo.

—Yo no he estado aquí antes. Ésta es mi primera visita. Lamento que mi camiseta te haya confundido, pero me la dejó una amiga. Debería habértelo dicho antes.

Su confesión fue seguida por un largo momento de silencio. Ella no pudo leer su expresión. ¿Es que esa mentira por omisión le había molestado?

—¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó Neal.

—Es difícil de explicar. Normalmente digo siempre la verdad. Supongo que quise que me vieras como alguien más interesante de lo que soy en realidad. Éramos desconocidos en un avión y yo pensé que te aburriría si admitía que era una novata.

—¿Quién te ha hecho pensar que no eres interesante?

—Nadie… no en mi mundo. Pero el tuyo es diferente. He leído lo suficiente como para saber que los viajeros de verdad no aprecian mucho a los turistas. Y yo ni siquiera soy una turista. La verdad es que nunca he estado en ninguna parte. Ésta es la primera vez que salgo de la isla, ¿te lo puedes creer?

—Teniendo en cuenta lo cómoda que pareces estar, lo encuentro difícil de creer. Cuando te vi en el aeropuerto de Dolía, te tomé por alguien que había viajado mucho.

—Ya me gustaría. Siempre quise viajar, pero mi vida tomó otros caminos —dijo ella mirando su reloj y viendo que ya había pasado un buen cuarto de hora desde que abandonaron la clínica—. No deberíamos tardar mucho. Me alegro de haberte contado esto. No me gustaba no ser sincera contigo.

—Te perdono, siempre que me prometas que no lo volverás a hacer. De ahora en adelante, sólo respuestas verdaderas, ¿de acuerdo?

Ella dudó por un par de segundos. Si accedía, ¿no abriría con eso puertas que preferiría mantener cerradas?

—De acuerdo —dijo por fin al tiempo que le pasaba una taza de té—. Háblame de ese sitio que has mencionado. ¿Bhaktapur? ¿Qué

tiene de especial? No creo que Naomi haya estado allí. Es la amiga que me prestó la camiseta y que hizo que no me quitara las botas desde que me las compré.

—Lo que tiene de especial es que sigue siendo como era Kathmandú cuando la única gente que venía por aquí eran montañeros y hippies. No creo que siga así mucho tiempo. El turismo cambia los sitios… Desafortunadamente, siempre para peor. Pero ahora sigue siendo un lugar mágico. No deberías volver a casa sin verlo, sobre todo La Puerta Dorada. No es tan famosa como la de San Francisco, pero si sólo se puede ver una, yo recomiendo la de Bhaktapur.

—¿Has visto las dos?

—Sí, me pasé un año viajando antes de cambiar de trabajo.

Sarah se quedó en silencio tomándose su té y pensando cosas que sería de muy poco tacto contarle a él.

Pero Neal pareció leerle la mente.

—Estás pensando que el periodismo es una basura de profesión comparado con la medicina. Me lo ha dicho mucha gente. Pero se olvidan de que si no fuera por los periodistas de investigación, habría un montón de cosas malas que seguirían siendo desconocidas. Algunas formas de periodismo son desagradables, pero una prensa libre sigue siendo nuestra mejor salvaguarda contra los malos gobiernos y los intereses ocultos de algunos. Recientemente he escrito un reportaje sobre los timos que se dan en la cirugía estética. Le daba más peso el que lo escribiera un médico y, ciertamente, previno mejor a muchas mujeres de que tenían que andarse con cuidado con a quien le confiaban sus rostros y demás partes del cuerpo de lo que lo pudiera haber hecho de cualquier otra manera.

—Tienes razón, por supuesto —admitió ella—. No lo había pensado así. Mi actitud hacia los periodistas es debida a todas las cosas malas que ya sabes que hacen, tal como perseguir a los personajes públicos para pillarlos haciendo algo que no debieran, concentrarse sólo en los horrores ignorando el lado bueno de la vida.

—Eso es porque no lees los periódicos adecuados. Deberías leer *The Journal* —dijo él, sonriendo—. No diría que nunca publicamos algo cuestionable, pero en los cinco años que llevo trabajando en él,

nunca me he sentido impulsado a dimitir.

Cuando volvieron a la clínica, se dirigieron a la habitación donde estaba descansando Rose. Estaba levemente adormilada, pero se despertó enseguida.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él.

—Me duele la cabeza.

—Sarah te va a llevar de vuelta al hotel. Es muy importante que bebas mucha agua por la inyección que te han puesto y para limpiarte el aparato digestivo. Tienes que dormir, pero también necesitas tomar líquido cada vez que te despiertes.

Rose asintió obedientemente, pero Sarah se preguntó si recordaría esas instrucciones o si las seguiría. Era difícil ver qué clase de persona era esa mujer en su vida normal, pero la pelea con su marido y posterior abandono mutuo, sugería que ninguno de los dos andaba sobrado de sentido común.

Evidentemente, Rose no estaba en estado de pensar sobre lo de pagar la consulta, así que fue Sarah la que pidió la cuenta mientras Neal llamaba a un taxi.

Pagó con la tarjeta de crédito que le dio Rose y, cuando volvió con ella, Neal estaba ya a su lado.

—Si no te sientes bien mañana, no dudes en volver aquí. Yo no estaré, pero le dejaré mis notas al que esté de guardia.

Luego se volvió a Sarah y añadió:

—Espero que la marcha te vaya bien. Llámame cuando vuelvas. Cuídate.

Le puso una mano en el hombro y le dio un leve beso en la mejilla.

* * *

A Sarah, el hotel de Rose no le pareció demasiado mal. Se entraba en él por debajo de una marquesina y en la planta baja había un restaurante. Por el camino, Rose se había quejado de los olores a cocina que llegaban a los dormitorios, pero a Sarah le gustaron esos aromas exóticos.

La habitación era pequeña, pero limpia. Sarah abrió la cama y le ayudó a desnudarse y acostarse.

Una vez en la cama, empezó a llorar de nuevo.

—Me gustaría poder volver a casa… Odio todo esto. Me da miedo estar sola.

Sarah pensó que no la podía dejar. Estaba tan desequilibrada que podría hacer alguna tontería.

—Tengo que llamar por teléfono —dijo—. No tardaré.

Cuando se puso Sandy, le dijo airada:

—¿Dónde te has metido? Todo el mundo ha empezado ya a almorzar. Deberías haber vuelto hace ya media hora.

—Lo siento. Ha sucedido una emergencia. Una chica se ha puesto enferma y he tenido que llevarla al médico.

—¿Dónde estás ahora? —le preguntó secamente la guía.

—Estoy en su hotel. Está en el centro de Thamel. No sé la dirección, pero está en una de las calles laterales. Está sola y muy alterada, así que no la puedo dejar en la estacada. Dejé lista mi mochila antes de salir. ¿Puedo reunirme con vosotros en el aeropuerto? ¿A qué hora tengo que estar?

—Beatrice bajó tu mochila junto con su equipaje, lo que ha sido un detalle por su parte. No, no te puedes reunir con nosotros en el aeropuerto. Quiero a todo el mundo en el autobús a la hora programada, así que haz el favor de volver inmediatamente. Si la chica está enferma, la gente del hotel la cuidará. No es tu responsabilidad… Y me estás poniendo muy difícil que yo pueda cumplir con la mía —le espetó Sandy.

Ese tono de voz y su lenguaje le trajeron a la memoria un montón de recuerdos y Sarah no estaba dispuesta a que nunca más la volvieran a regañar de esa forma.

Así que le dijo fríamente:

—En ese caso, no te molestes. Bórrame de tu lista. Olvídate de mí. De ahora en adelante seguiré a mi aire. Deja mi equipaje en el hotel y ya lo recogeré más tarde.

—No puedes hacer eso. Tú vienes con nosotros —dijo Sandy visiblemente desconcertada.

—Lo estaba, pero ya no. Paso de todo y prefiero quedarme aquí, en Kathmandú.

—¿Dónde te vas a quedar? Todo está muy ocupado. Y, si puedes encontrar una habitación, ¿cómo la vas a pagar? La revista no lo va a hacer, sólo se han comprometido a pagarte los gastos del *trekking*.

En la voz de Sandy se leía una nota de ansiedad. Tal vez estuviera empezando a preocuparse por las consecuencias de aquello en su trabajo como guía.

—Me lo pagaré yo misma —le dijo Sarah—. Y tengo pagado el vuelo de vuelta.

Habiendo tomado la decisión, inmediatamente se sintió mucho mejor, incluso se sintió también amablemente dispuesta hacia esa mandona.

—No te preocupes, no me voy a quejar. Esto lo hago por mi propia elección. Que os lo paséis bien. Adiós. Y colgó.

* * *

Tuvo suerte y en el mismo hotel de Rose había una habitación en la planta alta que estaba libre por las siguientes dos noches. Durante esa tarde, mientras Rose dormía, Sarah recogió su mochila del otro hotel.

Como no había almorzado, estaba tomándose algo en el bar cuando entró Neal.

—¿Qué haces tú aquí? Ahora deberías estar ya en Lukla.

—Lo he dejado. No podía dejar sola a Rose.

¿Se imaginaría él que no era ésa su única razón?

—¿Cómo has sabido dónde encontrarla? —le preguntó.

—Tú diste su dirección en la ficha de la clínica, ¿recuerdas? ¿Cómo está?

—Durmiendo sobre todo. Cuando se despierta se pone a llorar. Pero ya no va al baño y yo me estoy asegurando de que bebe mucho.

—Ha tenido suerte de que tú estuvieras cerca para recoger los pedazos. ¿Cuál es tu situación ahora? ¿Te vas a quedar en el mismo hotel?

—Me he mudado aquí. Es mucho menos caro que el otro.

—Debería llevarte a Freak Street en algún momento. Allí era donde me quedaba yo en mis primeros viajes. Entonces esta zona, Thamel, era campo. Pero por aquel entonces yo todavía iba al colegio, así que ha pasado mucho tiempo.

—¿Viniste con un viaje organizado del colegio?

—No… Vine con mi hermano. Él era cuatro años mayor que yo y un tipo responsable. Mis padres sabían que no me dejaría meterme en problemas. De paso, he hecho todo lo que he podido para encontrar al marido de Rose, pero, sinceramente, no ha sido mucho. Cuando la gente está en la montaña, está fuera de alcance, y ni siquiera pueden volver aprisa aunque quieran. De vez en cuando, en casos extremos, puede recogerlos un helicóptero, siempre que lo puedan pagar o estén asegurados. Pero eso no sucede a menudo.

A Sarah no le había pasado desapercibido el súbito cambio de conversación ni su extraña expresión cuando habló de su hermano. La intuición le dijo que había algo en esa primera visita de él que prefería olvidar… Como ella prefería olvidar su vida a esa edad. Ya había terminado de comer.

—¿Vamos a ver a Rose? —le preguntó él.

—¿Lo harás? Es muy amable por tu parte. Creo que eso le dará confianza.

Rose no estaba cuando entraron en su habitación. —Debe estar en el baño— dijo Sarah mientras empezaba a arreglar la cama.

Neal se acercó a la ventana y miró afuera. Momentos más tarde, oyeron la cadena del váter, la puerta se abrió y Rose salió desnuda, soltó un grito de vergüenza, corrió a la cama y se tapó con las sábanas.

—Hola, Rose. ¿Cómo va la cabeza? —le preguntó Neal sin darse por aludido al tiempo que se sentaba en la cama a su lado.

—Un poco mejor, gracias.

—Eso está bien —dijo él ofreciéndole el vaso de agua de la mesilla de noche—. Sigue bebiendo. Estamos haciendo lo que podemos para localizar a tu marido.

A ella empezó a temblarle la boca y los pálidos ojos azules se le llenaron de lágrimas.

—Eso no te va a servir de nada —le dijo Neal amablemente mientras le ofrecía un pañuelo de papel—. Suénate la nariz. Un buen llanto no está mal, pero Sarah me ha dicho que ya lo has hecho. Más es pasarse. No querrás que tu chico vuelva y te encuentre con los ojos rojos, ¿verdad?

Rose logró sonreír un poco.

—¿Cómo va el chichón? ¿Bajando? Rose asintió y él continuó.

—Eso está bien. Pero aunque te sientas mejor, yo lo dejaría

descansar hasta mañana.

Miró su reloj y añadió:

—He de marcharme. Duerme un poco. Te veré más tarde.

Cuando Sarah le fue a abrir la puerta, él le hizo una seña para que lo siguiera afuera.

Una vez allí, le dijo:

—Si hubiera sabido que estarías aquí te habría pedido que cenaras conmigo, pero ahora he quedado con una gente de por aquí que se podría ofender si lo cancelara. ¿Cenamos juntos mañana por la noche?

—Creo que deberíamos incluir a Rose. No me sentiría cómoda dejándola sola.

—De acuerdo, si insistes… Pero no dejes que Rose se transforme en una molestia. Estás aquí para pasártelo bien, no para hacerle de niñera. Un golpe en la cabeza y una pequeña dosis de Carreras de Kathmandú son molestos, pero no fatales. Hasta mañana.

Le dio un golpecito en el brazo antes de correr escaleras abajo.

* * *

Sarah se acostó temprano y se puso a leer en la cama.

Pero no se podía concentrar en la lectura. Se preguntaba si entre la gente con la que Neal iba a cenar esa noche estaría la tal Julia.

A la mañana siguiente, como el hotel no tenía servicio de habitaciones y, después de ver que Rose se estaba sintiendo mejor, le llevó el desayuno en una bandeja. Rose decidió quedarse donde estaba hasta la hora del almuerzo.

—Yo tengo algunas cosas que hacer, pero estaré de vuelta para el almuerzo —le dijo Sarah—. He visto algunos restaurantes situados en los pisos altos que parecen sitios buenos para comer. Tú vas a tener que seguir comiendo cosas suaves un día o dos más.

Había localizado ya algunos sitios desde donde se podía conectar a Internet, así que fue a uno, pagó y se sentó delante del ordenador que le asignaron.

Pensó mandarle un e-mail a Naomi, pero decidió que no para no tener que contarle por qué seguía en Kathmandú. Ya lo haría cuando volviera.

En vez de eso localizó la dirección del correo electrónico de *The Journal*. Cuando la tuvo, no tardó mucho en localizar la columna de Neal, junto con una foto suya. Trataba sobre las compras compulsivas como signo de depresión.

Pidió que se lo imprimieran y se llevó la copia al restaurante donde había pensado que podían almorzar.

Se sentó bajo un parasol y se puso a leer el artículo de Neal.

Estaba muy bien escrito y era comprensible. Si no lo conociera ya, le habría gustado lo que veía de él en ese artículo. Y si no apareciera su foto, se podría pensar que era mucho mayor, un hombre con gran experiencia en las fobias humanas y un punto de vista humorístico sobre los comportamientos absurdos de la gente.

El artículo terminaba con un párrafo divertido inspirado en algo que él había leído en alguna revista médica. En un estudio de las plumas de cuarenta y dos médicos, los patólogos austríacos habían descubierto que más de la mitad de ellas estaban infectadas por al menos un tipo de bacteria. Otros estudios habían revelado que colonias de bacterias podían crecer en las corbatas de los médicos, que era por lo que muchos de ellos preferían llevar pajarita.

Un par de horas más tarde, sentada en la misma silla, pero esta vez con Rose al otro lado de la mesa, le dijo:

—¿Sabías que Neal Kennedy es bastante famoso? Escribe una columna semanal sobre temas médicos en *The Journal*.

—¿De verdad? Cuando apareció ayer tuve la sensación de haberlo visto en alguna otra parte anteriormente, pero no sé cómo ha podido ser. Nadie de los que conozco compra ese periódico. Es muy aburrido.

—Debes haberlo visto en televisión. Me ha dicho que aparece a veces.

—¿Sí? —dijo Rose mostrando más interés.

Estaba claro que, en su opinión, aparecer en televisión contaba mucho más que ser un columnista de prensa escrita.

—¿En qué programas ha aparecido? —le preguntó a Sarah.

—Pregúntaselo a él. ¿Te gusta?

—No lo sé. No lo he pensado. Estoy demasiado preocupada por Cliff. ¿Supones que pueda haber tenido un accidente? ¿Y si no vuelve a tiempo para el vuelo de vuelta? Me gustaría no haberme dejado convencer para venir aquí. Nunca quise venir, yo quería ir a

Florida.

Para cuando terminaron de almorzar, Sarah estaba más que harta de esa chica.

* * *

Neal la llevó a cenar a un restaurante indio donde estuvieron casi a solas.

—Pensé que habías tenido un día difícil, así que preferirías un lugar apacible —le dijo él antes de empezar a cenar.

—¿Qué te hace pensar que ha sido difícil?

—¿No lo ha sido?

—Sí. Probablemente suene poco amable, pero he de admitir que me alegré cuando Rose rehusó venir con nosotros.

—No tanto como me he alegrado yo de que no lo hiciera.

—Esa chica me pone nerviosa con sus lloros. Me ha dicho que no había vivido con Cliff antes de casarse, como hace la mayoría de la gente hoy en día. Los dos vivían con sus padres y Rose parece una chica muy atada a ellos.

—¿Crees que puede que no le haya dejado hacerle el amor a Cliff hasta saber que lo tenía bien sujeto?

—Es posible. Y puede que él sintiera lo mismo si viene de un entorno similar.

—Hay algunas sectas que siguen diciendo que el sexo antes del matrimonio es pecado —dijo él—. ¿Te ha dicho si pertenece a una de ellas?

—No, pero no me sorprendería si ninguno de los dos tuviera ninguna experiencia previa. Se casaron el mismo día en que empezaron el viaje, lo que significa que pasaron en el aire su noche de bodas. Después de semejante viaje, nadie llega a su destino lleno de energías. No es muy buena idea, ¿verdad?

Entonces les llevaron lo que habían pedido y, durante un rato, comieron en silencio.

Luego Neal le habló del libro que estaba leyendo y Sarah pensó que había momentos, como ése, en que se sentía tan cómoda con él como si lo conociera desde hacía años. Pero lo conocía desde hacía sólo cinco días y no tenía que olvidarlo.

Estaban tomándose los cafés cuando Neal le dijo:

—Si no te puedes quedar donde estabas, vas a necesitar una nueva base de operaciones. ¿Tienes alguna idea?

Sarah sintió un pequeño nudo de tensión en su interior. La intuición le dijo que él estaba a punto de sugerirle algo que bien podría ser una repetición a su proposición anterior.

—Echaré un vistazo por la mañana. Estoy segura de que encontraré algún sitio donde quedarme.

—Yo estaba pensando en subir a Nagarkot a pasar el fin de semana. Está en lo alto de las montañas vecinas.

La gente va allí para ver amanecer y atardecer en las cimas más altas del mundo. Hay una granja transformada que es un gran sitio para quedarse. ¿Quieres venir conmigo?

—Me parece encantador… Pero me preocupa dejar sola a Rose. No sé si está suficientemente bien…

Él no trató de persuadirla para que cambiara de opinión. Ni tampoco sugirió posponer su viaje. Tal vez ésa no fuera una posibilidad, ya que ella no sabía qué otros compromisos pudiera tener. Tal vez como lo había rechazado dos veces, él no lo volvería a intentar. Incluso a los hombres con tanta confianza en sí mismos no les gustaba ser rechazados. ¿A quién le gustaba?

Mientras caminaban hacia donde ella se estaba quedando. Neal no pareció molesto y siguió charlando tranquilamente. Una vez cerca de la entrada del hotel, le dijo:

—¿Te parece si tomamos algo más?

—Si dejas que te invite yo ahora.

—De acuerdo.

Cuando pasaron por el mostrador, Neal le habló al hombre que parecía ser el propietario de todo. La réplica fue mucho más larga de lo que le dijo él, acompañada de un gesto hacia Sarah y otro hacia el techo.

Incapaz de saber lo que estaba diciendo, ella esperó a que Neal se lo tradujera, pero él la llevó hasta una mesa, donde se sentaron.

—¿De qué se trataba?

—Cliff ha vuelto hace cosa de una hora. Eso te deja libre a ti.

Hizo una breve pausa y añadió mirándola a los ojos:

—¿Qué me dices ahora a lo de venirte a Nagarkot conmigo?

Capítulo 4

Eso la picó en el amor propio, así que levantó la barbilla y le sonrió:

—¿Por qué no? Pero sólo con la condición de que compartamos los gastos.

—Si eso te hace feliz… Me pregunto qué estará pasando ahí arriba. Si estarán haciendo el amor o renovando la pelea.

—Esperemos que hayan descubierto que, después de todo, se necesitan el uno al otro. Pero no lo averiguaremos hasta mañana.

—¿Podrías estar lista a las nueve? De paso nos podríamos pasar por Bhaktapur.

—Sí, no hay problema. ¿Cómo está de lejos Nagarkot?

—A sólo una hora de coche desde aquí. Alquilar un coche con conductor no es caro. Nos llevará a la granja y nos recogerá cuando queramos. Si hace buen tiempo nos podemos quedar más que sólo el fin de semana. Hay algunas marchas interesantes. Eso te mostrará lo que es Nepal en sus zonas rurales.

Luego se despidió de ella y repitió el leve beso que le había dado en la clínica.

* * *

Neal se dirigió al hotel de muy buen humor y agradeciéndole a Cliff su oportuna aparición. Ya estaba averiguando algunos detalles acerca del pasado y la procedencia de Sarah, pero la mayoría estaba en sombras. Aunque le gustaba todo lo que sabía de ella.

Una vez en su habitación se dio cuenta de que estaba ansioso porque llegara el día siguiente. Para cuando volvieran de Nagarkot esperaba tener las cosas mucho más claras con respecto a ella. Se desnudó mientras pensaba en lo que sería desnudarla a ella.

Había sido la suerte la que los había puesto en el mismo avión, pero no había sido la suerte la que los había hecho sentarse juntos. El que le habían destinado a él estaba varias filas atrás, pero como había sido el último en subir al avión, supo enseguida que nadie iba a reclamar el que estaba al lado de ella.

Ahora se daba cuenta de que la había deseado desde el primer momento en que la vio en el aeropuerto de Doha, cuando había levantado la mirada del libro y se había encontrado con ella mirándolo. Aunque seguramente ella nunca lo admitiría, estaba claro que a ella le había pasado lo mismo. Lo que iba a suceder en Nagarkot era inevitable desde entonces.

Y después… Bueno, seguramente aquello duraría durante el resto de la estancia allí de ella. Pero cuando llegara el momento de despedirse, ése sería el final. Porque las relaciones que se producen entre gente en vacaciones raramente sobreviven a la transición a la vida cotidiana. Y, además, él tenía su vida organizada como la quería. No había en ella lugar permanente para una mujer. Eso lo había decidido hacía ya mucho tiempo.

* * *

A las ocho de la mañana siguiente, Sarah bajó a desayunar en el restaurante y para pagar su cuenta. Se había esperado tener una noche de insomnio, pero después de permanecer despierta una media hora pensando en la decisión que había tomado, se durmió profundamente y no se despertó hasta que sonó el despertador.

Se estaba comiendo un tazón de muesli y *curd* cuando un joven fuerte, prematuramente calvo y la piel enrojecida por el sol apareció en la puerta con Rose.

Sarah dejó su cuchara y se acercó a saludarlos.

—Tú debes ser Cliff. Yo soy Sarah. Esperaba conocerte antes de marcharme.

—¿Has encontrado otro sitio donde quedarte? —le preguntó

Rose.

—No, me marcho de Kathmandú. Neal me va a llevar a ver Bhaktapur y luego iremos a Nagarkot, en las montañas.

Antes de que Rose pudiera responder, Cliff dijo:

—Mi esposa me ha contado lo amable que has sido y te lo agradezco mucho.

Sarah le sonrió.

—Lo habría hecho cualquiera. Me alegro de que hayas vuelto, no me habría parecido bien marcharme dejando sola a Rose, pero anoche supe que habías aparecido. ¿Desayunáis conmigo?

Mientras desayunaban, Sarah se dio cuenta por sus comportamientos y conversación que esa separación los había hecho ver que se habían comportado tontamente. Mientras la pareja seguía hablando y mirándose embobados, ella se puso a pensar en el hombre que la iba a ir a recoger y en los días y las noches que tenían por delante.

Volvió a la realidad cuando se percató de que Cliff le había hecho una pregunta que no había oído.

En ese momento entró Neal y eso hizo que las entrañas se le revolvieran.

Entonces ella se puso en pie repentinamente y les dijo:

—Por favor, disculpadme. Todavía no he pagado mi cuenta.

Un momento más tarde, le dijo a Neal:

—Buenos días. Voy a recoger mi mochila y a pagar lo que debo. No tardaré más de cinco minutos. ¿Por qué no vas a hablar un poco con el marido de Rose? Están por allí.

Después de mirar en esa dirección, Neal la miró de nuevo a ella.

—Entonces, ¿no has cambiado de opinión?

—¿Esperabas que lo hiciera?

—Esperaba que no, pero eso es privilegio de las mujeres.

—Cuando yo tomo una decisión, la sigo. No tardaré.

* * *

Una vez en marcha en el coche alquilado, Neal le dijo:

—¿Te parece bien si posponemos la visita a Bakhtapur y la vemos a la vuelta? Tengo ganas de relajarme en el campo y,

probablemente tú ya hayas tenido bastante de ciudad por una temporada, ¿no?

—No me vendrá mal un poco de paz y tranquilidad —le dijo ella preguntándose si no habría alguna otra razón para ese cambio de itinerario—. ¿Qué opinas de ClifF?

—Yo diría que hacen muy buena pareja. No me gustaría quedarme en una isla desierta con ninguno de los dos.

Neal le tomó una mano y añadió:

—Contigo la situación podría ser divertida.

—La verdad es que tú tampoco estarías mal. Un médico siempre puede ser muy útil en cualquier parte.

Luego siguieron en silencio con las manos entrelazadas, mirando cada uno por su ventanilla. A ella le fascinaba la enorme diferencia que había entre lo que veía y aquello a lo que estaba acostumbrada.

Además, toda la gente parecía muy feliz. Dos chicas adolescentes que se columpiaban alegremente le llamaron la atención. Parecían tan contentas o más que las más sofisticadas adolescentes occidentales.

Las edificaciones se iban haciendo cada vez más escasas y la carretera pasaba por entre campos donde la gente estaba cosechando arroz. Pasaron a una chica que llevaba a varios búfalos.

Los perros llevaban guirnaldas de flores al cuello y el conductor les explicó como pudo que era el Día del Perro. La carretera se fue haciendo cada vez más empinada y llena de curvas. Al cabo de un cuarto de hora se metieron por una pista de tierra hasta que el conductor detuvo el coche al lado de una colina boscosa, donde tenía el sitio justo para poder dar la vuelta.

Salió del coche y les abrió el maletero, donde habían dejado las mochilas. Sarah salió y respiró el aromático aire.

—Un lugar precioso, pero… ¿dónde está la granja?

—Siguiendo ese camino —le dijo Neal señalándole una senda que desaparecía entre los árboles.

El conductor lo entendió y asintió. Ayudó a Sarah a ponerse la mochila y Neal se puso la suya.

Después de despedirse empezaron a andar por el camino. No muy lejos había una puerta, a partir de la cual el sendero subía más abruptamente entre espesos árboles. Ya arriba se encontraron al final de un gran jardín. Al otro lado había un gran edificio rodeado

por una marquesina. Un grupo de gente estaba sentada en taburetes mirando en diferentes direcciones. La vista era maravillosa hacia todas partes. En primer plano las tierras onduladas y aterrazadas y, a lo lejos, las grandes montañas.

Cuando a Sarah se le pasó la primera impresión, Neal le dijo en voz baja desde detrás:

—¡Vaya! Yo esperaba que tuviéramos el lugar más o menos para nosotros solos. Esto parece un grupo de pintores.

Ella le sonrió por encima del hombro.

—No seas tan antisocial. Si son artistas, serán gente interesante —respondió ella con la inocencia que le caracterizaba.

Él le devolvió la sonrisa, pero su tono de voz fue sardónico cuando le dijo:

—Dudo que sean profesionales, querida. Puede que su tutor lo sea, pero estos grupos los forman habitualmente aficionados con más entusiasmo que talento. Ya me he relacionado antes con ellos.

—Yo no, así que me lo pasaré bien.

—Tú estás aquí para relacionarte conmigo.

El brillo de sus ojos la hizo ruborizarse, así que desvió la mirada y siguió caminando.

Algunos de los del grupo estaban demasiado abstraídos en su trabajo como para percatarse de su presencia. Una vez en la marquesina, se quitaron las mochilas y las dejaron contra la pared antes de entrar en el edificio.

Dentro había una gran habitación con varias mesas, un bar y una escalera que daba al piso superior. Detrás de la barra estaba el dueño o el encargado del establecimiento y Neal ya estaba hablando con él en nepalí.

Unos minutos más tarde se volvió a ella.

—Los artistas están ocupando la casa y nosotros nos vamos a quedar en el anexo.

Después de recoger de nuevo sus mochilas volvieron por donde habían venido y se dirigieron a un edificio largo y bajo rodeado por otra marquesina y un pequeño jardín de hierba y crisantemos blancos y amarillos.

Neal dejó de nuevo su mochila cerca de la puerta, que estaba abierta y tapada por unas cortinas.

—Tú te quedas en ésta, la número seis —dijo dándole a ella una

llave—. Yo me quedo en la siete, la puerta de al lado.

Ella se sorprendió y le dijo:

—¿No les quedan habitaciones dobles?

—Las hay. Vamos a deshacer el equipaje y luego vamos a tomarnos un café o algo más fuerte.

Impresionada por que él hubiera pensado que, habiendo accedido a ir, ella querría habitaciones separadas, Sarah hizo lo que le había dicho. Las paredes de la habitación eran de ladrillo color cobre y las cortinas azul cielo. En la pared había la imagen de un santón con el largo cabello que le llegaba hasta el suelo donde estaba sentado. El cuadro estaba rodeado por un pañuelo de seda blanco.

El cuarto de baño estaba equipado con todo lo necesario, incluyendo una ducha.

Estaba deshaciendo la mochila cuando oyó a Neal llamar a la puerta.

—Pasa —le dijo.

—Resulta que las vistas son mejores que las comodidades.

—A mí me parecen bien. Es una habitación muy bonita.

—Pero no tiene armarios.

Ella se encogió de hombros.

—Con la ropa que me he traído me basta con un clavo en la pared. ¿Qué significa ese pañuelo de la imagen?

—Puede que lo haya puesto allí alguien a quien le dieron el pañuelo cuando se marchó de donde había estado anteriormente. Esos pañuelos son el regalo tradicional de despedida.

Luego él se sentó en una de las camas y saltó un par de veces para probarla.

—Los colchones no parecen demasiado malos, pero ya he dormido antes bajo colchas rellenas de *kapok*. Son pesadas y abultan, pero no dan mucho calor. Las noches son frías a estas alturas y vamos a necesitar sacos de dormir. Yo me he traído el mío y he pedido prestado otro.

Habitaciones separadas y sacos de dormir…, aquello no era lo que ella se había imaginado.

Neal se levantó entonces.

—También tengo ropa interior térmica, pero no creo que la vayamos a necesitar.

Entonces se acercó a ella, la abrazó y la besó. Un beso que empezó delicadamente y luego fue incrementando la presión gradualmente.

La última vez fue ella la que rompió el beso, pero, justo cuando ella se estaba empezando a derretir, él la apartó.

—Vamos a tomarnos ese café.

El grupo de artistas se estaba tomando un descanso. Todos eran de una edad más que mediana, salvo un hombre de más o menos la edad de Neal, presumiblemente el tutor.

El hombre se acercó entonces a ellos.

—Hola. ¿De dónde sois? —dijo y antes de que pudieran responder, le ofreció la mano a Neal—. Yo soy Roger Kent… inglés.

—Ésta es Sarah y yo Neal. Venimos de Kathmandú. ¿Lleváis aquí mucho tiempo?

—Llegamos ayer y nos vamos a quedar tres noches. Yo estoy a cargo de esto… por mis pecados.

Como le estaba dando la espalda a los demás, Roger hizo girar los ojos en sus órbitas, bajó la voz y añadió:

—No sabéis lo que es esto.

—¿Eres un artista o sólo el guía del grupo? —le preguntó Neal.

—Yo soy un profesional. Éstos son pintores domingueros. ¿A dónde iréis después de aquí?

—Todavía no lo hemos decidido. Voy a por el café —le dijo Neal a Sarah.

—¿Y vosotros? —le preguntó Sarah.

No le gustaba nada el que ese hombre se riera de sus clientes de esa manera delante de unos desconocidos. De todas formas, esos pintores parecían mucho más interesantes que su antiguo grupo de excursionistas. Sus ropas revelaban que era un grupo de carácter y su animada conversación y sus risas demostraban su buen humor.

—A Bhaktapur. ¿Habéis estado allí?

—Todavía no.

—Un sitio fabuloso… uno de mis favoritos.

Él le estaba hablando de sus viajes cuando vio a Neal llevar los cafés a otra parte del salón. En cuanto Roger hizo una pausa para respirar, ella se disculpó y se reunió con Neal.

Ese hombre, además de un ego gigantesco, tenía una forma de mirarla que no le gustaba nada.

Neal había dejado la bandeja en una mesa junto a una estantería llena de libros.

—Ésta debe ser la biblioteca de la que me han hablado —le dijo a ella.

Tomaron un libro del que ambos habían oído hablar y ninguno había leído y se sentaron juntos con él a la mesa.

Sarah vio que su atención se veía repartida entre los hermosos dibujos del libro y el hombre que tenía tan cerca.

Su beso había cambiado sus dudas en impaciencia. Había desperdiciado una gran parte de su vida arrepintiéndose de su perdida felicidad, pero ahora era una persona diferente, con mucho que aprender y de lo que disfrutar. El instinto le decía que Neal era un profesor muy experto.

El nepalés les llevó dos pequeños vasos de licor.

—¿Qué es esto? —le preguntó ella a Neal.

—Ron *Khukri*. El mejor licor local. Va bien con el café.

Tomó su vaso e hizo un brindis.

—Por un tiempo feliz que ambos recordemos con placer cuando seamos abuelos.

Luego se tomó el contenido de un solo trago.

Sarah, poco acostumbrada a los licores fuertes, le dio un trago más pequeño.

—Mmmm… es más suave de lo que me imaginaba. Yo sólo bebo vino de vez en cuando.

—Pero no mucho, por tu aspecto.

—¿Cómo lo sabes?

—Las mujeres que beben mucho suelen tender a tener bolsas bajo los ojos y la piel deshidratada. Tú no.

Entonces se inclinó y la besó.

La última vez la excitación había subido poco a poco. Pero esta vez fue como un relámpago. Deseó apretarse contra él, rodearle el cuello con los brazos y acariciarle el cabello con los dedos.

Pero al mismo tiempo se daba cuenta de que, a pesar de que los artistas se habían ido, el hombre que les había llevado las bebidas podía reaparecer. Sabiendo que esas demostraciones de afecto en público no estaban bien vistas en Nepal, sabía que tenía que apartarse.

Pero no lo hicieron hasta que sonó un teléfono y se oyeron unos

pasos. Neal la miró a los ojos y le dijo suavemente:

—Te me subes a la cabeza.

—Es mutuo —respondió ella suspirando.

—Entonces, ¿por qué no hacemos algo al respecto?

Aunque ninguno de los dos había terminado su café y el vaso de ron de Sarah estaba medio lleno, él la tomó de la mano y salieron del edificio.

Se estaban dirigiendo al anexo cuando los interrumpió Roger.

—¿Alguno de los dos sabe algo de la malaria?

Neal frunció el ceño.

—Ésta no es zona de malaria. La única zona de riesgo del país es el Terai.

—Ya lo sé, pero a una de mis clientes le picó un mosquito la tarde que llegamos y ahora está temblando. No sé qué hacer.

Sarah vio como un músculo se contraía en la barbilla de Neal.

—¿Dónde está? —preguntó él.

—Por allí —respondió Roger señalándole a dos mujeres, una de las cuales estaba sentada en uno de los bancos del jardín.

Neal ya había soltado la mano de Sarah.

—Será mejor que le eche un vistazo.

—Por supuesto —respondió ella siguiéndolo.

Cuando Neal se acercó a la mujer en cuestión, se inclinó y le preguntó:

—Tengo entendido que no se encuentra bien. ¿Cuál es el problema?

Ella lo miró angustiada. A pesar de que estaba al sol y bien abrigada, temblaba de frío.

—Me duele la espalda… entre los omoplatos. Y tengo mucho frío y no puedo dejar de temblar. Espero que no sea la malaria. Mi abuelo la tuvo toda su vida.

—¿Cuándo empezó el dolor de espalda?

—Hará cosa de una hora. Me sentía muy bien hasta entonces… aparte de un poco de tos.

La otra mujer añadió:

—Maureen tuvo un fuerte catarro de pecho antes de salir. Luego se le quedó la tos, pero eso es habitual en ella. Somos hermanas. Yo me llamo Delia.

—Yo me llamo Neal y soy médico. Maureen, deberías estar en

cama. Iré a auscultarte cuando haya recogido algunas cosas que necesito. Estaré contigo dentro de cinco minutos.

Maureen fue capaz de caminar sin ayuda. Cuando las dos hermanas se dirigieron a la casa, Neal le dijo a Sarah que lo acompañara al anexo.

—Lo siento, pero creo que tiene una neumonía que, a su edad y en este sitio, es algo serio.

—¿Qué te hace estar seguro de que no es malaria? A pesar de que la zona no sea de riesgo, ¿no podría haber llegado un mosquito del Terai en la mochila de alguien?

—Supongo que es una posibilidad, pero el tiempo que ha pasado entre la picadura del mosquito y la aparición de los síntomas es de diez días en el caso de la malaria y Roger dice que llegaron hace menos de una semana.

Neal entró entonces en su habitación y sacó una caja de plástico y una bolsa impermeable de su mochila.

—¿Cómo de serio es eso de la neumonía? —le preguntó ella.

—Solía ser una muy mala noticia antes del descubrimiento de los antibióticos. Ahora no es tan grave, pero los pacientes, sobre todo los mayores, tardan varias semanas en recuperarse.

—Entonces es un don del cielo que tú estés aquí.

—Pero no para nosotros. Bueno, no importa, luego podremos jugar a médicos y enfermeras… Después de almorzar. Ve a buscarme, ¿quieres?

Luego le envió un beso y salió de la habitación.

Una vez a solas, Sarah se dedicó a pasear por los jardines, pensando que, si no hubiera sido por el accidente de Rose, probablemente ella no estaría allí en ese momento y, ahora, la razón fundamental de su estancia allí se había visto pospuesta por otra enfermedad.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por Roger.

—¿Sabes lo que está pasando? —le preguntó él.

—Neal tiene algunos conocimientos médicos —dijo ella pensando que pudiera ser que a él no le gustara que todo el mundo supiera que era médico—. Es muy bueno cuando hay problemas. Estoy segura de que sabrá qué hacer.

—Eso espero. Será una mala suerte si lo que tiene es malaria. La verdad es que no es mala pintando… fue a la escuela de arte hace

mucho tiempo. Pero como la mayoría de las mujeres de su generación, lo tuvo que dejar para ponerse a lavar los calzoncillos de algún tipo. Ahora está libre de nuevo, pero ya es demasiado tarde como para hacer algo serio en el arte. Tenemos muchas viudas en estos grupos —dijo él mirándola con curiosidad—. Yo estoy divorciado, ¿y tú?

Sarah ignoró la pregunta.

—Nunca es demasiado tarde para ejercitar el talento.

—¿Cuál es el tuyo? Porque estoy seguro de que tienes alguno.

—Me dedico a los ordenadores. Ahora, disculpa, pero me voy a mi habitación.

Estaba sentada delante de la puerta cuando Neal volvió.

—¿Es neumonía?

—Tiene todos los síntomas. En cualquier otra parte la mandaría a que le hicieran unas placas. Pero estoy casi seguro de que lo es, así que le he dado unas medicinas para empezar y mañana por la mañana, cuando tenga menos fiebre bajará a la clínica.

—¿Se lo has dicho a Roger?

El asintió.

—No puedo decir que me caiga bien. No me gusta su actitud.

—A mí tampoco.

Luego le contó su conversación con él.

—Probablemente no le guste que en el grupo no haya nadie como tú. Aunque seguramente previera a alguna veinteañera confiada que se trague su actuación de gran artista. Creo que algunos pintores buenos de verdad dirigen estos grupos, pero dudo que él sea uno de ellos. Yo nunca he oído nada de él. ¿Y tú?

—No, pero eso no demuestra nada. No sé mucho de arte contemporáneo.

Neal miró su reloj.

—Ya es casi la hora del almuerzo. Recogeré mis cosas y enseguida estoy contigo.

De vuelta a la casa principal, él volvió a tomarla de la mano y la miró con un evidente deseo.

—Esperemos que esto no se vuelva una de esas situaciones de comedia en la que, cada vez que estamos a punto de hacer el amor, uno de los pintores se rompe algo o se pone malo —dijo él.

Sarah se rió. De repente se sintió maravillosamente. No sólo

estaba cerca del techo del mundo en el sentido geográfico, sino que también lo estaba emocionalmente. Haber conocido a un tipo tan atractivo ya era una suerte increíble, pero que además tuviera sentido del humor era mucho más, como diría Matthew.

Apartó ese pensamiento de su hijo y lo devolvió al fondo de la mente, donde tenía todo aquello en lo que no quería pensar.

Donde ella estaba ahora, como el ciberespacio, era un escape de la vida real. Tendría que volver a ella en su momento, pero mientras tanto, estaba allí, en un lugar muy cercano al paraíso, con una tarde en brazos de Neal en perspectiva.

Sólo una idiota permitiría que pensar en lo que terminaría aquello le enturbiara el horizonte.

Capítulo 5

Los artistas estaban ya en el comedor y, después de rechazar amable, pero firmemente la invitación a tomar una copa que les hizo Roger, se sentaron a la mesa y Neal le advirtió que pudiera ser que la comida no fuera demasiado buena, pero en su presente estado mental, a Sarah no le importaba lo más mínimo. Incluso si él le dijera que se olvidaran del almuerzo, ella accedería sin rechistar.

Y era cierto, la comida no era nada del otro mundo,

más bien todo lo contrario, una mezcla de arroz frito grasiento y vegetales, que hizo que él le contara una, anécdota de cuando una de sus hermanas, con doce años por aquel tiempo, se quedó en casa de una amiga cuya madre era una pésima cocinera. Pero gracias a la buena educación, Jenny había tenido que soportar sus bazofias. Cuando volvió a casa y se lo describió a sus padres, su padre, como recompensa y compensación le había dado una buena cantidad de dinero que ella se gastó donde se lo gastaba todo, en una librería.

Neal siguió contándole anécdotas sobre su familia y Sarah se dio cuenta de que tendría que corresponder con alguna de la suya, que eso habría sido lo normal. Pero no había ninguna. Ella había sido hija única, sus padres ya eran mayores cuando nació y su padre no tenía el menor sentido del humor y su madre tenía demasiado miedo como para expresarlo.

No fue hasta que conoció a Naomi cuando Sarah se había percatado de que ella también tenía la inclinación de ver el lado divertido de las cosas.

Buscó otro tema de conversación, le contó a Neal que había buscado su columna en Internet y le preguntó cosas sobre el

periódico y su trabajo.

* * *

Mientras respondía a sus preguntas, Neal se preguntó a sí mismo si ella había buscado su columna por simple curiosidad o porque sospechara que no le había dicho la verdad.

Sin embargo la que no era nada clara era la misma Sarah. Menos en su afán por no hablar de su familia ni de su pasado, ella era una persona completamente normal en todos los aspectos.

Pensó que seguramente ella no estaría usando la píldora. No sabía su edad, pero podía imaginarse que muchas mujeres de sus años ya estaban empezando a preocuparse por la utilización prolongada de la píldora y se estaban pasando a otros métodos de control de la natalidad. De todas formas, eso no tenía importancia. El ya había visto muchas de las consecuencias de practicar el sexo inseguro como para arriesgarse.

Tal vez más tarde, después de que hicieran el amor, Sarah satisfaría la curiosidad que sentía por ella.

* * *

Cuando terminaron, Neal le dijo que le iba a echar un vistazo a Maureen, pero que volvería inmediatamente.

Ella se quedó sola en la mesa y, a pesar del vino que se habían bebido, su mente nunca le había parecido que estuviera tan clara. Sabía que estaba a punto de experimentar algo que podría cambiar su vida para siempre, aunque no tuviera tanto impacto en la de él.

Para cuando Neal volvió, ella ya se había terminado el vino y lo estaba esperando cerca de la puerta.

—¿Cómo está? —le preguntó.

—Durmiendo. No la he despertado. He estado hablando con Delia. Una mujer muy interesante.

Sarah pensó que ésa era una actitud completamente diferente de la de Roger, Neal averiguaba cosas de la gente antes de sacar

conclusiones sobre ellos.

Roger había reunido a su alrededor a los artistas y les estaba haciendo una demostración. Neal tomó a Sarah de la mano y volvieron a sus habitaciones. Pero por el camino, él se dirigió hacia el sendero por el que habían entrado en la granja.

—Un pequeño paseo antes de la siesta, ¿te parece bien? —le dijo.

—Por mí, está bien.

Pero ella no pudo evitar sentirse picada porque ahora que ya no había más impedimentos, él no parecía tan ansioso como ella por consumar su relación.

De la mano, pero en silencio, fueron caminando por la vereda. De repente Neal se detuvo, la abrazó y la besó con tal ardor que le hizo ver muy claramente que él también estaba impaciente.

—Cambio de planes —dijo él momentos más tarde—. Ya exploraremos esto mañana. Ahora…

Volvieron sobre sus pasos casi corriendo y poco después estaban de nuevo en el anexo.

—¿Tu habitación o la mía? —le preguntó él.

—La tuya.

Una vez dentro, él corrió las cortinas y a Sarah le entró un poco de pánico en el último momento.

Pero se vio inmediatamente de nuevo entre sus brazos y esa alarma irracional se vio reemplazada por la sensación de estar tan cerca de ese poderoso cuerpo masculino, esa potencia que ella sabía que Neal nunca utilizaría en contra suya.

Segundos más tarde, ella estaba sentada en su regazo en una de las camas.

—Hueles deliciosamente —murmuró él.

—Tú también —respondió ella mientras le acariciaba los anchos hombros.

—Pero llevas demasiada ropa.

Entonces él empezó a desnudarla. Esa mañana ella había decidido reemplazar el sujetador deportivo y las bragas de algodón por otros más excitantes que Naomi había insistido que llevara, por si acaso…

—Esto es muy bonito —dijo él pasándole la mano por la fina tela y luego cubriéndole el seno.

El calor de esa mano a través de la tela hizo que Sarah contuviera la respiración.

Todas las inhibiciones que había esperado tener se evaporaron de repente. Se sentó y terminó de quitarse la camisa y luego se soltó el sujetador.

Entonces tuvo un momento de duda. ¿Y si al verla desnuda ya no le gustaba a él? Ya no tenía veinte años ni tenía un trasero por el que morirse. Sus senos aún eran firmes, pero no muy grandes…

—Encantadora… Ya lo sabía yo…

Cuando Sara suspiró aliviada, Neal la tocó y saboreó como si nunca le hubieran ofrecido nada más agradable.

Le resultaba difícil hablar, casi respirar, pero entonces ella logró decirle:

—Quiero tocarte el pecho.

Él dejó de hacer lo que estaba haciendo y le dijo:

—Soy todo tuyo.

Ella le fue a quitar el cinturón, pero le resultó difícil y Neal la ayudó mientras la recorría con la mirada.

El pecho de Neal no tenía vello y estaba levemente bronceado. El vello empezaba por debajo del ombligo. Le recorrió la parte superior del cuerpo con las manos lentamente, disfrutando de la sensación.

Entonces Neal la volvió a abrazar en el primer contacto íntimo de sus cuerpos semidesnudos.

—Nos olvidamos de algo —dijo él entonces.

—¿De qué?

—Seguimos con las botas puestas.

—Ah…

Era cierto, no se podían terminar de quitar los pantalones si no se quitaban antes las botas.

Ella se sentó en el borde de la cama y empezó a deshacerse los nudos.

—Me gusta tu espalda —dijo él mientras le recorría la columna vertebral con la lengua—. Pero es la parte delantera la que me vuelve loco.

Entonces le pasó una mano por cada costado y le abarcó los senos.

—¿Cómo me puedo concentrar contigo haciéndome esto? —

protestó ella—. ¿Y tus botas?

Él se rió y la dejó. Terminó antes que ella de quitarse las botas, se levantó y se quitó a la vez los pantalones y calzoncillos. Ella fue consciente de todo ello sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo. Cuando se hubo descalzado, él estaba tumbado en la otra cama, esperando a que ella se reuniera con él.

Cuando Sarah se levantó para quitarse los pantalones, oyó pasos en la marquesina.

—¡Oh, no! —exclamó desesperada.

Pero, el que fuera no quiso molestarlos y los pasos siguieron hasta una de las habitaciones más allá de las suyas.

—Tal vez nuevos huéspedes —dijo Neal extendiendo los brazos.

Ella se quitó rápidamente las bragas de encaje, puso una rodilla en el borde de la cama y se tumbó a su lado sin mirarlo.

Pero él parecía saber más de mujeres que cualquier de sus amantes anteriores. Sin ninguna señal de impaciencia, empezó a besarla de nuevo, primero en la boca y luego en el cuerpo. El contacto de sus labios y lengua por todas sus zonas más sensibles la aturdía. Se agarró a los lados del colchón, el cuerpo le dolía por la necesidad mientras las manos de él le recorrían el cuerpo con una maestría que hacía de ella su esclava obediente.

—Oh, por favor… Yo… ¡Oh, Cielos!

Entonces fue como si el mundo dejara de girar, se evaporara a su alrededor y sólo quedara la exquisita sensación que le recorrió todo su sistema nervioso.

Entonces lo sintió deslizarse suavemente en su interior, como si sus cuerpos se hubieran unido muchas veces anteriormente.

* * *

Sarah abrió los ojos y vio a Neal levantándose de la cama. No había tenido tiempo hasta entonces de admirar bien su cuerpo y se quedó mirando su espalda hasta que desapareció en el cuarto de baño.

¿Cómo podía ser que se sintiera realmente llena por primera y única vez en su vida?

¿Cómo podía él haberle hecho el amor tan brillantemente?

¿Sería ése un don que tenían algunos hombres solo? ¿O era cuestión de práctica? De todas formas, no tenía importancia. Lo que sí importaba era lo que él le había dado: una sensación de plenitud de la que siempre había carecido.

Neal reapareció aún desnudo, pero no se tumbó con ella. Se acercó a la otra cama, le quitó la manta y la dejó sobre el sillón. Luego se acercó a donde ella estaba tumbada, la tomó en sus brazos y la llevó al sillón, rodeándola con la manta.

—¿A qué viene esto? —le preguntó ella.

—Es para mantenerte caliente mientras reorganizo el mobiliario. Una cama sencilla es demasiado estrecha.

Cuando terminó, Neal le dijo:

—Muy bien, ahora vamos a empezar de nuevo, sin restricciones.

¿Qué habría querido decir con eso? —¿Ahora?

—No hay mejor momento que el presente.

Neal se acercó al sillón, se inclinó y la besó profundamente. Ya estaba completamente excitado de nuevo. La manta cayó al suelo, le rodeó el cuello con los brazos y se levantó mientras él se enderezaba, sin separarse de ella.

* * *

Hicieron el amor una y otra vez entre pausas para dormir un poco. Por fin Neal la despertó besándole los párpados y la semioscuridad de la habitación le indicó que ya era casi de noche.

—Vamos a ducharnos. Iré a abrir el grifo de agua caliente por si tarda.

Momentos más tarde, Neal volvió y le dijo:

—Lamento decírtelo, querida, pero creo que el calentador no funciona. Así que vamos a tener que ser valientes.

—¿No me estarás sugiriendo una ducha fría?

—No tenemos otra opción. Vamos sólo será horrible durante treinta segundos.

—Tal vez haya agua caliente en mi habitación.

—No creo, el calentador es el mismo. Vamos —dijo él apartando la ropa de la cama.

—¡Neal! Yo no me quiero darme una ducha fría. No me puedes

obligar.

—No, pero te puedo convencer.

La hizo ponerse en pie y la agarró por detrás, besándole levemente el cuello al tiempo que empezaba a acariciarle los senos.

—Esto no es justo —murmuró ella.

Neal hizo que le apoyara la cabeza en un hombro.

—Todo vale en la guerra y el amor.

Luego deslizó hacia abajo una mano hasta los rizos que revelaban que ella no era rubia natural.

—No será tan malo como te imaginas —insistió él.

Y tenía razón, no lo fue. Sólo los primeros segundos, cuando les cayó encima el agua proveniente de los arroyos glaciares del Himalaya. Luego la experiencia le pareció a ella tonificante, al estar bajo la ducha con el hombre que ahora era su amante.

Darse una ducha con él era un auténtico juego erótico, a pesar de que le temperatura del agua no hacía nada para mantener la excitación. Incluso él le lavó el cabello a pesar del dolor de cabeza que puede llegar a dar el agua a esa temperatura.

—Ya es mala suerte que no tengan toallas decentes. Me gustaría envolverte en una de tamaño gigante, pero me temo que te las vas a tener que arreglar con ésta —le dijo él ofreciéndole la toalla.

—¿Y tú?

—Yo me puedo secar con la de manos.

Y, para su sorpresa, así fue.

Sarah se vistió y se volvió a su habitación para cambiarse de ropa y maquillarse. Se había llevado su equipo completo de maquillaje por si acaso. Mientras lo hacía, oyó voces afuera. Un hombre y una mujer que hablaban algo que le pareció francés y parecían dirigirse a la casa principal.

—Nos hemos olvidado de ver la puesta de sol —le dijo Neal cuando entró en la habitación—. No debemos perdemos el amanecer mañana.

De camino a la casa principal, ella le habló de los franceses.

—¿Hablas francés? —le preguntó.

—Me las puedo arreglar. ¿Y tú?

—Nada.

—Seguramente hablarán inglés. Y, de todas maneras, ¿qué más da? Yo me contento con hablar contigo —dijo él dándole un beso en

la mano.

Pidieron algo de beber y se lo llevaron a la mesa donde habían almorzado. Allí Neal le dijo que le iba a echar un vistazo a Maureen.

El grupo de artistas seguía en sus habitaciones y la pareja francesa estaba sentada cerca. La mujer se le acercó entonces con una copa de vino en la mano.

—¿Lleváis aquí mucho tiempo? —le preguntó sin más con un leve acento.

—Hemos llegado de Kathmandú esta misma mañana —respondió Sarah—. ¿De dónde venís vosotros?

—Hemos estado escalando el Mera Peak. Hemos tenido suerte, cuando bajamos el tiempo empezó a empeorar. Creo que los que venían detrás no podrán llegar a la cima.

Era una mujer esbelta de unos treinta y pocos años. No parecía muy ruda. Su compañero, que se les había unido ahora, debía ser por lo menos veinte años mayor que ella, tenía el cabello gris y barba.

—Buenas tardes —dijo el hombre—. ¿Habéis comido aquí? Tenemos mucha hambre.

—Sí, y me ha gustado. Pero no creo que puedan hacer nada muy elaborado.

—Lo que sea será mejor que lo que nos hacía el cocinero Sherpa —dijo la mujer—. Hacía lo que podía, pero cocinar es muy difícil en esas condiciones. Yo soy Maxine y éste es Gerard.

—Yo soy Sarah.

Se dio cuenta de que debía invitarlos a sentarse, pero no estaba segura de si le gustaría a Neal que lo hiciera. En ese momento, para su alivio, apareció él y se les unió. Después de que se presentaran, los invitó a compartir la mesa. Lo deseara o no, la cortesía lo hacía inevitable, y los franceses parecían tan ávidos como siempre por hablar con alguien.

Sorprendentemente, resultaron ser buena compañía. Gérard era un alto ejecutivo de una de las mayores cadenas de supermercados en Francia, pero creía que había equivocado su vocación y que debía haberse hecho guía de montaña profesional.

—Ya he pasado la edad de poder cambiar de trabajo —dijo encogiéndose de hombros—. Pero por lo menos, puedo pasar mi

tiempo libre en las montañas.

Mientras cenaban, Maxine dijo que ella era programadora informática. Aunque su trabajo era más técnico que el de Sarah, ya tenían algo en común.

La velada fue muy agradable, pero ninguno de ellos quiso prolongarla. Los franceses estaban muy cansados y Neal y Sarah tenían otras razones para querer acostarse pronto.

Cuando salieron de la casa, Neal le dijo a Sarah que lo había organizado todo para llevar a Maureen a que le hicieran una radiografía. Saldrían después de desayunar y esperaba estar de vuelta antes del almuerzo.

—Tráete a mi habitación lo que necesites para pasar la noche.

Una noche que estaba resultando ser bastante fría, pensó ella. Si tuviera que dormir sola no le vendrían nada mal las prendas térmicas y unas medias de lana.

Se lavó los dientes y se dirigió con sus cosas a la cabaña de él, que se había afeitado y la esperaba.

—Me temo que no tengo loción para después de afeitar —le dijo él—. Es un lujo en un viaje como éste.

—Me gusta tu olor natural. No necesitas ninguna loción para volverme loca. Lo consigues sólo con mirarme.

Él la miró larga e intensamente.

—Tú causas en mí el mismo efecto. El baño es todo tuyo. Yo te estaré calentando el saco. No tardes mucho, llevo deseando hacer el amor contigo desde hace ya un par de horas.

Cuando ella salió del cuarto de baño, la habitación estaba a oscuras, salvo por la linterna frontal que él había dejado en la mesilla de noche apuntando a la pared como para no deslumbrarla.

Ella había decidido que no se iba a poner un camisón sólo para quitárselo inmediatamente y que sólo le daría un poco más de calor. Calor que pretendía conseguir de otra manera. El saco de dormir que él había llevado era suficientemente grande para los dos, abrió la cremallera, se metió dentro y, una vez entre sus brazos, no habría cambiado aquello por la suite de un hotel de cinco estrellas.

* * *

A Neal lo despertó el despertador de madrugada. Lo apagó, esperando no despertar a Sarah, pero pronto se dio cuenta de que ella estaba dormida que no se iba a despertar de ninguna manera, así que se puso la frontal en la cabeza y apuntó el haz al suelo.

Se vistió rápida y silenciosamente. Afuera hacía mucho frío y no había nubes en el cielo, así que se avecinaba un glorioso amanecer.

Se acercó a la casa principal y miró por la ventana de Maureen y Delia, satisfecho por ver que todo parecía ir bien, se volvió a su habitación y se metió de nuevo al saco.

Permaneció despierto un rato, pensando en la mujer que dormía a su lado. Lo cierto era que ahora sabía más de Gérard y Maxine que de ella.

Sí sabía mucho del carácter e instintos de Sarah, sólo con estar con ella.

Cada vez que hacían el amor, pensó sonriendo, ella era cada vez más generosa, tanto dando placer como recibiéndolo. Nunca antes había conocido a otra mujer tan apasionada o imaginativa.

Otra cosa que sabía ahora de ella era que había dado a luz. Eso siempre deja señales en el cuerpo de una mujer que pueden no ser reconocibles a un lego, pero que un médico reconoce inmediatamente.

Lo que sólo podía imaginarse era por qué ella no hablaba de eso. Tal vez el parto no hubiera ido bien o el niño había muerto. Lo que fuera, estaba claro que ella no quería hablarle de eso.

La abrazó y se pegó a ella cuando estuvo seguro de que no la iba a despertar con el frío de su cuerpo. Le apoyó una mano en un seno. Se vio tentado de despertarla con una caricia que sabía que le gustaba, pero luego pensó que necesitaba dormir y que sería mejor esperar a la mañana.

El tiempo que iban a estar juntos era corto, pero no tanto.

* * *

Al día siguiente, después de admirar el famoso amanecer sobre las cumbres más altas del mundo, volvieron a la cama y siguieron haciendo el amor hasta la hora del desayuno.

Más tarde, al saber que Sarah estaría sola esa mañana, Maxine la invitó a unirse a ellos en una marcha que iban a hacer hasta una torre de oración en la cima de la cadena de Nagarkot y Sarah pensó que andar le devolvería mejor las energías que quedarse en la granja para que, tal vez la molestara Roger.

Neal y las dos hermanas ya estaban de vuelta cuando los caminantes regresaron a la granja. Uno de los pintores le dijo a Sarah que Delia ya había acostado de nuevo a Maureen y que Neal la estaba esperando en su habitación.

Sarah lo encontró allí escribiendo unas postales. —¿Qué tal está Maureen?— le preguntó ella después de que se saludaran con un beso.

—Va a tener que descansar hasta que tenga bien los pulmones. A su edad la neumonía puede ser algo realmente malo. Es un poco dudoso que pueda volar de vuelta a casa con los demás. Tal vez haya que buscar algún enchufe para que la pongan en primera clase. ¿Cómo te ha ido la mañana?

—¡Energética! Esa gente anda realmente mucho.

—En ese caso, te aconsejo que te lo tomes con calma esta tarde. Descanso en la cama y mucho boca a boca.

Esas palabras fueron las que le hicieron ver a Sarah de repente que se había enamorado irreversiblemente de ese hombre.

* * *

Esa tarde la puesta de sol fue tan hermosa como lo había sido el amanecer.

Ver cinco de las diez montañas más altas del mundo, entre otras muchas cimas más, nevadas y recibiendo los últimos rayos del sol, fue una de las mayores experiencias de su vida. Y haber reconocido el amor era lo que hacía el día más inolvidable todavía.

Durante la cena volvieron a compartir la mesa con los franceses. Con Gérard presente en la conversación, ésta nunca se apartaba de las montañas y la escalada. Su héroe era Anatoli Boukreev, un famoso montañero ruso que había muerto en una avalancha en los Annapumas recientemente.

Neal y Maxine también admiraban los logros del ruso y se los

contaron a Sarah.

—En vez de debilitarse a gran altitud como todo el mundo —le dijo Neal—. Boukreev parecía fortalecerse. Le llamaban El Pulmón con Piernas.

—Pero por muy buenos que sean, no muchos escaladores de élite llegan a viejos —dijo Gérard—. Boukreev sólo tenía treinta y nueve años, un año más que vuestro compatriota Kennedy. También era de los mejores.

No se habían dicho los apellidos, así que él no sabía que el hombre del que estaba hablando tenía el mismo que Neal.

—No me gusta pensar en la muerte… En todos esos cuerpos helados que quedaron para siempre en las montañas —dijo Maxine estremeciéndose—. Vamos a hablar de algo más alegre. Mientras estabais en Kathmandú, ¿viste algo de los tejidos locales, Sarah? Me gustaría comprar unas cortinas.

—¡Mujeres! Nunca pueden ir a ninguna parte sin querer ir de compras —exclamó Gérard riendo.

Todos lo acompañaron. Sólo Sarah se dio cuenta de que Neal, a pesar de que había hablado libremente de Boukreev, había corrido una especie de velo interior cuando se mencionó al escalador británico. Sus ojos, normalmente llenos de alegría e interés, se habían puesto extrañamente inexpresivos.

Capítulo 6

Los franceses se marchaban al día siguiente. Cuando se despidieron y Sarah estuvo a solas con Neal en su habitación, él le dijo:

—Puede que ya estés cansada de estar aquí, pero si puedes soportarlo, me gustaría quedarme un día más para asegurarme de que Maureen responde a la medicación que le he dado.

—Me quedaré todo el tiempo que quieras —le dijo ella sonriendo—. Me gusta… a pesar de las duchas frías. Hay más en la vida que el agua caliente y las comidas de *gourmet*.

Él la abrazó y le preguntó:

—¿Cómo qué?

Ella le pasó los brazos por el cuello.

—Como esto. Y eso —le dijo señalándole la cama—. Me pregunto qué pensarán los de la limpieza sobre que hayamos juntado las camas.

—Yo creo que debe pasar todo el rato, por lo menos cuando la habitación es usada por gente del sexo opuesto.

—Si nos vamos a quedar un poco más, ¿no sería mejor que canceláramos la otra habitación y compartiéramos ésta?

—De acuerdo, lo haré mañana.

—Todavía no entiendo por qué pediste dos habitaciones.

—Por si cambiabas de opinión en el último momento y no quedaba otra libre. De alguna manera, tenía la sensación de que no estabas muy segura de la situación.

—No lo estaba. Pero ahora sí. Fue una buena decisión. Me lo estoy pasando muy bien.

—Eso esperaba.

Sarah se rió.

—Nunca tuviste la menor duda de ello, monstruo lascivo.

Neal se rió también y la abrazó más fuertemente.

—De todas formas, tenías razón —añadió ella—. Eres un gran amante. No es que yo tenga mucha experiencia, pero nunca antes me lo había pasado tan bien en la cama. Por cierto, ¿no es hora ya de que nos acostemos?

—¡Pesada!

* * *

Durante la noche, ella se despertó y no lo encontró. ¿Habría ido al baño?

Cuando, minutos más tarde, se abrió la puerta de la habitación, se asustó por un momento hasta que vio que era Neal.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Viendo cómo estaba Maureen. La madrugada es cuando los enfermos suelen despertarse. A veces les entra el pánico y hay que tranquilizarlos.

—Maureen tiene a Delia para que lo haga.

—Delia también podría preocuparse, pero no lo suficiente como para despertarme a mí. De todas formas, las dos están dormidas. ¿Qué te ha despertado a ti?

—No lo sé. Algún ruido, tal vez. Debes estar helado, deja que yo te caliente.

—Sólo tengo frías las manos.

—Ponlas aquí.

Ella se las tomó y se las metió entre los muslos, conteniendo un gemido cuando sus fríos dedos entraron en contacto con la piel.

—Mm… esto es maravilloso. ¿Dónde puedo poner la nariz? También la tengo fría.

—Aquí —dijo ella rodeándolo con los brazos y haciendo que se la apoyara entre los senos.

Neal la dejó que lo calentara por unos momentos, pero pronto sus manos empezaron a moverse, lo mismo que sus labios. Ella gimió de placer y rindió su cuerpo a esas caricias.

Cada vez que hacían el amor, ella alcanzaba antes la plenitud. Pronto tuvo que agarrarse a la almohada y ponérsela sobre la cara para que no se oyeran los gemidos que él la estaba haciendo soltar. Abrió las piernas y dejó de pensar, dejando que sólo le funcionaran los sentidos.

Una y otra vez él la llevó al borde de la culminación, pero luego paraba, torturándola para que cada pausa intensificara más todavía el placer.

Cuando todo terminó y ella se quedó momentáneamente satisfecha, él la tomó con una ferocidad que rápidamente la devolvió las energías por la necesidad de llevarlo a él al mismo punto y más allá.

Las camas se estremecían y gemían mientras sus cuerpos saltaban arriba y abajo en esa danza primitiva. Al final, cuando lo notó estremecerse, Sarah experimentó una especie de sensación de pérdida porque nunca podría haber una continuidad lógica a su amor.

Eso era todo lo que podrían llegar a compartir, unas pocas noches de una pasión gloriosa, pero estéril.

Sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas que no pudo contener. Esas lágrimas le corrieron por las mejillas y Neal las notó.

Pero en vez de apartarse espantado, como ella temió que fuera a hacer, se puso incluso más cariñoso.

—Lo siento… Normalmente no suelo hacer esto —susurró ella.

—Tal vez debieras —respondió él suavemente—. A veces es bueno llorar.

—Cuando se tiene por qué hacerlo. Pero yo no tengo ninguna razón. Soy muy feliz.

—Tal vez sea por eso. Tengo la sensación de que no lo has sido mucho.

—Me imagino que lo he sido como la mayoría de la gente. No supongo que tu vida haya sido un sendero de rosas —dijo ella recordando su reacción a lo que Gérard había dicho durante la cena.

—Mi vida ha estado bien. Algunas de las personas que conozco no la han tenido tan buena.

El se apartó entonces de ella, encendió la linterna frontal y le dio un pañuelo de papel.

—Ahora vuelvo —le dijo.

Sarah se enjugó los ojos. Él había sido muy dulce y comprensivo ante semejante exabrupto emocional, pero debía tener cuidado para que aquello no volviera a suceder. A los hombres no les gustan las lloronas y ella, por naturaleza, no lo era. Salvo a veces, en privado, cuando la vida se ponía más difícil de lo habitual…

Neal volvió entonces.

—¿Quieres agua?

—Sí, por favor.

Sarah se sentó en la cama tratando de no estremecerse de frío.

—Ponte esto, querida —le dijo Neal poniéndole el forro polar sobre los hombros.

—¿Y tú?

—Yo soy más duro que tú.

Abrió la botella de agua que tenían en la mesilla de noche y llenó dos vasos.

Ella se bebió el suyo rápidamente y se volvieron a acostar muy juntos.

—Ahora duérmete —le dijo él—. Que duermas bien. —Buenas noches.

Por lo que Sarah podía saber, él ya se había dormido al cabo de pocos minutos. Pero ella no se quería dormir todavía. Deseaba saborear el placer primitivo de ser una mujer bajo la protección de un hombre fuerte y lleno de recursos. Incluso cuando era niña, y menos entonces, nunca había sabido lo que era sentirse completamente a salvo de todo lo malo. Ahora sí. Pero no iba a durar mucho tiempo. Pero eso sí, mientras durara, pretendía fijarlo en su memoria para recordarlo cuando hubiera terminado y sólo se tuviera a sí misma de nuevo.

* * *

A la mañana siguiente, después de ver a Maureen, que estaba mejorando, se fueron a dar un paseo. Los caminos de alrededor no eran precisamente fáciles, sino que tenían muchos altibajos pronunciados.

Neal le dijo a ella que marcara el paso y que se lo tomara con

calma para no cansarse.

Estuvieron andando una hora y luego se pararon a descansar, aunque Sarah se dio cuenta de que era más por ella que por Neal. Él estaba acostumbrado a andar por esos terrenos y estaba en buena forma. Sin embargo, la vida de ella era sedentaria y, a pesar de que se había entrenado para el viaje, tendría que entrenarse duramente durante meses para seguir a Neal a su paso habitual.

Él llevaba una mochila pequeña con agua y chocolate y, desde donde estaban se tenía una buena vista de las altas montañas.

Sarah lo miró y se dio cuenta de que estaba pensando en lo que le había afectado durante la conversación de la cena.

—Neal, dime que me meta en mis cosas, si es algo de lo que no quieres hablar, pero ese escalador llamado Kennedy que mencionó Gérard anoche… ¿era familia tuya?

—Era mi hermano mayor.

Entonces se produjo una pausa y ella pensó que no le iba a contar más.

Pero se sorprendió al ver que él seguía hablando.

—Yo quiero a mis padres y a mis hermanas, pero Chris era especial… mi héroe, mi amigo más íntimo. Dejó un gran hueco en nuestras vidas. Todavía no nos podemos hacer a la idea de que se ha ido… para siempre.

Ella conocía esa sensación, pero no lo dijo. No le ayudaría nada a él saber que ella había pasado también por eso.

—¿Fue en un alud?

—No, un error que no debió cometer, que no habría cometido si hubiera estado pensando en lo que hacía. Pero su vida personal le iba mal. Lo que sucedió fue más el resultado de estar pensando en eso en vez de concentrarse en lo que estaba haciendo.

Neal hizo otra pausa y continuó.

—Chris se enamoró de una chica que sabía la clase de hombre que era él y que hizo como si pudiera soportarlo. Pero no pudo. Trató de cambiarlo en la clase de marido que ella quería. Al final, el matrimonio se rompió. Chris había heredado mucho dinero de su padrino, que no tenía a nadie más a quien dejárselo. Un abogado listo la ayudó a ella a dejarlo sin blanca. Pero a él no le importaba el dinero. Fue afrontar la verdad sobre ella lo que le afectó de verdad.

—¿Cómo se juntaron si eran tan diferentes?

—Fue la historia habitual, un enfrentamiento entre un enamoramiento en contra del sentido común en el que ganó el enamoramiento. Ella era hermosa y muy sexy y Chris se pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de escaladores en un entorno fundamentalmente masculino. Se quedó completamente atontado con ella.

Sarah pensó que, si se parecía a Neal, la chica también se debería haber quedado atontada.

—¿Os parecíais? —le preguntó.

—Era mucho más atractivo. Hacían una pareja espectacular. Cuando se casaron la mayoría de la prensa mandó fotógrafos a la iglesia. Es posible que los llamara ella. Le gustaba ser el centro de atención. Estaba preciosa el día de su boda, pero su belleza no era profunda. Bajo la superficie era una zorra egoísta y ególatra.

—¿Por qué lo quería? Seguramente no supo que era rico hasta después de casarse. Muchas mujeres querían a Chris. Aparte de su apariencia, él era un escalador extraordinario y muy buen tipo. Podía haberse casado con la chica que quisiera, chicas que se habrían quedado tan contentas en su casa mientras él escalaba, o que tal vez lo hubieran acompañado. Eligió a la equivocada. Todos tratamos de hacerlo entrar en razón, pero estaba locamente enamorado. Tal y como yo lo veo, el amor es una forma de locura.

—No siempre —respondió ella tranquilamente.

—No, no siempre. Mis padres siguen juntos y los matrimonios de mis hermanas funcionan bien. Pero muchos de los matrimonios entre gente de nuestra generación terminan como terminó el de Chris.

Neal había estado mirando hasta entonces a las montañas, pero entonces la miró a ella interrogativamente.

Sarah supo que sentía curiosidad por ella, pero no quería deshacer todo su equipaje emocional que mantenía en un espacio cerrado de su mente.

Si esa relación con él fuera a continuar en la vida real, le desnudaría su alma. Pero tal como estaban las cosas, ¿para qué lo iba a hacer?

Le dijo:

—Mi madre es viuda. Yo soy hija única de dos hijos únicos, así

que no tengo parientes.

—¿Te sientes cercana a tu madre?

—Sí.

Eso era cierto en un sentido. Su madre dependía de ella y siempre lo sería. Pero no tenían nada en común salvo recuerdos dolorosos.

Ella miró su reloj. Las comidas se servían a horas fijas en la granja.

—¿Nos volvemos ya?

—Si quieres… —respondió Neal ofreciéndole una mano para ayudarla a levantarse.

* * *

Neal estaba sorprendido. Había pasado mucho tiempo desde la muerte de su hermano y hasta entonces nunca había hablado tan abiertamente de ello con nadie.

Era inevitable que estar tan cerca de las montañas le hiciera pensar en Chris más que cuando estaba en Londres, ¿pero por qué se había visto impelido a hablarle de ello a Sarah? No lo entendía.

Y en cierta forma le molestaba e intrigaba que, habiendo confiado en ella, Sarah no hubiera confiado en él y no le hubiera contado nada más que lo imprescindible de su vida.

No estaba acostumbrado a que las mujeres no confiaran en él. Como médico, estaba acostumbrado a que se sintieran especialmente a sus anchas con él en ese sentido, a veces incluso le confiaban más cosas de las que quería oír. La barrera que Sarah tenía levantada era una experiencia nueva para él. No le gustaba esa sospecha de que ella simplemente lo estuviera utilizando, de la manera que los hombres utilizan a veces a las mujeres, sólo para disfrutar sexualmente.

Él nunca había hecho eso. Siempre había sentido más que lujuria por las mujeres que habían pasado por su vida, a pesar de que nunca se había acercado a la pasión consumidora que había destruido la vida de su hermano.

Bajo el punto de vista de Neal, el Oeste tenía mucho que aprender de la gente como los nepaleses. Tradicionalmente, sus

matrimonios se basaban en consideraciones prácticas. Ahora, en algunas zonas, las influencias exteriores estaban cambiando eso. Los matrimonios por amor estaban ganando terreno y, muy a menudo, llevaban a la misma infelicidad que afectaba a los occidentales.

Cuando él se casara, si es que lo hacía, ese matrimonio estaría basado en los sólidos fundamentos de la amistad. Era cierto que su actitud hacia el matrimonio había cambiado recientemente, probablemente como resultado de haber conocido a Gérard y Maxine. Estaba claro que esos dos tenían una relación sólida como una roca fundada en su mutua pasión por las montañas. Hablar con ellos le había hecho darse cuenta de que tener una compañera permanente en sus viajes podría estar bien. De alguna manera, podía ser incluso mejor que viajar independientemente.

* * *

Sarah estaba sentada en la parte trasera del taxi con Maureen y Delia. A Neal y a ella los iban a dejar en Bhaktapur.

Le resultaba difícil comprender por qué se alegraba de abandonar un lugar donde había sido tan feliz. Por fuera nada había cambiado, pero por dentro sentía que algo había cambiado. Neal no estaba tan abierto y relajado como al principio.

¿Estaba empezando a aburrirse? Se preguntó mientras lo miraba.

Neal estaba en el asiento delantero, hablando con el conductor y se reían.

—He de confesar que me muero por un baño caliente —dijo Delia sacándola de sus pensamientos—. La granja era encantadora, pero un poco corta de comodidades. A vosotros los jóvenes, eso no os importa, pero a nuestra edad las camas, baños y la comida son muy importantes.

Sarah le respondió:

—Yo ya no soy tan joven Delia. Y también me apetece un baño caliente.

Maureen, que estaba sentada entre ellas, intervino.

—Para nosotras eres tremendamente joven. No sabes lo que me gustaría volver a tener tu edad. Es muy aburrido eso de hacerte vieja.

—Pues ser joven tampoco es tan divertido —dijo su hermana—. No se está segura de sí misma y enamorarse y desenamorarse puede ser una agonía. Yo diría que la edad perfecta para una mujer es entre los treinta y la menopausia.

Maureen le dijo a Sarah:

—Tú estás en esa edad perfecta, querida. Disfruta de ella.

Sarah supuso que estaban intrigadas por su relación con Neal, pero no le pareció bien satisfacer su curiosidad.

* * *

A media mañana, ella y Neal se estaban tomando unos cafés en la terraza de un bar en la plaza principal de la ciudad vieja. Los demás habían seguido viaje a Kathmandú.

—Vamos a ofrecerle nuestros respetos al rey Bhupatrinda Malla —le dijo Neal cuando terminaron.

Pagó la cuenta, tomó a Sarah de la mano y cruzaron la plaza donde, extrañamente, había menos turistas que nepaleses.

La estatua de uno de los reyes de la ciudad estaba en lo alto de un pilar que daba a la galería más elaborada y hermosa que ella había visto en toda su vida.

—Es una de las maravillas del mundo —le dijo Neal—, pero no mucha gente se molesta en venir a verla. Todo ese oro dice lo fabulosamente rico que fueron los reyes de la dinastía Malla. Vamos a pasar a echarles un vistazo.

Ella le agradeció que se tomara la molestia de enseñarle un lugar que, probablemente habría visto ya muchas veces anteriormente. Dentro de las puertas de oro se vieron interceptados por un soldado Gurkha que insistió en que Sarah debía hacer una foto de Neal y él juntos. A Sarah le alegró tener la oportunidad de hacerle una foto a Neal. Quería tener recuerdos de los momentos que pasaban juntos, pero se daba cuenta de que a él no le gustaba nada posa: para las fotos.

Comparado con el fuerte y pequeño soldado, que parecía estar cumpliendo su deber de que los extranjeros le hicieran fotos luciendo su kukri, Neal parecía muy alto y esbelto. Hizo dos fotos rápidamente, por si una no salía.

Almorzaron en la terraza del piso alto de una posada donde unos turistas americanos le pidieron a Neal que les hiciera una foto, cosa que él hizo gustosamente.

Cuando volvió con ella, le dijo:

—Podríamos quedarnos a pasar la noche aquí, pero las comodidades son muy básicas y ya oí lo que decíais Delia y tú sobre los baños calientes, así que buscaremos algo más lujoso… Y, de ahora en adelante, eres mi invitada. Sin discusiones, por favor.

Eso lo dijo con un tono de autoridad que habría hecho que algunas mujeres se enfadaran. Sarah no estuvo segura de que le gustara eso de ir a un sitio más lujoso pagando él. Pero se daba cuenta de que él estaba decidido y, tal vez no fuera educado negarle ese gesto generoso. No tenía ni idea del dinero que él podía ganar, pero probablemente era una cantidad astronómica en comparación con su sueldo.

—Es muy amable por tu parte, Neal.

—Estoy siendo egoísta, no amable —le dijo él secamente—. Un saco de dormir doble tiene su utilidad, pero limita mucho. Hay cosas que quiero hacer contigo que no fue posible hacerlas en Nagarkot.

Unas pocas horas más tarde le mostró lo que había querido decir.

* * *

Mientras el tiempo se le iba acabando a Sarah, iba llegando la gente del Maratón del Everest y se iban instalando en otro hotel de la ciudad.

Durante la mayoría de las tardes, Neal le presentó a Sarah a la gente que lo iba a acompañar cuando ella se marchara. Varios de ellos eran médicos que iban a estudiar el efecto de la altitud en el cuerpo humano.

Entre los corredores estaba una atractiva oficial femenino del ejército y Sarah no pudo evitar sentirse celosa de ella, por mucho que le fastidiara.

A veces Neal se la llevaba a cenar con algunos de los demás médicos, pero según pasaban los días, su felicidad se veía

ensombrecida por la proximidad de la separación.

Para Neal, cuando se separaran, quedaría la excitación de la preparación de la maratón, para ella quedaría solo el vuelo de vuelta a casa y el retorno a una vida que, desde su nueva perspectiva, le parecía aún más aburrida y limitada que antes.

La tarde de su último día, fue al hotel donde estaba su grupo de *trekking* para asegurarse de que no había ningún cambio de planes.

Para sorpresa suya, Sandy se mostró mucho más amigable que al principio.

—Tomaste la decisión acertada —le dijo incluso—. Nunca en mi vida he visto un grupo tan aburrido. ¿Qué has hecho tú?

Sarah le contó algunos de los sitios que había visto, preguntándose qué pensaría Sandy si le contara que se había pasado las dos semanas haciendo el amor como una loca.

—¿Vas a venir a cenar hoy con nosotros? —le preguntó Sandy.

—No, he quedado con unos amigos.

—Muy bien. Te veré en el aeropuerto.

Cuando volvió al hotel, Neal lo había arreglado todo para que cenaran solos. Durante la cena no le mencionó en ningún momento que se volvieran a ver de vuelta en Gran Bretaña. Él todavía tardaría un mes en volver, así que tal vez no fuera sorprendente que no estuviera pensando en más allá de esa fecha.

Esa noche él le hizo el amor con un cariño que fue casi insoportable.

—Me gustaría que pudieras venir con nosotros —le dijo él después—. Estoy seguro de que te lo pasarías bien.

—A mí también me gustaría ir —murmuró ella sabiendo que ésa sería la última noche que pasarían juntos. Nunca podría hacer eso con nadie más. Su corazón y su cuerpo eran de él ahora y para siempre.

A la mañana siguiente él la despertó a besos, pero no tenían tiempo de volver a hacer el amor. El servicio de habitaciones les llevó el desayuno a la habitación, pero Sarah se tomó sólo dos tazas de té.

—Deberías comer algo —le dijo Neal.

—Ya lo haré en el avión —dijo ella conteniendo la tristeza.

Estaba dispuesta a hacer lo que fuera por que él no se la notara.

En la terminal del aeropuerto, Neal le dijo al taxista que lo

esperara y la acompañó al interior de la terminal.

—No esperes, Neal. Yo encontraré a los demás. No es necesario que te quedes —le dijo ella tratando de parecer alegre.

—Casi me olvidaba…

Él se sacó entonces de uno de los múltiples bolsillos del pantalón un pañuelo de seda amarillo.

Lo desplegó y se lo puso a ella alrededor de los hombros. Era el regalo tradicional de despedida nepalí.

Luego la miró a los ojos con una expresión inescrutable.

—Cuídate, Sarah. Adiós… y gracias.

Se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Luego se volvió y se marchó.

Capítulo 7

Ya en el aeropuerto de Gatwick, Sarah llamó a Naomi para preguntarle si todo había ido bien en su ausencia.

—Sí, pero te he echado mucho de menos, ¿te lo has pasado bien?

—Maravillosamente.

—Iré a recogerte a la estación. ¿A qué hora llegas? Tres horas más tarde las dos amigas se abrazaban en la estación.

—¿Te ha afectado el cambio de horario? —le preguntó Naomi—. No lo parece, ¡tienes un gran aspecto! Nunca antes te había visto tan guapa. Evidentemente, recorrer el mundo te va bien. ¿Ha sido más o menos duro de lo que te esperabas?

—No fui con el grupo. Los demás eran mucho mayores que yo y me salí.

Naomi la miró extrañada.

—¿Y qué hiciste? ¿Te fuiste sola por ahí?

Sarah ya había pensado mucho en si contarle a su amiga lo que había pasado o no. Había decidido que no lo podía guardar en secreto, tenía que hablar con alguien y sabía que podía confiar en que su amiga no revelara sus confidencias.

—No fui sola —le dijo mientras abandonaban la estación—. Hice lo que me dijiste que hiciera. Se me apareció un hombre maravilloso y, en vez de quedarme triste y sola, caí en sus brazos.

—¡Estás de broma!

Cuando Sarah agitó la cabeza, Naomi añadió:

—No me lo puedo creer. Con la asquerosa vida que has tenido… A veces he pensado que nunca te iba a cambiar la suerte. ¿Cómo es?

¿Dónde lo conociste?

—Nos conocimos en el avión de ida. Él sigue en Nepal. Tiene algo que hacer en el Maratón del Everest… No como corredor. Es periodista —le dijo sin mencionar la otra profesión de Neal.

—¿Cuándo vuelve? ¿Dónde vive?

—En Londres… pero no lo voy a volver a ver.

—¿Por qué no? ¡No me digas que está casado!

—Si lo hubiera estado, no habría sucedido.

—No siempre te lo cuentan.

—Definitivamente, no lo está. Está en contra del matrimonio. A su hermano le salió mal la boda y Neal no quiere seguir ese camino. No necesita una esposa, se las apaña muy bien solo.

—La gente que se las apaña bien sola tiene cerebro además de atractivo —le dijo Naomi—. No suelen querer pasarse la vida jugando, sino que buscan una mujer especial. ¿Qué te hace pensar que no lo puedas ser tú para él?

Ya estaban en el interior del coche de Naomi y Sarah le dijo:

—Tiene treinta y seis años.

—¿U?

—Oh, vamos, ya sabes mi edad.

—¿La sabe él?

—No me la preguntó y yo no se la he dicho. Debe suponer que yo soy uno o dos años menor que él, no debe pensar que soy mayor que él.

—Los hombres se casan siempre con mujeres más jóvenes que ellos. ¿Por qué no puede ser al revés?

—Porque no puede, y tú lo sabes. Un hombre de mi edad y una mujer de la de él se pueden casar y no pasa nada. Ésa es la diferencia de edad normal. Pero cuando la mujer es la mayor, no lo es. Es la causa de un montón de cotilleos.

—Yo no permitiría que eso me molestara —le dijo Naomi mirándola—. Lo que piensen los demás no importa nada. Lo que cuenta es que la gente que tenga una relación así se sientan cómodos con ella. Esta decisión de terminar la relación, ¿ha sido idea tuya?

—Ha sido algo mutuo. Cuando nos despedimos en el aeropuerto él no me dijo que nos volviéramos a ver, ni yo tampoco se lo dije a él. Los dos sabíamos que eso no se podía llevar a la vida real.

—¿Pero tiene él tu dirección y número de teléfono por si cambia de opinión?

—No mi dirección exacta. Sabe donde vivo. Es periodista y me puede seguir la pista con eso… Si es que lo quiere hacer. Pero no lo hará. Lo he pensado mucho y reconozco que he tenido una suerte inmensa por poder pasar este tiempo con él. Ha sido algo fuera de este mundo, y ha de seguir así. En la vida real casi no tenemos nada en común. Tratar de prolongarlo no funcionaría.

—Si no teníais tanto en común, ¿cómo es que os habéis llevado tan bien?

Sarah dudó.

—Nos pasamos mucho tiempo en la cama. Era un amante maravilloso. Pero eso no es la base de una relación duradera.

—Tal vez no, pero es un buen principio. Es en la cama donde parecen ir mal muchas relaciones. Y si él te ha despertado la libido, eso es un genio al que no es fácil hacer volver a la lámpara.

—Tal vez no, pero por lo menos ahora sé lo que me estoy perdiendo. Y eso es mejor que irme a la tumba sin saber de qué va.

—La parte floja de ese argumento es que, con un poco de suerte, no te vas a ir a la tumba dentro de menos de treinta o cuarenta años. Y eso es mucho tiempo para vivir de un recuerdo. Cuéntame más de él.

—Te enseñaré una foto tan pronto como las revele. ¿Recibiste mi postal?

—Todavía no. ¿Cuánto tiempo tardaste en meterte en la cama con él desde que os conocisteis?

—Unos días. Me resistí un poco. Ahora me parece como un sueño loco… algo que haya leído, no que me haya sucedido de verdad.

—Pues te ha sucedido. Debería haberlo sabido nada más verte. El Gran Sexo le da a la mujer un brillo como ninguna otra cosa, ni siquiera una tarde de compras. Cuando me pasó eso con Philip hace seis años, la gente no paraba de preguntarme qué me había hecho. Y era lo que me estaba haciendo él…

—Mm. Lo recuerdo —dijo Sarah recordando el tiempo en que Naomi tuvo su relación más duradera.

Pero no había durado mucho. Philip había querido que ella hiciera demasiadas concesiones sin estar dispuesto a hacer ninguna

él.

—¿Le contarás a tu madre todo esto? —le preguntó su amiga.

—Tendré que contarle que no hice el *trek*, pero no le diré nada de Neal. Aparte de que horrorizará por la falta de moral y demás, eso sólo la asustará. Yo soy su seguridad. No se las puede arreglar sola y tendrá miedo de que la abandone.

—Es una vieja egoísta —dijo Naomi brutalmente—. Se aprovecha de ti, Sarah. Lo hacen los dos. Matthew es incluso peor que ella. Tu madre es anciana y discapacitada, pero él es joven y fuerte. Debería mantenerse por sí mismo, no llevar a tu casa su ropa sucia para que se la laves y le des dinero.

—Si no hubiera sido por mamá, yo no habría ido a Nepal a correr aventuras.

Naomi hizo un sonido de disgusto. A ella nunca le había caído bien la madre de Sarah ni sus opiniones. Más de una vez casi se había peleado con Sarah por decirle lo que ella consideraba unas cuantas verdades y ella se había tomado por incursiones más allá de los consejos de una amiga.

—Es lo único útil que ha hecho por ti. Espero que este viaje te haya dado una nueva perspectiva de tus problemas domésticos. Ya es hora de que vivas para ti misma para cambiar.

—Eso es lo que he estado haciendo.

—Por dos cortas semanas. ¡Vaya cosa! Tienes que romper y alejarte de ellos. No volver a la jaula y cerrar la puerta tú misma hasta que suceda el hecho improbable de que tu madre gane otro concurso en tu nombre.

—¿Por qué me estás regañando?

—Porque te tengo envidia. ¿No lo ves? Lo que te ha sucedido es un sueño hecho realidad. Millones de mujeres como nosotras, madres solteras con más de cuarenta años ansían que un hombre atractivo aparezca de la nada y se acueste con nosotras y sólo tal vez, nos proponga la clase de futuro que siempre hemos querido. No, escúchame —dijo cuando Sarah empezó a hablar—. Para la mayoría de nosotras, eso no va a suceder nunca. Es un sueño… y lo sabemos. La tuya es la excepción de la regla. Para ti ha sucedido de verdad. Pero en vez de dar gracias por tu buena suerte y sacar lo mejor de ello, has decidido acobardarte a la mitad. ¿Te extraña que te regañe? Si yo estuviera en tu lugar, seguiría con ello.

—No hay nada que seguir. Somos como gente de distintos planetas que se han conocido en el espacio exterior. Aparte de la atracción física, no queda nada más.

—No me lo creo —dijo Naomi—. Tú no te meterías en la cama con alguien que no te guste. ¿Qué es todo eso de planetas diferentes? Siempre hay diferencias, incluso con el vecino de la puerta de al lado. Así que, ¿qué más diferencias hay aparte de la de la edad?

Sarah ya se había imaginado que Naomi no vería esa relación bajo su mismo punto de vista, pero no que la fuera a presionar tan pronto y con tanta vehemencia.

—Tiene unos orígenes diferentes. Está mejor educado… mejor…

—¿Es un esnob?

—No, en absoluto.

—¿Entonces por qué estás siéndolo tú?

—No lo estoy siendo. Sólo estoy afrontando los hechos. La gente no siempre es igual. Mi padre era un policía que, si no hubiera muerto ya, sería acusado de maltratar a los sospechosos. Los padres de Neal…

Su amiga la cortó en seco de nuevo.

—Tú no eres responsable de los errores de tu padre. Tú fuiste una de sus víctimas, por Dios. La mayoría de las familias tienen algunos esqueletos en los armarios. Si tú tienes algo de sentido común, cuando Neal vaya a volver aquí, le mandarás una nota amigable para que sepa donde encontrarte y así que sea él quien mueva pieza. ¿Es un periodista independiente?

—No, trabaja para uno de los periódicos más importantes.

—Entonces ponte en contacto con él por el periódico, envíale un e-mail, dile lo bien que te lo has pasado, pregúntale si quiere copias de las fotos. ¿Qué tienes que perder? Lo peor que él puede hacer es ignorarte.

* * *

En Nepal, donde casi era de noche, Neal se estaba tomando una copa antes de cenar con un grupo de gente de la maratón. Entre ellos estaba la oficial del ejército.

Era atractiva y amigable. Como colega le caía bien. Como mujer lo dejaba frío.

Echaba de menos a Sarah. Pero al mismo tiempo sabía que era una buena idea tener un período de enfriamiento para contener cualquier intención que tuviera de que se volvieran a ver.

Evidentemente, ella había pensado igual. Se lo indicaba la forma en que se había despedido de él. Había pensado que ella se sentiría afectada, pero si tenía alguna emoción, la había controlado muy bien.

Se preguntaba qué estaría haciendo ella y deseó saber algo más de su procedencia y familia.

La noche anterior, mientras ella iba ya camino de casa, había añorado tenerla en la cama a su lado. Le había resultado raro despertarse y no tenerla junto a él. Esa noche sería igual. Pero al día siguiente tendría que moverse y, por la noche, estaría compartiendo una tienda de campaña con algún otro miembro del equipo médico. Antes del fin de semana volvería a la normalidad, a estar solo, parte de un grupo, pero no la mitad de una pareja.

Podría ser que, al cabo de un mes, cuando volviera a Gran Bretaña, él no quisiera recuperar su relación. A ella le pasaría lo mismo. Pudiera ser que ambos hubieran llegado a la conclusión de que lo que habían compartido estaba bien, pero no lo bastante como para seguir con ello.

Ésa era una de esas situaciones en las que el tiempo tendría que decirlo, pero en ese momento él se sentía extrañamente raro, como si le faltara un componente importante de su vida.

Era una reacción natural. Ella era una mujer encantadora, una gran compañía dentro y fuera de la cama, tan distinta de Cleo, la viuda de su hermano, como si fueran de especies diferentes.

Pero eso no alteraba el hecho de que antes de que conociera a Sarah estuviera contento con su vida. Y que seguramente lo volvería a estar. Sólo necesitaba un poco de tiempo para acostumbrarse.

* * *

Sarah llevaba ya una semana en casa y aún no podía dormir bien, así que, de madrugada se levantó y se dirigió a su despacho, la

antigua habitación de Matthew.

Ahora, cuando él estaba en casa, dormía en el ático, convertido en dormitorio.

Se sentó delante del ordenador. Navegar por Internet la distraería de esos pensamientos que la estaban volviendo una víctima del insomnio.

A veces, en esas excursiones nocturnas, llegaba a sitios con el ordenador donde hubiera sido mejor no llegar. Una vez llegó a la página de la clínica donde sabía que Neal había sido médico.

Esa noche, de repente, sintió la necesidad de buscar alguna información sobre Chris Kennedy, el hermano muerto de Neal.

Al cabo de unos segundos, recibió media docena de direcciones. Las siguió una por una, hasta que en una de ellas apareció una foto.

El fondo era de una montaña. El rostro era muy parecido al de Neal, pero sus ojos no tenían la chispa de diversión de los de Neal. No le pareció tan atractivo como Neal le había dicho. Lo era, sí, pero no tanto como su hermano pequeño.

Se pasó un largo rato tratando de ver qué era lo que le faltaba a ese rostro y que hacía que el de Neal le pareciera mucho más atractivo.

Cuando le había mostrado a Naomi la foto de Neal con el *Gurkha*, le había valido otra regañina de su amiga, que le había dicho que era tonta por dejarlo alejarse de su vida sin intentar reconquistar su interés.

Había habido momentos en que Sarah había tratado de convencerse a sí misma de que Naomi tenía razón. Pero sabía en su corazón que aquello era un sueño. Si hubiera estado sola, podría haber sido distinto. Podría haberse ido a vivir a Londres. Pero incluso aunque pudiera convencer a su madre de mudarse, no habría manera de que Neal pudiera querer tener algo que ver con una anciana con mala salud.

Y también tenía que pensar en Matthew. Cuando pensaba en Matthew y Neal enfrentándose, sabía que la idea era imposible. Incluso Naomi había estado de acuerdo en que en eso tenía un problema. Matthew nunca había conocido a su padre. Su abuelo había muerto cuando él tenía seis años. Había crecido sin ninguna influencia masculina, más que la de sus profesores. No se tomaría bien que un extraño lo suplantara en el afecto de su madre.

* * *

Sabiendo la fecha en que Neal iba a volver, Sarah no pudo evitar preguntarse si él trataría de encontrarla y la llamaría.

Pasó una semana y no recibió ninguna llamada. Pudiera ser que él estuviera muy ocupado con su trabajo como para tener tiempo de hacer una investigación privada como ésa.

Entonces, una tarde, mientras ella estaba leyendo y su madre estaba viendo la televisión, sonó el teléfono. Estaba en la mesa cerca del sillón de su madre, pero fue ella la que se levantó a contestar.

—¿Diga?

—¿Sarah?

—Soy yo.

—Soy Neal. ¿Cómo estás?

—Neal…

Por entonces ella ya se había acostumbrado a no pensar en él, en no tener esperanzas falsas. Su voz sonaba distinta por teléfono. No la reconoció durante un par de segundos.

—¿Puedes esperar un momento a que cambie de teléfono?

Tapó luego el auricular y le dijo a su madre:

—Mamá, dame tiempo para que conteste desde mi despacho y luego cuelgas, ¿quieres?

Su madre, absorta con la televisión, gruñó afirmativamente.

Sarah corrió escaleras arriba y, en su despacho, levantó el auricular.

—¿Dime?

—¿Te he llamado en mal momento?

—No, mi madre estaba viendo la televisión, pero yo no.

Vaya una sorpresa. ¿Cómo has conseguido mi número?

—En tu pueblo solo hay cinco Anderson y sólo uno de ellos aparece en la guía con la S delante. No he tenido problema.

—¿Te fue bien el resto del viaje?

—Sí. ¿Cómo te han ido a ti las cosas?

—Bien. Tardé unos días en acostumbrarme de nuevo a la rutina diaria, pero ahora Nepal me parece que sucedió hace ya mucho tiempo.

—¿Cuándo nos podemos ver?

Ella había permanecido noche tras noche despierta en la cama soñando con esas palabras. Ahora que las oía no se las podía creer.

—Sarah… ¿sigues ahí?

—Sí —dijo ella rápidamente—. Sólo estaba pensando. Er… ahora estoy muy ocupada. Las navidades siempre dan más trabajo.

—¿Qué te parece si cenamos el martes? El crítico de gastronomía del periódico me ha recomendado un restaurante francés muy bueno cerca de tu pueblo.

—Eso tengo entendido. No he estado allí, pero el martes me viene mal.

—¿Qué tal el miércoles… o el jueves?

—Hum… No. Tampoco. Además, esto está muy lejos.

Tal vez nos podamos ver alguna vez que yo vaya a Londres.

—¿Cuándo será eso?

—Tal vez en Año Nuevo.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en Londres? —le preguntó él un poco secamente—. No voy muy a menudo.

—Estás desanimándome, ¿no? ¿Por qué?

Ella debería haber sabido que aquello no iba a ser fácil.

—Bueno, creo que puede ser un error que gente que se conoce en vacaciones traten de… de prolongar esa amistad. No me parece que vaya a funcionar bien.

—Eso me parece como si me estuvieras dando calabazas.

—Yo no lo diría así.

—Yo sí —dijo él y colgó.

Sarah colgó también. Había conseguido su objetivo. Entonces, ¿por qué en vez de sentirse aliviada, se sentía más bien al borde de las lágrimas?

Después de un rato, cuando tuvo controladas sus emociones, bajó con su madre. Ya era la hora del chocolate de la anciana.

* * *

En su zona de la gran casa que sus padres tenían en Londres, Neal estaba dándose paseos por la habitación.

Era irónico que la primera vez que le habían dado calabazas en

su vida lo hubiera hecho la primera mujer que le había proporcionado todas esas noches de insomnio.

La voz de Sarah por teléfono había sido tan poco amigable que no se había podido creer lo que estaba oyendo.

El tiempo que había pasado de más en Nepal le había hecho ver que quería continuar con su relación con Sarah, que habían estado tan bien juntos que sería una tontería no continuar.

Pero Sarah, al parecer, había llegado a una conclusión diferente. ¿Por qué? ¿Qué había querido decir con eso de que prolongar las relaciones de vacaciones era un error?

Eso podría ser cierto en la mayoría de los casos. Pero toda regla tiene su excepción y él sentía que su amistad era una de ellas. Porque eso era todo lo que había sido, una amistad. No sólo una fantástica experiencia sexual, sino una unión de mentes y, sobre todo un sentido del humor compartido. Les gustaban las mismas bromas, veían el mismo lado divertido de las cosas… Pero a pesar de ello, ella quería terminar la relación. Incluso ni siquiera había querido cenar con él.

La verdad era que ahora deseaba no haberla colgado. Había sido un enfado momentáneo. Habría sido mejor obligarla a que se explicara.

Porque tenía que haber una explicación. No se imaginaría ella que él lo iba a dejar así, ¿verdad?

* * *

A la tarde siguiente, Sarah estaba fregando los cacharros de la cena cuando sonó el timbre de la puerta.

Su madre no podía ir a abrir, ya que le costaba caminar y sólo podía llegar a su dormitorio gracias al elevador que Sarah había hecho instalar en la escalera.

A la última persona a la que se habría imaginado encontrarse en la puerta era a Neal.

—Hola de nuevo —dijo él sonriendo.

Llevaba un gran ramo de rosas en la mano, protegidas de la noche de noviembre por un papel de celofán.

—¡Neal!

Ella se dio cuenta inmediatamente de que estaba hecha una lástima, en comparación con él que llevaba un chaquetón de cuero que parecía bastante caro sobre un jersey gris de cachemira.

El se acercó entonces, la rodeó la cintura con un brazo y le dio un beso en la boca.

Inmediatamente, todas las emociones que ella había sentido en Nepal, salieron de nuevo a la luz. Las largas semanas separados parecieron desvanecerse y ella se vio transportada de nuevo a la última noche que pasaron juntos, a ser incapaz de ver un futuro sin él.

Él se apartó un poco y le dijo:

—Habría venido antes, pero no he podido.

—No deberías haber venido —le dijo ella débilmente.

Sabía de que debía apartarlo, pero era incapaz de hacerlo.

—¿Por qué no? ¿A qué vinieron todas esas tonterías que me dijiste anoche por teléfono?

Antes de que pudiera responder, él continuó:

—Te vas a helar si seguimos aquí fuera. Vamos a entrar y cerrar la puerta.

El la empujó y cerró la puerta. Luego le pasó el ramo de rosas y empezó a quitarse la chaqueta.

La forma en que el jersey se pegaba a sus poderosos hombros hizo que a Sarah se le revolvieran las entrañas. Se había creído que había empezado a recuperar el control sobre sus alteradas emociones y las pasiones que él había despertado, pero su presencia le quitó esa idea.

En lo más profundo de su ser ella deseó tomarlo de la mano y llevárselo a su dormitorio para hacer el amor como locos.

—¿Dónde podemos hablar? —dijo él mirando a la puerta cerrada del salón, por donde se oía el ruido de la televisión.

—En la cocina —dijo Sarah—. Pondré las rosas en agua y te haré un café. Son preciosas, gracias, Neal. Pero no deberías haberlas traído… No deberías haber venido.

—Así que me lo sigues diciendo. Creo que ya es hora de que me des algunas razones.

Sarah lo hizo sentarse en un taburete. Luego sacó un florero que fue uno de los regalos de boda de su madre.

Mientras lo llenaba de agua, Neal le dijo:

—Nunca me has hablado de tu vida familiar. Estoy empezando a pensar que hay algo que yo debería saber y que tú has preferido no contarme. —¿Con quién has cenado, Sarah? ¿Quién está en el salón viendo la televisión?

—Es mi madre. Vivimos juntas. Tiene setenta años y está casi inválida. No puede vivir sola. Yo soy responsable de ella. Mientras estuve fuera, se ocupó de ella una de mis vecinas, viuda. Pero eso fue un arreglo para una ocasión muy especial. La señora Evans no querría hacerlo de forma habitual y no nos podríamos permitimos pagarla si pudiera.

Mientras hablaba, empezó a preparar el café.

—Así que, como no tienes más familia, tú eres la responsable del bienestar de tu madre —dijo Neal—. ¿Se opone a que te relaciones con más gente…? ¿Es ése el problema?

—No, no es eso. Mamá no es posesiva. Es sólo que no la puedo dejar sola mucho tiempo. A veces, Naomi, mi amiga y socia, se ha quedado a dormir aquí si yo me iba a pasar la noche fuera. Pero no abuso de ella más que en muy raras ocasiones. Así que, ya ves, no estoy libre. No puedo ir y venir a mi gusto.

Neal se levantó del taburete y se apoyó contra la mesa de la cocina con los brazos cruzados. Era la personificación de la elegancia masculina informal, haciendo que ella se sintiera aún peor con su chándal y zapatillas, además de sin maquillar.

El se acercó a Sarah entonces y la hizo mirarlo. En sus ojos sólo había cariño. Eso la hizo desear abrazarlo y dejar que él se ocupara de su vida. Pero sabía que eso no estaría bien. A la larga, sería más fácil para ambos cortar la relación inmediatamente.

—De acuerdo, así que no eres tan libre como lo soy yo —dijo él tranquilamente—. ¿Es ésa la única razón por la que quieres cortar nuestra relación?

—El agua está hirviendo —dijo ella agradeciendo esa excusa—. ¿Qué quieres, café o té?

—¿Qué tomáis tu madre y tú?

—Chocolate para mamá y café instantáneo para mí.

—Café. ¿Le has hablado de mí a tu madre?

—No. No lo aprobaría. Le resulta difícil aceptar las ideas modernas.

—Una visita de alguien que no le has mencionado la

sorprendería, ¿no?

—No pensaba que fueras a venir. No esperaba volverte a ver.

—¿De verdad te creías que después del tiempo que hemos pasado juntos no me pondría en contacto contigo?

—No estaba segura. ¿Lo estabas tú? Cuando nos despedimos en el aeropuerto, ¿me dijiste que pretendías volverme a ver?

—Yo tampoco estaba seguro —admitió él—. Cuando se está lejos de casa es fácil dejarse llevar. Sabía que nunca te olvidaría. Lo nuestro era más que una aventura ocasional. Pero entonces no sabía cuánto más. Ahora lo sé. Quiero verte mucho más, Sarah. Quiero que pasemos tiempo juntos… Que nos conozcamos bien. Por el momento se nos podría describir como desconocidos íntimos.

La esperanza cobró vida en el interior de Sarah. ¿Habría un futuro para ellos? Un instante más tarde supo que aquello no podía funcionar. Él sólo sabía la mitad del problema. Había más… mucho más.

En ese momento oyó la voz de su madre.

—¿Sarah…?

Aunque después de la segunda operación que sufrió en la rodilla su madre no podía caminar sin ayuda, podía salir del salón con la ayuda del bastón y apoyándose en los muebles y paredes.

Cuando Sarah respondió a su llamada, estaba apoyada en el piano que siempre había habido en el salón, aunque nunca nadie lo había tocado desde que murió su abuela.

—Creía haber oído la voz de un hombre, querida. No es Matthew, ¿verdad?

Sarah agitó la cabeza.

—Es un amigo… alguien a quien conocí en Nepal.

Luego añadió por encima del hombre:

—Neal, ven a conocer a mi madre.

Él entró ofreciéndole la mano y sonriendo.

—Hola, señora Anderson.

—Oh, encantada de conocerlo.

Visiblemente afectada por la inesperada aparición de ese desconocido intensamente viril, la señora Anderson aceptó su mano.

—Debe perdonarme por haber aparecido de esta manera —le dijo Neal—. Les traigo una invitación de mi madre. Le gustaría que Sarah viniera a pasar un fin de semana con nosotros. Tal vez a usted

le gustaría venir también. ¿Nos sentamos y hablamos de ello?

Neal se pasó la mano de la madre de Sarah a la mano izquierda, le rodeó la cintura con el otro brazo y la acompañó al sillón donde había estado sentada.

Sorprendida, Sarah los siguió. ¿Esa invitación venía realmente de la madre de él o se lo había inventado Neal en ese mismo momento? Estaba dudando entre sentirse agradecida porque él quisiera que conociera a su familia y la desesperación por lo que podía venir a continuación.

—Bueno, no sé. Señor… —dijo su madre aún confusa mientras se sentaba.

—Mi apellido es Kennedy, pero, por favor, llámeme Neal.

Él se sentó al final del sofá, cerca de Sarah, con toda su atención centrada en una mujer que, por lo que pensaba Sarah, debía ser tan diferente de su propia madre como un gato callejero de un siamés.

—Ya ve, Neal, yo no salgo nunca… salvo al jardín en verano. Salir por ahí es demasiado para mí.

—Siento oír eso. ¿Cuál es el problema?

Oh, Cielos, allá vamos, pensó Sarah. Como sabía las explicaciones médicas que le iba a dar su madre, se levantó y se dirigió de nuevo a la cocina para terminar de hacer los cafés y el chocolate.

Cuando volvió con todo en una bandeja, que Neal le quitó dé las manos inmediatamente, su madre estaba lanzada, contándole a Neal todos los detalles de su operación y demás.

Cuando se comió una pasta y no tuvo más remedio que callarse, Neal le dijo:

—Teniendo en cuenta que no va a tener que hacer es fuerzos, un fin de semana fuera le vendrá muy bien. Yo soy el redactor médico del The Journal. Si hablo con su médico, estoy seguro de que podré conseguir que acceda a dejarla venir. ¿Quién es?

La señora Anderson se lo dijo y le preguntó:

—¿Es usted médico también?

—No practico… a no ser que sea una emergencia. Perdóneme, sólo quiero llamarle un momento por mi teléfono móvil para hablar de los detalles.

Cuando abandonó la habitación, la señora Anderson le dijo en voz baja a su hija:

—Un hombre muy agradable. No me habías hablado de él.

—Conocí a mucha gente, mamá —mintió ella.

—No como él, de eso estoy segura. Debes gustarle para que haya venido hasta aquí.

Para vergüenza de Sarah, Neal la oyó.

—Su hija es encantadora, señora Anderson. Y ahora ya sé a quién sale.

Su madre se rió.

Desesperada, Sarah le dijo:

—¿No crees que deberías consultar con tu madre antes de llevar a dos desconocidas a su casa, Neal?

Él la miró divertido.

—Yo vivo bajo el mismo techo de mis padres, pero no con ellos, Sarah. Dejé la casa paterna hace ya mucho tiempo, pero volví hace dos años porque necesitaban ayuda. La casa es demasiado grande ahora para ellos, pero no se quieren mudar. Así que yo convertí los pisos altos en dos pisos para mí y mi abuelo. Él se estaba haciendo demasiado viejo como para vivir solo, así que nos vino bien a todos.

Luego Neal le dijo a la madre de Sarah:

—Veo que tiene un elevador de escalera, señora Anderson. Nosotros pusimos uno para el abuelo. Yo me mudaré a su habitación de huéspedes mientras estén con nosotros y Sarah y usted pueden dormir en mi piso. ¿Qué le parece?

—Me parece muy excitante. No se lo va a creer, pero nunca he estado en Londres.

—¿De verdad? Pues ya es hora de que venga —dijo él calurosamente—. ¿A qué hora se acuesta usted normalmente?

—Soy un ave nocturna. Sarah se levanta muy pronto, pero a mí me gusta quedarme hasta tarde viendo la televisión. Normalmente veo vídeos.

—En ese caso, estoy seguro de que no le importará si me llevo a Sarah una hora. Tengo habitación en un hotel al otro lado del pueblo. Tiene un bar muy agradable donde nos podremos tomar algo. Luego la traeré de vuelta.

—No estoy vestida para salir —protestó ella—. Entonces apresúrate a vestirte, querida —le dijo su madre—. Yo le haré compañía a Neal.

A pesar de que le fastidiaba enormemente que la manipularan

de esa manera, a Sarah no le pareció mal tener la oportunidad de decirle a Neal en privado lo que pensaba de sus maniobras.

Lo que le preocupaba realmente era lo que su madre le podía contar en su ausencia. Había estado a punto de mencionar a Matthew.

No quería que Neal supiera nada de su hijo si no era por ella. Pero sería muy clásico de su madre, que adoraba a Matthew, empezar a hablarle de él a Neal, sin saber que él no tenía ni idea de su existencia.

Capítulo 8

Para cuando ella volvió abajo, después de haberse cambiado a toda velocidad, no vio nada en la expresión de Neal que sugiriera que le acabaran de decir algo sorprendente sobre ella.

—No la traeré tarde, señora Anderson —le dijo él a su madre al tiempo que se levantaba.

—Sara es una mujer mayor, querido. Entra y sale cuando le place.

Él tomó una mano de ella entre las suyas.

—Entonces me despido. Ha sido un placer conocerla.

—¡Hipócrita! —le dijo Sara en el recibidor, mientras él se ponía su chaquetón.

—¿Por qué lo dices?

Ella no le contestó hasta que no estuvieron fuera.

—Porque la grieta que hay entre mi madre y tú es tan grande como el Gran Cañón. No tenéis absolutamente nada en común.

—Al contrario, los dos tenemos un interés mutuo en ti. No es mal principio. ¿Sales y entras cuando te place? Yo no lo diría.

—No sé qué quieres decir con eso.

Él no respondió hasta que no estuvieron dentro de su coche.

—Quiero decir que creo que has permitido que la incapacidad de tu madre domine las vidas de ambas. Ya veo que está anclada al sofá y, eso no es bueno para nadie. Tú, sospecho, te has resignado a una vida demasiado cerrada. Por lo que ella me ha dicho, el viaje a Nepal ha sido la primera vez desde hace años que te tomas unas vacaciones. Y te tuvo que obligar a aceptarlo tu amiga Naomi.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —explotó Sarah—. Te

vuelves a meter en mi vida cuando te he dejado bien claro que no te quiero, y encima tienes el valor de decirme que no la estoy llevando bien. Yo… yo…

Neal respondió tranquilamente:

—¿No me quieres, Sarah?

No esperó a su respuesta. Al instante siguiente ella estaba entre sus brazos, siendo besada con una pasión tan explosiva como su ira.

Al principio luchó un poco, pero él no la dejó moverse. No tardó mucho en dejar de querer hacerlo. Su cuerpo, lleno de deseo, empezó a relajarse entre sus brazos y, finalmente, respondió al beso.

Él fue quien lo terminó. La miró con ojos brillantes y le dijo:

—Tú me deseas, Sarah. Me deseas tanto como yo te deseo a ti.

Entonces la dejó y arrancó.

Estaban a medio camino del hotel, el único bueno del pueblo, cuando ella pudo recuperar el control de sus sentimientos.

Cuando llegaron, aparcaron delante, salieron del coche y pasaron al interior.

Una vez allí, en vez de dirigirse al bar, él le dijo:

—Hablaremos en mi habitación. Estaremos más tranquilos.

A Sarah no le gustó aquello, pero no dijo nada para no organizar una escena.

Neal la tomó de la mano, se metieron en el ascensor y salieron en su piso. Una vez delante de la puerta, él la abrió y encendió la luz.

Para Sarah, era lujosa y cómoda, con un gran diván y dos sillones alrededor de una mesa. La cama era de matrimonio y, sobre la almohada había un bombón y una rosa.

—Deja que te ayude con el abrigo —le dijo él.

Neal la ayudó y lo dejó sobre el respaldo de una silla.

Luego la miró y sonrió.

—Siento ese rudo beso del coche. Perdí la paciencia… algo que no hago a menudo.

—Yo también. Pero eso no altera el hecho de que no deberías haber venido. No hay futuro para nosotros, Neal. Tú lo sabes tan bien como yo.

Él se acercó y le puso las manos en los hombros.

—Yo no lo sé. Lo que sé es que nos deseamos. Hemos tenido

tiempo para enfriarnos, pero no lo hemos hecho. En el momento en que te volví a ver, quise acostarme contigo y eso es lo que voy a hacer… ahora mismo.

—No… no…

Sus intentos fueron inútiles. Él la rodeó con los brazos, la besó y ella se vio perdida. La excitación que había sentido en el coche necesitó sólo ese contacto para encenderse de nuevo.

Su mente resistía, pero su cuerpo la traicionó.

* * *

Después, mientras Neal iba al cuarto de baño, ella se sentó y miró sus ropas tiradas por el suelo y luego a las señales que hacer el amor salvajemente había dejado en su cuerpo. Pensó que debía estar loca. ¿Cómo podía haber hecho eso?

Ésos eran los mismos pensamientos que había tenido hacía ya mucho tiempo. Las circunstancias eran distintas, pero los sentimientos eran casi idénticos, salvo que hacía años habían estado mezclados con el pánico por las consecuencias que aquello le podía acarrear.

Esta vez eso no iba a suceder. Aunque casi deseaba que sí. A pesar de que su mente le decía que eso sería una locura, en lo más profundo deseaba un hijo de Neal. Cuanto mayor es la madre, mayores son los riesgos, según dicen los expertos. Pero a veces los expertos se equivocaban.

Neal volvió con un albornoz blanco puesto. Abrió un maletín y sacó algo oscuro y sedoso. Lo tiró sobre la cama.

—¿Quieres ponerte esto? Voy a llamar al servicio de habitaciones. ¿Qué quieres beber? ¿Vino?

Cuando ella asintió, él tomó el teléfono y le echó un vistazo a la carta que había sobre la mesilla de noche.

Sarah tomó lo que resultó ser el batín de él. Le quedaba grande, pero le produjo un extraño placer ponérselo aunque fuera por poco tiempo.

Oyó que Neal pedía unos sandwiches, una botella de agua mineral y vino.

—¿No sería mejor que estuviera vestida cuando llegue el

camarero? —le preguntó ella—. ¿Dejan que los huéspedes metan mujeres en sus habitaciones?

—No lo sé. Ésta es una situación por la que no he pasado anteriormente. Si hiciéramos lo que yo quiero, llamarías a tu madre para decirle que te vas a quedar aquí esta noche, y yo cambiaría mi reserva para conseguir una habitación doble.

—Sabes que eso es imposible.

—¿Lo es? —dijo él acercándose y tomándole una mano—. ¿De verdad que lo es?

Ella liberó la mano.

—Sabes que sí. No puedo dejar sola a mi madre. Ella no tiene ni idea de que… de que hemos llegado a esto.

Sería una horrible sorpresa para ella. Tiene unas ideas muy antiguas.

—Si se pasa la vida viendo la televisión, no creo que las tenga tan antiguas. Las series siempre reflejan los tiempos actuales.

—Ver las cosas en las series no es lo mismo que darte cuenta de repente que tu hija está pasando las noches con un hombre del que ni siquiera sospechaba su existencia hasta esta misma tarde. Tengo que vestirme.

—¿De verdad? Me gusta verte así… me gusta extender la mano y tocar mis partes favoritas de ti.

Se lo demostró deslizando la mano entre las solapas del batín y acariciándole uno de sus senos.

Sarah retrocedió como si se lo hubiera hecho un desconocido.

—No estás jugando limpio —protestó—. Me has traído aquí, sabiendo que yo no quería que esto sucediera. Oh, de acuerdo… una parte de mí sí quería. Pero no la parte inteligente.

Sarah recogió sus ropas y se dirigió al cuarto de baño.

Desde dentro oyó al camarero y esperó hasta que se hubo marchado.

Cuando salió había una bandeja sobre la mesa con lo que Neal había pedido.

Neal se levantó del sillón donde estaba sentado y le indicó que se sentara en el otro. Le llenó su copa de vino y se la pasó.

—Yo ya he cenado —dijo ella.

—Tómate un sandwich mientras me acompañas.

Ella lo hizo y le dio un trago a su copa.

—Neal, esa invitación de la que hablaste… Creo que te la has inventado.
—¿Por qué lo iba a hacer?
—No estoy segura… tal vez un impulso.
—Yo no soy del tipo impulsivo. Quiero que te vengas a pasar un fin de semana conmigo y, la única forma de que lo hagas es invitando también a tu madre. Le vendrá bien. Yo os vendré a recoger por la mañana temprano y nos pararemos a almorzar en alguna parte.
—No podemos causarte tanta molestia. Si vamos lo haremos en tren. Naomi nos puede llevar a la estación.
—¿De acuerdo entonces?
—No lo sé. Tengo que pensarlo. Estamos evitando el tema principal. Eso no importaba en Nepal, éramos desconocidos que se encontraron y se lo pasaron muy bien juntos. Pero ahora que estamos en casa, es diferente. Tú sabes lo que quiero decir, no debería decírtelo yo.
—Tienes que hacerlo. Puede que yo sea un poco tonto, pero no tengo ni idea de lo que me estás hablando.
Ella respiró profundamente.
—Yo soy mayor que tú.
—Ah, eso —dijo él encogiéndose de hombros como si se hubiera esperado otra cosa—. Eres unos cuantos años mayor que yo, ¿y qué?
—Es más que unos pocos años, Neal. Son once.
—¿Tienes cuarenta y siete años? No me lo hubiera imaginado. Pensé que eran cuarenta… tal vez cuarenta y uno.
Sarah suspiró.
—Parece como si no le dieras importancia.
—¿La tiene?
—Sabes que sí, Neal.
Él tomó de nuevo su copa de vino.
—Si yo tuviera tu edad y tú la mía, ¿la tendría?
—Eso es distinto. Nuestra cultura acepta que los hombres sean mayores y las mujeres más jóvenes. No al revés.
—Ese argumento no se mantiene. Nuestra cultura se basa en valores muy dudosos. La gente que piensa por sí misma tiene su propio código de conducta. Yo creo que lo que me quieres decir es

que tú no te sientes cómoda con esa diferencia de edad, pero yo sí. Te tomas la vida demasiado en serio. Eso sucede a menudo a la gente que está demasiado constreñida por las circunstancias fuera de su control… en tu caso por tener que hacerte cargo de tu anciana madre. En Nepal estabas fuera de tu rutina. No te metas de nuevo en ella ahora.

Ella pensó en lo bueno que sería poder quedarse allí a pasar la noche, despertarse entre sus brazos y desayunar juntos como hacían en Nepal. Pero eso era imposible ahora.

—He de irme —dijo.

—De acuerdo. Toma un poco más de vino mientras yo me visto.

Él fue a rellenarle la copa, pero ella le puso la mano encima.

—No es necesario. Tomaré un taxi.

—No digas tonterías —le dijo él firmemente—. Yo te he traído y yo te llevaré de vuelta a casa.

Le puso la mano bajo la barbilla y la besó.

Sarah lo vio vestirse. Se puso el jersey igual que lo hacía Matthew. Todavía no le había hablado de él, pero de alguna manera sentía que no lo podía hacer esa noche.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó.

—Después de que tengamos un desayuno tardío mañana. Te recogeré a eso de las nueve. Estoy seguro de que tu madre comprenderá que quiero tenerte para mí sólo durante unas horas.

* * *

Neal no la acompañó a la puerta. Le dio un beso de despedida en el coche y luego esperó hasta que abrió la puerta de la casa.

La televisión estaba encendida, pero la pantalla estaba en blanco. Por primera vez en el recuerdo de Sarah, su madre había dejado de ver una película.

—No te esperaba todavía, querida. ¿Te lo has pasado bien?

Sarah se preguntó cómo reaccionaría su madre si le contaba la verdad. Seguramente se sorprendería y disgustaría. El matrimonio de sus padres había sido una relación entre amo y esclava. Su padre nunca le había demostrado cariño o amabilidad delante de ella. Y no era muy probable que lo hiciera en el dormitorio.

—Hemos tomado vino y unos sandwiches. Neal quiere que pase un poco de tiempo con él mañana, mamá. Desde las nueve hasta las tres. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, querida. Me ha gustado mucho. ¿Por qué no me dijiste que es alguien especial?

—Es sólo un amigo, mamá. No más. ¿Le has hablado de Matthew mientras yo me cambiaba?

—No creo. No lo puedo recordar. ¿No le has hablado tú de él?

—Todavía no. ¿No estabas viendo una película cuando he entrado?

—Sí, pero era muy mala. Prefiero hablar contigo.

—Estoy cansada. ¿Quieres que te traiga algo antes de acostarme?

—No, creo que yo también voy a subir. Quiero terminar de leer un libro. Pareces cansada. No querrás tener ojeras mañana.

* * *

De vuelta en su habitación del hotel Neal puso la televisión, se sirvió un poco de vino y empezó a desnudarse por segunda vez en la noche, pero esta vez colgó la ropa. Luego se tumbó en la cama y se relajó.

Pero parte de su mente seguía centrada en Sara y en la difícil situación como el único apoyo de su madre.

Cuando él le dijo que le era indiferente la diferencia de edades, había sido más o menos la verdad. Pero no sabía si su familia compartiría la preocupación de Sarah. Después de todo lo que habían sufrido con el matrimonio de Chris y su muerte, Neal no quería causarles más ansiedad.

Pero también estaba el aspecto de su pasado que Sarah aún no lo había contado. Cada vez que hacían el amor se daba cuenta de que ella no estaba siendo completamente abierta y sincera con él. Eso le preocupaba. Parecía significar que no confiaba en él.

Tal vez se lo contara al día siguiente. Si no lo hacía, iba a tener que decirle que sabía que había tenido un hijo. No podían seguir así por más tiempo.

* * *

A la mañana siguiente, mientras estaba tumbada en la bañera, Sarah decidió que ese día pondría todas las cartas sobre la mesa. Si con eso Neal se apartaba de ella, era un riesgo que debía aceptar.

Si él veía su relación como una aventura agradable que podría durar un tiempo, pero no para siempre, entonces lo que había sucedido en su pasado no le importaría. Pero si él estaba empezando a ir en serio y, a veces ella pensaba que podía ser, entonces su reacción era menos predecible.

Y la reacción que Matthew pudiera tener hacia Neal era menos predecible todavía. No tardaría mucho en volver y ella estaba muy segura de que no compartiría la actitud de su madre hacia Neal. Incluso la actitud de su madre podía cambiar. Ella siempre se había dejado influenciar muy fácilmente. Si Matthew se ponía en contra de Neal, bien podría convertirla en su aliada.

Sarah se vistió y maquilló con cuidado, luego le preparó el almuerzo a su madre para que se lo calentara en el microondas.

La señora Anderson se había pasado toda la vida haciéndole comidas tradicionales inglesas a su marido, que no soportaba la cocina extranjera ni las ensaladas. Tal vez eso contribuyó a llevarlo a la tumba. Después de su muerte, ella había dejado de cocinar, dejándoselo a Sarah.

Estaba mirando por la ventana cuando vio acercarse el coche de Neal.

—Ya está aquí, mamá. Te veré más tarde. Hasta luego.

Le dio un beso y corrió a la puerta.

Neal la esperaba en la puerta del jardín.

—Había pensado que, si te parece bien, podríamos ir al campo a dar un paseo —le dijo él—. ¿Son cómodos esos zapatos para caminar?

Ella se había vestido para almorzar en su hotel, que era el lugar de reunión de la gente bien del pueblo. Nunca llevaba tacones altos, pero los zapatos que llevaba no eran los mejores para andar por el campo.

—Iré a por unos bajos. No tardaré —le dijo.

—Tráete también una chaqueta —le dijo él.

Cuando por fin estuvieron dentro del coche, él la besó y le dijo:

—Buenos días. Estás preciosa.

—Sólo en contraste con la ropa de viaje que me has visto casi siempre. ¿A dónde vamos? No me dijiste que conocieras esta parte del mundo.

—Y no la conozco, pero sí el portero del hotel. Le dije que quería dar un paseo con alguien que, probablemente, no querría pisar lo que van dejando las vacas por el campo. Me ha indicado un paseo por el río.

Te eché de menos anoche —dijo él apartando una mano del volante y tomando una de las suyas.

—Me hubiera gustado quedarme —admitió Sarah—. Neal, tengo algunas cosas que contarte… cosas que debiera haberte dicho antes.

—Espera a que lleguemos allí. Entonces te prestaré toda mi atención.

Ella estaba muy segura de a donde iban. Era una de las zonas más bonitas de la región, un paseo por la orilla de un río tranquilo con unas suaves colinas a lo lejos. Si era allí a donde iban, sería un extraño giro del destino que volviera a un lugar donde una vez había paseado con otra persona importante para ella.

Neal aparcó el coche en las afueras de un pueblo.

—Por lo que me han dicho, si seguimos ese sendero, llega=os al río —le dijo.

Sarah se cambió de zapatos y se puso el impermeable que había llevado.

—¿Puedo dejar el bolso en el maletero? —le preguntó.

—Buena idea.

Cuando llegaron al sendero, la pálida luz de la campiña inglesa en noviembre hacía brillar el río.

—Bonito sitio —dijo Neal—. ¿Por dónde vamos? ¿Izquierda o derecha?

—Por la derecha.

—¿Has estado aquí antes?

—Sí, pero hace mucho. Todavía era una adolescente.

Él la tomó de la mano.

—¿Qué me querías contar?

Ella tragó saliva nerviosamente.

—Nunca me he casado, pero tengo un hijo.

Neal le apretó la mano, como si sintiera lo difícil que era hablar de eso para ella.

—¿Qué pasó con el padre?

—Se mató en un accidente de moto. Se llamaba Matt. Era un chico vecino. Lo conocía de toda la vida, pero mi padre no lo aprobaba. No aprobaba a la mayoría de la gente. Era un hombre difícil que se comportaba como un padre de familia romano. Lo que pensaba y decía era la ley.

—¿Cuál era el crimen en particular de Matt?

—Ser joven y, tal vez, un poco salvaje… Pero no más que la mayoría de los chicos de su edad. Como yo, era hijo único y sus padres lo adoraban. Su padre le regaló la moto y su madre le compró el traje de cuero negro. Pero no era el niño mimado que decía mi padre. No lo era en absoluto. Le caía bien a todo el mundo.

—Y tú lo amabas —dijo Neal tranquilamente.

—Sí, creía que él era maravilloso. Cuando papá le prohibió que viniera a verme me hizo muy infeliz.

—¿Tu madre también lo desaprobaba?

—A ella le gustaba, pero nunca le llevaba la contraria a mi padre. Le tenía miedo.

—¿Y tú?

Después de una pausa, ella le dijo:

—Sí. Me alegré cuando murió… Me alegré de que Matthew no tuviera que crecer en esa atmósfera. Ahora ya no me preocupa el hecho de haber odiado a mi padre, pero cuando era joven me sentía culpable por ello.

—Me lo puedo imaginar. ¿Cómo lograsteis juntaros Matt y tú si tu padre no lo dejaba ir a tu casa?

—Nos veíamos cuando él estaba fuera de casa, trabajando: A veces yo me escapaba por las noches, cuando estaban acostados. No me gustaba hacer las cosas a hurtadillas, pero no veía por qué yo no podía tener las mismas diversiones que tenían las demás chicas. Entonces una noche, cuando yo no estaba con él, Matt tuvo un accidente. Estuvo tres días en cuidados intensivos. Luego murió. Tal vez fuera mejor así. Tenía unas heridas terribles en las piernas. A mí no me permitieron verlo. Toda la calle, aparte de mi padre, lamentó su muerte. Así que no pasaba nada por tener los ojos rojos de llorar. Mi madre los tenía también… Todas las mujeres que conocíamos

lloraron por él.

—¡Oh, Sarah! —exclamó compasivamente Neal y la abrazó—. ¿Qué edad tenías cuando sucedió eso?

—Diecisiete años, casi dieciocho. Dos semanas después del funeral de Matt, se me retrasó el período. Sólo habíamos hecho el amor unas pocas veces y Matt me había dicho que no pasaría nada, pero pasó. Viví aterrorizada durante seis semanas por lo que mi padre pudiera decir o hacer cuando lo supiera. Pensé escaparme, pero no tenía a dónde ir y sabía lo que le puede pasar a las chicas que se van de sus casa sin dinero. Así que lo dije sólo cuando ya era imposible de ocultar.

Ella se incorporó y se apartó de Neal, mirándolo tranquilamente.

—Para entonces yo ya estaba bastante segura de que él no me echaría porque eso lo haría parecer un canalla a ojos de sus compañeros. En eso yo tuve razón, pero ¡Oh, Dios, qué explosión de ira! Después de eso, me ignoró. Nunca más en el resto de su vida me volvió a hablar. Incluso cuando salí del hospital con Matthew fue como si no existiéramos. No mucha gente se puede resistir a un recién nacido, pero mi padre lo hizo.

—A mí me parece como si tu padre estuviera mal de la cabeza —le dijo Neal—. Seguramente lo que le pasaba fuera curable, pero el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades mentales no eran tan buenos entonces como ahora.

—Hay otra cosa mala que he de contarte —le dijo Sarah pesadamente—. Algunos años después de su muerte, hubo una investigación acerca de unas denuncias que habían puesto algunos detenidos en la comisaría donde él trabajaba como policía. Estaba implicado en malos tratos a los detenidos. A veces he pensado que, tal vez él pagó con ellos su ira hacia mí.

Neal le puso las manos en los hombros.

—Eso ya pasó hace tiempo. Me alegro de que me lo hayas contado. Sabía que me estabas ocultando algo. Y también sabía que tenías un hijo.

—¿Lo sabías? ¿Cómo?

—Soy médico, ¿recuerdas? Y las que han dado a luz quedan siempre con algunas señales, aunque sólo sean reconocibles por un experto. Las noté la primera vez que hicimos el amor.

—Debiste de pensar que era una mentirosa…

—No, me imaginé que habrías pasado por alguna clase de trauma que sólo confiarías a alguien muy cercano. Me alegro de haber llegado a ese punto —dijo él besándola en la frente.

—No es una historia bonita.

—Tú eres una víctima de las circunstancias. No fue culpa tuya que se te privara de los placeres normales de la adolescencia. Si Matt no se hubiera matado, seguramente os habríais casado y vivido felices. Estarías aquí con él, no conmigo.

—Sí, posiblemente. Pero no estoy segura de haberlo amado de la forma que dura toda una vida. Posiblemente fuera sólo un amor juvenil.

—¿Es Matthew como su padre?

—Sí. Es su viva imagen. Pero no en el temperamento. Matt odiaba el colegio y hacía novillos en cuanto podía. Matthew es muy inteligente y fue a la universidad.

—¿Dónde está ahora?

—La última postal que recibimos era de un lugar llamado Coyhaique, en la Patagonia. Decía que volvería a casa por Navidad. Se marchó el día de Año Nuevo del año pasado, ya que quería pasarse un año viendo mundo. Ha sido un año muy largo para mi madre y para mí.

—Habrá pasado por aventuras maravillosas. Se pasará días enteros contándooslas —dijo Neal sonriendo.

—Eso espero. Pero no creo que le vaya a gustar mucho encontrarse con que yo tengo una relación con alguien que sólo es siete años mayor que él. Tiene veintinueve años, Neal. Está más cerca de tu edad que yo.

Capítulo 9

—¿Es que ha reaccionado mal a tus otras relaciones? —le preguntó Neal.

—No ha habido muchas. Fueron hace ya mucho tiempo y duraron poco. No supo que las había tenido.

—¿Me estás diciendo que cree que su padre ha sido y es el único hombre en tu vida?

—Eso creo.

—En ese caso, si te quiere, debe estar preocupado por ti. No es normal para una mujer no tener un hombre en su vida. Y para una tan encantadora como tú, es una locura.

—No creo que los hijos, aunque sean mayores, se sientan muy cómodos con la idea de que sus padres tengan sexo. Sobre todo los hijos con sus madres. Las ven como madres, no como mujeres.

—Puede, pero más tarde o más temprano tienen que acostumbrarse a eso. Estoy seguro de que Matthew es suficientemente maduro como para querer lo que sea mejor para ti.

—Eso espero —dijo ella no muy segura—. ¿Cómo se gana la vida?

—Todavía no ha trabajado mucho. Sacó buenas notas en la universidad, lo suficientemente buenas como para conseguir una plaza en un par de cursos de posgraduado. Siguió estudiando hasta los veinticinco años y entonces buscó trabajo. Pero no pudo conseguir lo que quería. Había demasiadas solicitudes para las pocas vacantes. Tuvo varios trabajos temporales, pero ninguno de ellos le satisfizo. Así que se tomó un año sabático. Esperamos que la situación haya mejorado cuando vuelva.

—¿Qué le interesa?

—Quiere meterse en política… como funcionario. Es un campo difícil para entrar en él.

—¿Por qué le atrae la política? ¿Es un idealista? ¿Es que quiere cambiar el mundo para mejor?

—¿No queremos eso todos?

No estuvo segura, pero le pareció detectar un cierto sarcasmo en la voz de Neal. Como Matthew no hizo ningún otro comentario, ella continuó.

—El héroe de Matthew en el colegio era un chico líder por naturaleza. Fue Guy el que le dio la idea de ir a la universidad. Ahora Guy tiene treinta y tantos años y el año pasado lo nombraron secretario personal del Primer Ministro. Si alguien tiene poder e influencia en este país, ése es él.

—He leído sobre él. Siempre son los hombres sin rostro de los ministerios los que ejercen el poder real. Los partidos políticos vienen y van, pero los funcionarios se quedan y continúan manipulando marionetas nuevas.

—Eres muy cínico.

—He conocido a muchos. Los políticos y funcionarios no suelen ser lo mejor de la raza humana. Tal vez, cuando Matthew vuelva a casa haya cambiado de idea. Ver el mundo a veces causa ese efecto.

—Tal vez.

Sarah tuvo la impresión de que Neal y Matthew no se iban a llevar nada bien.

—¿Cómo consiguió el dinero para ese viaje?

—Decidió aceptar un trabajo que estaba muy bien pagado porque no mucha gente lo podía hacer. Es sorprendente la cantidad de trabajos así que hay.

—Eso es una muestra de inteligencia.

Sarah prefirió no decirle que ella le había pagado la mitad, cosa que le había costado mucho, pero que pensaba que había merecido la pena. Había querido que su hijo tuviera las oportunidades para viajar que ella no había tenido, hasta que el premio del viaje a Nepal le había venido como caído del cielo.

—¿Y la familia de su padre? —le preguntó Neal—. ¿Te ha ayudado con él?

—Poco después de la muerte de Matt, se mudaron. Más tarde,

después de que mi padre muriera, descubrí a donde habían ido y fui a verlos. Pensaba que les gustaría saber de Matthew. Para mi sorpresa, se habían divorciado y entonces vivían con parejas diferentes. Sólo vi a la madre de Matt y fue evidente que no era bien recibida. No me lo pude creer.

Neal le rodeó los hombros con el brazo.

—Realmente lo has pasado mal. Es sorprendente que lo hayas superado tan bien. Y, con respecto al divorcio de los padres de Matt, no es tan poco habitual como te crees. Las tragedias como ésa o unen a la gente o la separan definitivamente. Sucede a menudo que uno de los dos culpa al otro de lo sucedido. Pudiera ser que su madre culpara a su padre por comprarle la moto.

—Sí, creo que fue así. Pero sigo sin entender por qué no le interesaba saber nada de su nieto.

—Estoy de acuerdo en que es extraño. Tal vez la única forma de poder soportar la muerte de su hijo fue cerrar su mente a ello. El hijo de Matt podía ser un recordatorio de algo insoportable. Tú eres una mujer fuerte, Sarah. Lo has demostrado. No todo el mundo tiene tu valor.

La hizo volverse y la besó con mucho cariño.

—Está empezando a hacer frío y se están formando nubes. Volvamos al hotel.

En el hotel, tomaron café en el bar. Estaban tranquilamente sentados cuando apareció Naomi acompañada por un hombre de unos cincuenta años. Sarah lo reconoció como uno de los hombres de negocios más prominentes de la zona.

Naomi la vio entonces. Después de un momento de evidente sorpresa, le dijo algo a su acompañante y ambos se dirigieron hacia ellos.

—Hola, no esperaba encontrarte aquí. Royce, ésta es mi socia, Sarah Anderson.

Él le ofreció la mano.

—Encantado, señorita Anderson.

Sarah se preguntó qué estarían haciendo esos dos allí, le dio la mano y sonrió.

Luego se volvió a Neal y dijo:

—El señor Baring es el presidente de una de nuestras mayores industrias y un miembro prominente del ayuntamiento. El señor

Kennedy ha venido de Londres. Es un famoso periodista.

Royce le dio la mano a Neal y dijo:

—Creo que reconozco su rostro. Usted escribe para *The Journal*, ¿no? Mi madre tiene más fe en usted que en su propio médico. Me envía recortes de su columna cuando habla de mis problemas de salud.

Neal se rió.

—Pues a mí me parece que está muy bien de salud.

—Sí, trato de mantenerme en forma —dijo Royce y se volvió a Sarah—. Conocí a su socia en una muy aburrida recepción del ayuntamiento. Estaba charlando con ella cuando empezó a tratar de convencerme de que mi negocio necesitaba una página web. Así que quedamos para almorzar y hablar más a fondo del asunto.

El brillo de sus ojos dejó bien claro que no era en la habilidad profesional de Naomi en lo que estaba interesado.

Sarah recordaba haber oído que estaba divorciado y que había tenido toda una colección de novias atractivas.

—Todos los negocios han de estar presentes en Internet, señor Baring. Ahí es donde está la acción actualmente.

Él se rió y le dijo a Neal:

—¿Qué le ha traído por aquí, Kennedy? ¿Negocios o placer?

—Placer —dijo él mirando a Sarah.

—En ese caso, no les molestaremos. Encantado de conocerlos.

Baring tomó del brazo a Naomi y se dirigieron a un sofá vacío al otro lado de la sala.

Cuando volvieron a sentarse, Neal le dijo a Sarah:

—Me gusta tu amiga, pero no estoy muy seguro de él. Me parece un poco lobo.

—Puede que tengas razón, pero Naomi puede controlar a cualquier lobo. También es una vendedora brillante. Antes de montar juntas el negocio, ella había vendido de todo.

—¿Cómo os conocisteis?

—En un ejercicio para madres embarazadas. Naomi estaba casada, pero no duró mucho. Crió sola a su hija. No te lo imaginarías al verla, pero es abuela. Su hija Alice tuvo un hijo el año pasado.

Neal la interrumpió entonces y le dijo:

—Todavía no son las doce y media y tengo reservada mesa para

la una y media. Subamos a mi habitación.

Mientras salían del bar, Sarah se preguntó si Naomi se habría dado cuenta de su salida y, cuando volvieran una hora más tarde, no sacaría la conclusión inevitable de que habían estado en la cama. Ahora, por alguna razón que no entendía bien, hubiera preferido mantener en secreto su relación con Neal.

En el ascensor, Neal le dijo:

—Esta mañana he hablado con mi madre. Tienen una cita el próximo fin de semana, pero están libres al siguiente. ¿Te parece bien?

—Nosotras estamos libres todos los fines de semana.

—No debería ser así. Deberías conocer gente, salir, divertirte. Quiero hacerte pasar por todo lo que te has perdido.

Segundos más tarde, ya dentro de la habitación y con la puerta convenientemente cerrada, la tomó en sus brazos y empezó la pasión.

Cuando terminaron, Neal le murmuró al oído:

—Quedémonos aquí. Que nos suban algo. Me van a parecer muy largas las dos semanas sin verte.

—No vamos a poder hacer esto en casa de tus padres.

Él le apartó un mechón de cabello de la sudorosa frente.

—No os vais a quedar en casa de mis padres, sino en mi piso. Tengo todo organizado. Cuando tu madre se acueste y esté profundamente dormida, iré a por ti.

* * *

Neal volvió a Londres sintiéndose mejor. Ahora tenía claro por qué Sarah había tratado de librarse de él por teléfono. Podía incluso entender sus motivos, pero lo que ella veía como obstáculos insuperables, él lo veía como pequeñas dificultades.

Estaba claro que, si alguien podía poner problemas ahora no era la madre de Sarah, sino su hijo. Por lo que Sarah le había contado de él, debía ser uno de esos tipos brillantes pero vagos que, si seguían llegándole fondos, prefería meterse en esos cursos de post graduados para aplazar el momento en que tuviera que empezar a ganarse la vida por sí mismo.

Los tiempos eran duros, pero no tanto. Si Matthew era tan brillante como decía Sarah, ya habría encontrado un trabajo. Darse un año sabático estaba bien a los diecinueve años, pero con veintinueve era ya un poco tarde para eso. Debía estarle quitando algo del peso que soportaba su madre, no vagabundeando por Sudamérica sin ningún propósito serio.

* * *

A la mañana siguiente, Naomi fue a casa de Sarah para su conferencia semanal. La mayor parte del tiempo se ponían en contacto por teléfono o por la red.

—¿Por qué no me dijiste que le habías puesto la vista encima a la empresa de Royce Baring? —le preguntó Sarah.

—Es que no lo había hecho… hasta que lo conocí. Entonces se me ocurrió que, si podía convencerlo a él, todos los demás empresarios de la zona caerían enseguida.

—Yo diría que, si él quisiera una página *web*, iría a una de las grandes operadoras, no a la empresa de un par de chicas de pueblo.

—No tiene por que ser así necesariamente —dijo Naomi mientras buscaba la sacarina en su bolso.

Siempre empezaban esas sesiones con una taza de descafeinado.

—Lo he convencido diciéndole que todos los vaqueros están en este negocio. También le gusto. Y él me gusta a mí. ¿Qué opinas de él?

—Tiene mucho encanto. Neal piensa que parece un lobo.

—Ya sabes lo que se dice… cree el ladrón que todos son de su condición. No pude creer lo que veían mis ojos cuando vi a Neal.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Me dijiste que era muy guapo, pero yo no me lo tomé demasiado en serio. Las mujeres enamoradas tendemos a pensar que nuestros hombres son siempre los más guapos, aunque sean de lo más normalito. La foto no le hacía justicia. No quisiera echarte un jarro de agua fría, pero creo que tienes que ser completamente realista. Disfruta de esto mientras dure, pero no pienses que vaya a ser para siempre.

Aunque ella ya sabía de siempre que Naomi siempre decía lo

que pensaba, aunque sus opiniones no fueran siempre bienvenidas, Sarah se quedó anonadada.

—Soy realista. No me esperaba volverlo a ver después de que nos despidiéramos en Nepal. Cuando me llamó desde Londres, le dije más o menos que la cosa había terminado. Él no aceptó esa negativa y vino para invitamos a mamá y a mí a visitar a su familia.

—No te estoy diciendo que no esté loco por ti, pero puede que loco sea la palabra adecuada. Los hombres se vuelven locos por las mujeres y luego, de repente, se les enfría la sangre y recuperan el sentido común. No quiero verte herida, Sarah. Ya has recibido demasiadas heridas en tu vida.

—¿Te hizo algún comentario Royce… sobre nuestra diferencia de edad?

—No, pero se sintió como si su virilidad se viera retada. Cuando lo ves con los demás concejales, con papada, calva y barriga, Royce parece un caballo de carreras. Pero no está tan bien al lado de tu chico. Fue por eso por lo que nos marchamos tan aprisa. Pudo sentir que su carisma estaba siendo eclipsado.

—¿Vas a tener una relación con él? —le preguntó Sarah.

—¿Es necesario que lo preguntes? Es una buena compañía. Es atractivo. Me divertí mucho con él. Trataré con todas mis ganas de convencerlo de que yo sería perfecta como la señora de Royce Baring. Pero no sé si lo voy a lograr. Sólo se volverá a casar cuando no pueda atraer a más mujeres atractivas. Dada su cuenta corriente, eso puede que no suceda nunca.

Le dio un trago a su café y miró a Sarah por encima del borde de su taza antes de añadir:

—No pongas esa cara. Así es el mundo. Los hombres, sobre todo los ricos, son siempre atractivos. Las mujeres no. Dentro de sólo unos pocos años tú y yo ya estaremos pasadas. Así vamos a aprovecharnos mientras el sol brilla en el cielo, pero vamos a no engañarnos a nosotras mismas pensando que eso no va a terminar nunca.

* * *

Cuando el taxi dejó a Sarah y a su madre delante de una imponente

mansión en la que a Sarah le pareció la zona más elegante de Londres, Neal les dijo:

—Ya conocerán al resto de la familia más tarde. Ahora será mejor que se refresquen un poco y deshagan la maleta.

El elevador que había mencionado empezaba en el recibidor y terminaba en los pisos superiores. Tan pronto como él le hubo mostrado su habitación a la señora Anderson, condujo a Sarah a otra habitación al fondo de un pequeño corredor. Allí dejó su maleta en el suelo, cerró la puerta y la abrazó.

—¿Me has echado de menos?

—Sí —admitió ella.

—Yo también. Vámonos a la cama.

—No podemos… —empezó a decir ella antes de darse cuenta de que él estaba bromeando.

—Tal vez ahora no… pero más tarde… ¡definitivamente!

Luego la besó fuertemente, se apartó de ella y añadió antes de marcharse:

—Volveré dentro de una media hora.

* * *

Más tarde, les sirvieron un té en el gran salón, y lo hizo una de las sirvientas y Neal la ayudó. Sarah pudo ver que su madre encontró eso chocante. Para ella, los hombres eran los que ganaban el sustento y, cuando estaban en casa, eran servidos por las mujeres. Aunque desde hacía mucho tiempo era Sarah la que llevaba dinero a casa, sabía que su madre atendía mejor a Matthew cuando estaba en casa que a ella.

Habían terminado de tomar el té y Neal estaba sentado en el sofá junto a la señora Anderson mostrándole un álbum de fotos de Kathmandú, cuando se abrió una puerta y entró una mujer alta y delgada. Llevaba pantalones, un jersey de cachemira y una chaqueta con un gran broche en la solapa. Llevaba el oscuro cabello recogido en un moño y una mecha gris destacaba en él.

—¡Sarah! —exclamó y se dirigió hacia ella con los brazos extendidos—. Lamento no haber estado aquí cuando llegasteis. Estaba ansiosa por conocerte.

Tomó las dos manos de Sarah y se las apretó.

Cuando Neal le presentó a la señora Anderson, la actitud de su madre fue igual de calurosa. Pero Sarah tuvo la sensación de que esa mujer era extremadamente inteligente y experimentada, alguien que siempre sería una buena anfitriona, pero si no le cayeran bien, diplomáticamente, se lo dejaría muy claro a su hijo.

Su marido se reunió con ellos un poco más tarde. Se parecía a su hijo, pero Neal se parecía más a su abuelo, que se unió a ellos tomando unas bebidas antes de cenar.

Todavía erguido y atractivo, el mayor de la familia Kennedy era una visión de cómo sería Neal a su avanzada edad, cuando el tiempo hubiera terminado con sus energías pero le hubiera dejado su buena estructura ósea que hacía que su abuelo siguiera teniendo una presencia formidable.

—Así que tú eres la chica que mi nieto conoció volando —dijo después de tomarla del brazo y llevársela aparte—. Vamos a sentarnos ahí. Desafortunadamente soy bastante sordo y me resulta difícil hablar con más de una persona a la vez. Tengo entendido que trabajas con la Red, diseñando páginas web. Yo me paso casi todo el día en Internet. He dejado de recorrer el mundo real para hacerlo virtualmente. Dime, ¿qué opinas de…?

Todavía estaban sumidos en la conversación cuando apareció Neal para rellenarles las copas de vino.

—No tengo que preguntaros de qué estáis hablando —dijo sonriéndoles.

Su abuelo se apoyó en el brazo del sofá donde estaban sentados para incorporarse.

—No debiera estar monopolizándote, Sarah, iré a hablar con tu madre, así que os dejaré a solas para que podáis hablar un poco antes de cenar.

Neal se sentó y le dijo a Sarah:

—Ya sabía que os ibais a llevar bien. ¿Te sientes más relajada ahora?

—¿No lo parecía antes?

—Por fuera, sí. Pero cuando la gente se conoce bien, sienten lo que hay bajo la superficie. Cuando bajaste estabas llena de tensión.

En ese momento, la sirvienta entró y les dijo:

—La cena está lista cuando quieran.

—Iremos enseguida, señora Haig —dijo la madre de Neal indicándoles a todos que la siguieran.

La mesa era redonda. Sarah estaba sentada entre Neal y su padre, con su madre entre él y su abuelo.

La cena fue a base de cocina familiar. La señora Haig ponía las bandejas en el centro y todo el mundo se iba sirviendo.

La señora Anderson alabó la comida, pero Sarah se sorprendió de lo tranquilamente que se unió a la conversación. En vez de comportarse tímidamente, estaba muy animada, hablando incluso más que Sarah.

Más tarde, cuando estuvieron las dos solas en el dormitorio de su madre, la señora Anderson le dijo:

—Una pena que su otro hijo se matara.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La señora Kennedy. Cuando estábamos tomando café en el salón. Le pregunté si tenía más hijos y me contó que Neal tenía dos hermanas y un hermano mayor que se mató en un accidente de escalada.

—Neal me habló de él. Debería habértelo advertido, mamá.

—Eso fue hace algún tiempo y me imagino que ella habrá aprendido a vivir con ello. La gente lo tiene que hacer, ¿no? Nosotras también tenemos nuestras penas.

Sarah se preguntó si su madre podría pensar en la pérdida de su marido como en una pena. Esa noche había visto un poco de la mujer que su madre podía haber sido si no se hubiera pasado la vida bajo la bota de ese tirano. ¿Cómo podía echar de menos sinceramente a un hombre que le había hecho eso?

Una vez en su propia habitación, Sarah se preparó para acostarse, preguntándose si aparecería Neal. No se sentía cómoda con la idea de dormir con él bajo el mismo techo de sus padres pero sabía que, si él aparecía, sólo tendría que besarla para hacer que esa sensación se evaporara.

Ya estaba en la cama, leyendo un libro, cuando se oyó un golpe en la puerta y ella dijo en voz baja:

—Pasa.

Cuando él lo hizo, no fue nada furtivamente.

—¿Has disfrutado de la velada? —le dijo Neal en voz normal mientras se sentaba en la cama.

—Sí, y mamá también. Nunca la había visto tan animada. Normalmente no bebe vino, así que debe ser por eso.

—No tomó mucho. Posiblemente fue más como resultado de un cambio de escenario tan radical y de tener a gente nueva con quienes hablar. Las dos habéis estado enclaustradas.

Él le tomó una de las manos, se la volvió hacia arriba y miró sus líneas.

—¿Quieres que te diga la buenaventura?

Incluso ese leve contacto fue suficiente para alterarle a ella el pulso.

—No me digas que te dedicas a la quiromancia, además de ser médico y periodista.

—Puedo decirte el futuro inmediato. Vas a dormir bien a pesar de hacerlo en una cama ajena. Mañana por la noche vas a cenar sola con un hombre que cree que eres mucho más hermosa de lo que tú te crees.

—Oh, Neal…

Ansiando decirle que lo amaba, se echó adelante y le puso las manos en la nuca.

La ropa de la cama cayó. Ella levaba un camisón que había visto en una tienda y no se había podido resistir a comprárselo. La parte de arriba estaba hecha de encaje color gris y destacaba sus senos. La parte baja era de satén color melocotón.

Ahora se alegraba de habérselo comprado por la forma en que Neal la estaba mirando. Le tomó las manos suavemente y se las bajó. Luego tomó los finos tirantes del camisón y se los deslizó lentamente por los hombros para terminar de bajarle el camisón como si estuviera pelando una fruta exótica.

El calor que se leía en sus ojos y la precisión controlada de sus dedos la hicieron estremecerse, se le secó la garganta mientras era otra parte de su cuerpo la que se humedecía.

Neal cerró los ojos mientras seguía explorándola con las puntas de los dedos, como haría un ciego con una escultura.

A Sarah se le aceleró la respiración. Arqueó instintivamente la espalda y echó atrás la cabeza, cerrando los ojos.

Y entonces, allá donde habían estado los dedos de él, sintió primero el calor de su respiración y, momentos más tarde, la cálida presión de sus labios. Un destello de intenso placer físico le recorrió

el cuerpo haciéndola estremecerse de nuevo y suspirar.

Le puso las manos en los hombros, necesitando algo a lo que agarrarse en el torrente salvaje de sus sensaciones descontroladas.

* * *

La velada siguiente, después de pasar el día mostrándole la ciudad a la señora Anderson, Neal llevó a Sarah a un pequeño pero elegante restaurante donde los instalaron en una mesa apartada de las demás por unas mamparas de terciopelo verde.

Mientras cenaban, Sarah le dijo:

—Ha sido muy amable por vuestra parte haberle mostrado la ciudad a mamá. Debes haber visto esos lugares cientos de veces.

—He disfrutado viéndolos con sus ojos. Viviendo en Londres es fácil no prestarles atención. En otro momento, te llevaré a ti a visitar mis lugares favoritos, pero no pensé que fueran adecuados para ir con tu madre.

—Va a encontrar muy aburrida la vida en casa después de todo esto.

—La vida no tiene por qué ser aburrida para nadie —dijo Neal —. Yo creo que deberíamos animarla a que fuera más activa, tanto física como mentalmente. ¿Te importaría si hablo un poco con ella?

—Por supuesto que no. En el pasado yo he intentado que fuera a cursos nocturnos para mayores, pero nunca ha querido. Tal vez tú lo puedas lograr.

—No me sorprendería que mi abuelo lo haya hecho ya mientras cenan juntos. Le fastidia que la gente no aproveche su vida. Odia la perspectiva de morirse y perderse toda la excitación del futuro.

—Es un anciano maravilloso… Y tú vas a ser igual. Es evidente que tienes muchos de sus genes.

—Me gusta pensar eso.

Un camarero les retiró los platos y otro les rellenó las copas de vino.

Cuando terminaron el segundo plato, Sarah dijo:

—No creo que me pueda tomar un postre.

—Ni yo. Tomaremos café, por favor —le dijo Neal al camarero.

Cuando se lo llevaron, él le dijo:

—Llevo todo el día esperando este momento. Nunca antes había estado aquí, pero me habían dicho que era el lugar adecuado para preguntarle a la mujer amada si se casará contigo. ¿Lo harás, Sarah?

Capítulo 10

Sarah tardó varios segundos en darse cuenta de lo que él le estaba pidiendo. A veces se había permitido soñar con eso, pero nunca había pensado que pudiera suceder en la realidad.

Ahora había sucedido y no sabía qué decir. Su corazón quería decir que sí, pero su mente le recomendaba precaución. Ella no era, no lo había sido nunca, completamente independiente.

—Tú me amas, ¿no? —le preguntó Neal.

—Sabes que sí. Pero no es así de sencillo. Tengo que pensar en otra gente.

Él se quedó en silencio, observándola.

—Tus padres han sido muy amables conmigo, pero no me puedo creer que no estén preocupados. Puede que yo le parezca una niña a tu abuelo, pero no a tus padres. Ya supondrán que soy mayor que tú.

—Mi madre me preguntó tu edad y qué aspecto tenías antes de conocerte.

—¿Y qué dijo cuando supo mi edad?

—¿Qué te imaginas?

—Si Matthew tuviera una relación con una mujer de cuarenta años, trataría de disuadirlo de que lo tomara demasiado en serio.

—Por lo que me has contado, Matthew todavía no está viviendo su propia vida. Es importante hacer eso antes de pedirle a alguien que comparta tu vida. Yo lo he hecho. Mi madre lo sabe y confía en mi buen juicio. No estaría mal que tú también lo hicieras.

—Eso no es justo. Tú sabes que confío en ti. No habría ido a Nagarkot si no fuera así. Pero nadie tiene el juicio demasiado fiable

cuando se está a punto de… cuando se siente como los dos lo estamos haciendo en este momento.

—Espero sentir esto durante el resto de mi vida —dijo él tomándole una mano entre las suyas—. Los sentimientos de mis padres han durado. ¿Por qué no lo van a hacer los nuestros?

—Tus padres tenían veinte años cuando se casaron. No tenían ninguna carga emocional que complicara las cosas.

—¿Me estás diciendo que una parte de tu corazón pertenece aún al padre de Matthew?

—No, no es eso lo que he querido decir. Si no fuera por Matthew, no recordaría claramente cómo era Matt. Creo que estaba más enamorada del amor que de él. Si no se hubiera matado, si yo no hubiera tenido su hijo, habría dejado de amarlo. Ésa es la verdad.

—¿Y ahora tienes miedo de dejar de amarme a mí?

—No —dijo ella vehementemente—. Nunca. Pero aunque has sido muy amable con mi madre, no es lo mismo estar con ella un fin de semana que tener que cargar con una suegra impedida durante el resto de tu vida.

Neal seguía sujetándole la mano.

—Llegará el momento en que habrá que cuidar de mis padres. ¿Te molestaría eso a ti?

—Eso es diferente.

—No, no lo es. Lo único importante es que te quieras casar conmigo. Eso es lo que tienes que decidir. Todo lo demás es irrelevante.

—Matthew no es irrelevante. Ha sido el centro de mi vida desde que yo tenía dieciocho años.

—Irrelevante ha sido una palabra equivocada. Por supuesto que tu madre y él son importantes para ti… muy importantes. Pero es de tu vida, de tu futuro de lo que estamos hablando. De nuestro futuro. He tardado mucho tiempo en encontrarte y ahora que lo he hecho, no quiero retrasarlo más. Quiero que estemos juntos todo el tiempo, no a ratos.

—Haces que parezca muy sencillo y no lo es. Yo tengo que llevar un negocio y no puedo dejar a Naomi así como así. Yo no esperaría de ti que dejaras el periódico.

—No quiero que dejes nada, Sarah. Pero no tienes por qué vivir

donde vives ahora, ni yo tampoco. Podemos encontrar un sitio que nos guste a los dos y trabajar desde allí. Puede que tardemos un poco en instalarnos, pero mientras tanto quiero poderte llamar mi esposa, compartir contigo un dormitorio abiertamente.

—Neal, me estás apresurando. Necesito más tiempo. Hasta esta misma noche no sabía si ibas en serio o si para ti esto sólo era una aventura.

—Nunca ha sido sólo una aventura, pero yo sabía que me estabas ocultando cosas. Ahora que ya no quedan más secretos, ¿por qué esperar?

—Creo que deberías conocer a mi hijo y Matthew a ti. Para él, eso de volver a casa después de estar un año fuera y encontrarme a mí pensando en el matrimonio… puede ser una gran sorpresa. Puede afectarle mucho.

Neal apretó los labios, pero no dijo lo que estaba pensando.

—Por favor, trata de comprender, trata de ser paciente —insistió ella—. Hay muchas complicaciones. Apresurarnos en un matrimonio sería una locura.

El le soltó la mano y se acomodó mejor en su silla.

—Si es así como lo quieres, así tendrá que ser. ¿Cuándo se supone que vuelve?

—No estoy segura. Creo que antes de navidades.

—¿Qué haces tú en navidades? ¿Sales con Naomi? ¿Vas a una sala de fiestas?

—Naomi las pasa con su hija. Nosotros las pasamos tranquilamente en casa. ¿Tú qué haces?

—Primero tenemos una gran fiesta con los amigos la víspera de Navidad y luego las pasamos en familia. ¿Por qué no os venís los tres? En la casa no habrá sitio porque vendrán mis hermanas y sus familias, pero aquí cerca hay un pequeño hotel donde estaréis cómodos. Si te vas a casar conmigo, eso si tu hijo lo aprueba, será un buen momento para conocer a toda tu futura familia política.

—No es cosa de que mi hijo lo apruebe —dijo Sarah en voz baja —. ¿Pero cómo te sentirías tú en su lugar si vienes del otro lado del mundo y te encuentras todo revuelto y a alguien a quien no conoces metiéndose en la vida de tu madre? Porque es así como lo va a ver él. Los hijos de un solo padre son más posesivos que los que tienen dos padres y hermanos. Es inevitable. Salvo por sus profesores,

Matthew no ha tenido ni una sola influencia masculina en sus primeros años.

—Eso no va a suceder ahora. Es un hombre, no un adolescente. Como él lleve su vida es cosa suya, no mía. Nos vamos a conocer como iguales, no como si fuera a ser su padrastro.

Mientras hablaba, Neal miró su reloj y añadió:

—Si te has terminado ya el café, ¿qué tal si nos vamos?

Entonces le hizo una seña al camarero.

Mientras él pagaba la cuenta, Sarah se sintió desagradablemente consciente de que no le había dado el inequívoco sí que él se había esperado, y que le había herido profundamente. Al mismo tiempo, le resultaba difícil de entender por qué él no podía ver la imposibilidad de hacer eso.

Él despreciaba los impedimentos de su matrimonio como si fueran trivialidades, pero no lo eran.

Volvieron en taxi a casa y, cuando estuvieron en la puerta, ella le dijo:

—Gracias por invitarme a cenar, Neal. Ha sido deliciosa. Lamento que…

Él la cortó en seco.

—Ya lo hemos hablado. Vamos a dejarlo descansar por un tiempo.

* * *

Durante el viaje de vuelta en tren, su madre no dejó de hablar sin parar. Sarah hizo algunos breves comentarios pero, a pesar de que intentaba concentrarse en lo que le estaba diciendo su madre, no paraba de pensar en cómo se podía resolver su situación con Neal.

Él la había despedido educada pero fríamente. En el taxi había insistido en que pasaran las navidades con ellos, con lo que su madre había asentido entusiasmada. Pero la noche anterior no había ido a la habitación de Sarah ni había dicho nada de cuándo se volverían a ver. A ella no le gustó nada despedirse con ese abismo que se había abierto entre ellos, aunque los planes para Navidades pretendieran ser un puente sobre él.

En ese momento, su madre le dijo de repente:

—Cuando Neal te llevó a cenar anoche pensé que iba a pedir que te casaras con él. Cualquiera puede ver que te ama.

—Si lo hiciera, ¿qué querías tú que yo dijera, mamá?

—No es lo que yo quiero, lo que importa es lo que quieres tú. No puedo negar que te echaría de menos, pero la vida que llevamos no está bien para alguien de tu edad. Necesitas un hombre en tu vida… Un buen hombre que sea amable contigo. Cuando me casé con tu padre no sabía que es la amabilidad lo que cuenta a la larga. Yo estaba fascinada por su aspecto y no pensé en su carácter. Tu Neal tiene las dos cosas… apariencia y un buen carácter.

—No es mi Neal, mamá. ¿Te ha dicho algo su madre sobre él y yo?

—Nada directo, pero se le nota que le gustas. Tú eres oro puro, Sarah, y no lo digo sólo porque sea tu madre. Hay muchas chicas que, en tu situación, habrían dejado a su hijo conmigo y habrían ido a divertirse. Y eso es lo que tú te mereces de ahora en adelante. Tú ya lo has pasado lo suficientemente mal. Te mereces ser feliz a partir de ahora.

—¿Crees que a Matthew le gustará Neal? Su madre se pensó la pregunta.

—Supongo que, al principio, se pondrá celoso. Eso es natural. Siempre ha sido lo primero para ti. Le costará un tiempo hacerse a la idea de que va a ser lo segundo.

—Me pregunto cuánto habrá cambiado. Espero que haya madurado. No lo era mucho cuando se marchó.

* * *

Esa tarde Neal las llamó para ver si habían vuelto bien.

—¿Había noticias de Matthew cuando llegasteis? —le preguntó él.

—Todavía no. Les estoy escribiendo una carta de agradecimiento a tus padres.

—Te llamaré mañana. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ella se sintió dolida por la brevedad y sequedad de la llamada, pero sabiendo que le había infringido un daño mucho mayor a él

respondiendo con cautela a su proposición en vez de con la alegría que él había deseado.

* * *

-Neal, algo va mal —le dijo su madre la vez siguiente que ella y su hijo estuvieron juntos a solas—. He tratado de no meterme en las vidas de ninguno de vosotros desde que sois adultos, pero tal vez si le hubiera preguntado a Chris por sus problemas en vez de mantener mi política de no interferencia…

Hacía ya años que Neal no les contaba sus problemas a sus padres, sobre todo porque no había habido ninguno que no pudiera solucionar por sí mismo. No le cabía duda de que podría solucionar el actual, pero merecería la pena oír la opinión de su madre, así que le contó lo que pasaba.

Liz Kennedy lo escuchó atentamente.

Después de pensárselo por un momento, le dijo:

—Sarah me gustó desde el momento en que la vi, y esto confirma mi opinión. Se enfrenta a los problemas. A mí me parece que, te ama lo suficiente como para querer lo que es mejor para ti y ponerlo por delante de lo que es mejor para ella. Si te casas con ella no es probable que podáis tener hijos. No es imposible, pero sí improbable.

—Eso no viene a cuento.

—Para ti puede que no, pero puede que sí para ella. La menos maternal de las mujeres suelen querer tener hijos con el hombre a quien ama.

—Sarah ya tiene un hijo de su primer amor. Y yo me contento con ser el último, con o sin descendencia.

—Entonces el único obstáculo posible a vuestra felicidad es su descendencia ya existente. El nexo entre ellos debe ser muy fuerte, tal vez más de lo que debiera, dadas las circunstancias. Para los padres solos como Sarah, debe ser difícil no estar demasiado cerca de sus hijos. Los padres como tu padre y yo nos tenemos el uno al otro cuando los hijos vuelan del nido. Cuando un matrimonio es fuerte, es bueno tener tiempo y espacio para concentrarse en la persona con la que empezaste.

Neal le sonrió.

—Papá es un tipo con suerte.

—Los dos la hemos tenido. Y te deseo la misma suerte a ti. El matrimonio de Chris parecía tener todos los ingredientes para ser un éxito, pero fue un desastre. A la vista de eso, alguna gente podría pensar que Sarah no es la mujer ideal para ti, pero yo tengo la sensación de que sí que lo es.

Después de una pausa, ella añadió:

—Y por muy difícil y antagónico que pueda ser su hijo, estoy segura de que tú te las arreglarás con él.

—Puede que no sea difícil en absoluto.

—Creo que eso sería mucho esperar —le dijo su madre.

* * *

Cuando tres semanas después de su visita a Londres, Sarah seguía sin tener noticias de Matthew, empezó a sentirse molesta con los dos hombres que había en su vida.

Todo el mundo estaba pensando en las navidades, pero a ella le resultaba imposible pensar en otra cosa que no fuera en cuándo volvería a ver de nuevo a Neal y cuándo aparecería su hijo.

Neal la llamaba casi todos los días, pero no le decía nada de su próxima cita. Matthew no daba señales de vida. Le podía haber pasado cualquier cosa.

—Es un cerdo, por haceros preocupar de esa manera a tu madre y a ti —le dijo Naomi—. Puede que el viajar amplíe la mente, pero no parece que le haya hecho más considerado a él. Y con respecto a Neal, ¿por qué no le puedes decir que te estás muriendo por verlo?

—Por la misma razón por la que tú no le dirías a Royce que te gustaría ser la señora Baring a no ser que él te lo sugiera —le respondió Sarah—. Puede que seamos mujeres post feministas, pero todavía hay algunas cosas en las que queremos que el hombre tome la iniciativa. Ni Neal ni Royce son precisamente tímidos o indecisos. Si no toman ellos la iniciativa, es razonable dar por sentado que ellos no quieren lo mismo que queremos nosotras.

—No sé Royce, pero si Neal sigue llamándote diariamente, está claro que no quiere que la cosa se enfríe.

Esa tarde sonó el timbre de la puerta y Sarah fue a abrir. Era viernes y la asaltó la esperanza de que fuera Neal.

Pero no era Neal, sino un hombre al que no habría conocido por la calle sin la gran mochila que había dejado apoyada contra la pared.

Llevaba coleta y barba, estaba muy moreno y casi irreconociblemente delgado.

—Hola, mamá. ¿Cómo te va?

Matthew se adelantó y la abrazó con fuerza.

Sarah empezó a llorar de alegría. Y entonces empezó a sonar el teléfono.

—¿No sería mejor que fueras a contestar? —le sugirió su hijo.

Ella lo hizo, se enjugó las lágrimas y descolgó el aparato en la cocina.

—¿Diga?

—Hola, soy Neal. ¿Te pasa algo?

A ella le sorprendió que se lo hubiera notado.

—No, todo va bien. Es que acaba de llegar Matthew. ¿Puedo llamarte más tarde?

—Por supuesto. Mañana estará bien, cuando hayas bajado de la nube. Hasta luego.

—¿Era Naomi? —le preguntó Matthew cuando ella colgó—. ¿Cómo está?

Ya había metido en la casa la mochila.

—Está bien. Era otra persona. Ven a saludar a la abuela, se sentirá muy aliviada de verte. Hemos estado muy preocupadas por ti.

—¡Mujeres! ¡Siempre os estáis preocupando!

* * *

A la tarde siguiente, mientras Matthew estaba con unos amigos, Sarah llamó a Neal.

Después de un poco de conversación, él le preguntó:

—¿Le has hablado de nosotros?

—Todavía no. No ha habido tiempo. Nos ha estado contando todas sus aventuras.

—Iré para allá el sábado que viene y os invitaré a todos a almorzar. Así tendrás tiempo de sobra para hablar con él.

Más tarde, Sarah estaba cocinando cuando entró Matthew. Anteriormente él habría esperado que dejara lo que estaba haciendo para que le hiciera un café a él.

—Pareces cansada, mamá —le dijo—. Trabajas demasiado. Esto te va a dar una alegría, he conseguido un trabajo y empiezo el lunes.

Mientras él se lo contaba, Sarah se preparó para darle la noticia. Le gustaba el cambio de actitud de su hijo, ¿pero cómo se tomaría la perspectiva de que ella se fuera a casar con un hombre mucho más joven?

Matthew ya sabía lo de su viaje al Nepal, pero nada de Neal. Cuando llegó el momento, ella le dijo:

—Espero que estés libre el sábado que viene porque alguien a quien conocí en Nepal quiere que los tres vayamos a almorzar con él. La abuela ya lo ha conocido y se llevan muy bien.

—¡No me digas que le has encontrado un novio! Ya decía yo que estaba más animada. ¿Cómo es?

—Se llama Neal Kennedy. Es médico, pero trabaja como periodista.

—Si gana lo suficiente como para hacer viajes caros, tal vez se pueda permitir quitarte de encima a la abuela —dijo su hijo bromeando—. Eso estaría muy bien. Ella es un encanto de ancianita, pero un gran peso sobre tus hombros.

—La verdad es que quien le intereso soy yo. Quiere casarse conmigo, Matthew.

Como era predecible, él se quedó pasmado. Después de un largo momento, le dijo:

—Eso es un poco apresurado, ¿no?

—No hay nada fijo todavía. Yo quería esperar a que tú volvieras.

—Bueno, si eso es lo que quieres… Supongo que está bien para mí. Pero un médico jubilado me parece un poco viejo para ti.

—No está jubilado. La verdad es que es más joven que yo.

—Oh, bueno. Eso es mejor que tener un padrastro en el geriátrico. ¿Así que va a ser tu segunda oportunidad? —le dijo su hijo al tiempo que abría el frigorífico para ver si encontraba algo de comer—. ¿Vas a ser tú la madrastra de sus hijos?

Para cuando Sarah se acostó, había respondido a muchas preguntas y Matthew parecía haber aceptado la presencia de otro hombre en la vida de ella. Pero Sarah sabía que el momento de la verdad llegaría cuando se encontrara con Neal cara a cara.

* * *

El sábado por la mañana ella esperaba la llegada de Neal con una mezcla de ansia y aprensión.

Cuando bajó al piso de abajo con una camisa de seda y unos pantalones negros de lana, se encontró con que Matthew también había cambiado. Se había cortado el cabello y afeitado la barba, además de haberse puesto traje y corbata.

Lo que sólo podía significar que le quería causar buena impresión a Neal, pensó ella sintiéndose un poco más esperanzada.

—Parece que viene un coche —dijo él asomándose a la ventana —. Sí, parece que es tu novio.

—Me ha parecido una eternidad —le dijo él dándole un beso en la mejilla cuando entró en la casa.

Luego pasó a saludar a la señora Anderson.

—Ven a conocer a Matthew —le dijo ella mientras Sarah permanecía atrás preguntándose si algún día su hijo tendría el encanto y el aire de autoridad del hombre del que estaba enamorada.

Había pensado que Matthew se sentiría desconcertado al ver que Matthew era mucho más joven que ella, pero si era así, no se le notó nada. Tal vez su hijo veía a Neal como un hombre mucho mayor que él.

En el coche Neal y Matthew se sentaron delante. Los dos tenían el cuello moreno y el cabello oscuro, aunque el de Matthew era rizado y el de Neal casi liso bien podían haber sido tomados por hermanos.

Mientras los dos hablaban de coches, la señora Anderson le dio a Sarah un golpecito en el brazo y le hizo una mueca como indicándole que se llevaban bien.

En el hotel se tomaron algo en el bar antes de pasar al restaurante.

Una vez instalados en la mejor mesa, Neal pidió la carta de vinos y pidió un buen Rioja. Eso la extrañó a Sarah, ¿tendría intención de anunciar su matrimonio o algo así? Como no habían podido hablar en privado, él no podía estar seguro de si Matthew sabía cómo estaban las cosas.

—¿Estamos celebrando algo? —preguntó su madre.

—El retorno de su nieto de sus viajes —le dijo Neal levantando su copa—. Bajo mi punto de vista, todo el mundo debería ir a ver el mundo antes de sentar la cabeza. Se nota mucha diferencia entre la gente que lo ha hecho y los que no. Los primeros son más seguros de sí mismos, más capaces y más abiertos de mente. Por Matthew y su bien pasado año.

Infinitamente aliviada, Sarah miró a su hijo, que estaba un poco emocionado.

—Muchas gracias —dijo él.

Luego se pusieron a hablar de aventuras y Matthew contó algunas que no había contado antes a su madre y abuela.

—Deberías escribir sobre tu viaje. Siempre hay un buen mercado para las historias de los buenos viajeros. Sirve de ayuda tener algunos contactos. Tal vez yo te pueda ayudar un poco.

—¿Lo harías? —le preguntó Matthew alegremente—. Me gustaría dedicarme al periodismo. La verdad es que es el único trabajo que me atrae, pero todo el mundo me ha dicho que es muy difícil entrar en la profesión.

—Nada es imposible si es lo que realmente quieres —dijo Neal.

Luego miró a Sarah sonriendo con tanto significado que ella pensó que los demás se podrían dar cuenta de ello.

Al final de la comida y, cuando les sirvieron los cafés, la señora Anderson le pidió a Sarah que la ayudara a ir al servicio.

Allí le dijo que le emocionaba que Neal y Matthew se estuvieran llevando tan bien.

—Todavía es pronto para decirlo, mamá.

—Te preocupas demasiado, querida. Yo ya sabía que todo iba a ir bien.

De vuelta a la mesa, los dos hombres se levantaron, Matthew para apartarle la silla a su abuela, pero Neal no hizo lo mismo por Sarah, sino que le bloqueó el paso hasta ella.

La tomó de la mano y miró a la señora Anderson.

—Nos veremos más tarde, señora Anderson. Matthew se lo explicará todo.

Luego le pasó la mano por la cintura a Sarah y se alejaron de allí.

—¿A dónde vamos? —le preguntó ella.

—Te estoy raptando —respondió él sonriendo—. En vez de quedarnos aquí el fin de semana, he reservado una habitación en un hotel en el campo. Está a sólo una hora de aquí y Matthew se llevará a casa a tu madre. Es más que capaz de cuidar de ella un par de noches.

—Pero no tengo nada de ropa…

—No la vas a necesitar. Nos vamos a pasar todo el fin de semana en la cama… Recuperando el tiempo perdido. Luego nos vamos a casar. Le he pedido su aprobación a tu hijo y me la ha dado.

—¿Qué le has dicho? ¿Qué te ha dicho él?

—Le dije que te amaba y que quería compartir mi vida contigo. El me dijo que le parecía una gran idea, que así le quitaría a él un peso de encima. Que también te quería, pero que tú y su abuela sois un par de incordios para un tipo de su edad. También me dijo que estará bien tener a otro hombre en la familia para igualar las cosas.

La mente de Sarah estaba tan confundida que sus pensamientos no seguían una secuencia lógica.

—¿No podríamos pasar por casa para recoger unos zapatos para andar por el campo? No nos podemos pasar todo el día en la cama. Puede que queramos ir a dar un paseo.

—Si insistes. Por mí nos pasaríamos todo el día en la cama, pero como quieras…

Epílogo

Tres meses más tarde, en la tarde de antes de su boda, Neal la llevó a ver la casa en las afueras de Londres donde podían vivir cuando volvieran de la luna de miel.

No era realmente una casa, sino varias casas de campo en el mismo terreno. Una era para ellos y otra para la madre de Sarah y la enfermera que se quedaría con ella a cuidarla, una mujer amable y capaz que había encontrado la madre de Neal.

El plan era que Neal y Sarah vivieran en el piso de él en Londres durante la semana y pasaran los fines de semana en el campo. Así estarían cerca de la madre de ella, pero no lo suficiente como para que surgieran fricciones.

Pero a Sarah todavía le quedaba una pequeña duda en el fondo de la mente, así que estuvo muy pensativa durante todo el viaje de vuelta a Londres. Neal se dio cuenta y le preguntó:

—¿Te pasa algo? ¿Estás cansada?

—No, estoy bien —dijo ella tratando de ocultar su ansiedad, pero sin lograrlo.

—Te pasa algo, dímelo.

Cuanto más tiempo estaban juntos, más rápidamente él sabía lo que le estaba pasando a ella por la mente. Y ya habían hablado de esa preocupación en especial. Neal se había opuesto muy decididamente a la posibilidad de que ella se pudiera quedar embarazada.

Como médico, conocía los riesgos y, el que algunas mujeres mayores que Sarah no hubieran tenido problemas no alteraba su punto de vista.

—¿No seguirás pensando en lo de quedarte embarazada, verdad?

—No lo puedo evitar —admitió ella—. Estoy segura de que a ti te pasaría lo mismo si estuvieras en mi lugar. Si yo tuviera treinta años y tú fueras incapaz de darme un hijo.

—Yo aceptaría que, si tú me has dicho que me amas, es que me amas de verdad. Nada más importa. También daría por hecho que eres suficientemente madura como para saber que, comparados con la mayor parte de la gente del mundo, tenemos mucha suerte en tener algunas cosas. Es infantil y egoísta querer tenerlo todo.

—Ya lo sé, pero aún así…

—Escúchame, Sarah. Yo te quiero a ti, sólo a ti. Por lo que sé, yo bien podría ser estéril. Pero si lo soy y, aunque tú fueras más joven, no querría que eso te preocupara. Puede que no pase mucho tiempo antes de que Matthew se enamore y sea padre de un hijo. Mientras tanto, están los hijos de mis hermanas. Así que concéntrate en lo que tenemos para nosotros, que ya es mucho.

—Tienes razón —le dijo ella ya más segura—. Créeme. Sé lo afortunada que soy.

—Lo afortunados que somos los dos.

FIN



JAY BLAKENEYL (nació 20 de junio 1929 en Inglaterra y falleció 24 octubre de 2007) fue una periodista británica, conocida como escritora de novelas románticas bajo los seudónimos Anne Weale y Andrea Blake. Publicó su primera novela romántica como Anne Weale en 1955 y su última novela en 2002. Escribió más de 88 libros para Mills Boon 1955-2002. En el momento de su muerte estaba escribiendo su autobiografía llamada «88 Héroes… 1 *Mr* derecha».

Weale comenzó su carrera como escritora cuando aún estaba en la escuela, historias cortas para una revista femenina. Más tarde, trabajó como periodista para seguir su carrera y perfeccionar su escritura. Trabajaba como reportero para tres diferentes periódicos británicos hasta que decidió centrarse más exclusivamente en sus novelas.